

Resistencia chilena

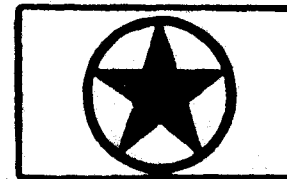


23

Resistencia chilena

23

diciembre 1980



*comisión exterior
mapu obrero y campesino*

SUMARIO

EDITORIAL	
— Peligros y límites de Reagan.	3
ANALISIS	
— Un nuevo punto de Partida. <i>Enrique Correa</i>	8
INTERNACIONAL	
— Polonia: una crisis en el socialismo. <i>Eduardo Rojas</i>	18
— El Salvador y América Central, de la desgarradura a la esperanza. <i>Mario Vargas</i>	29
PARTIDO	
— Acerca de una acción común y de convergencias políticas entre el Mapu Obrero y Campesino, el Mapu y la I.C.. Entrevista a Jaime Gazmuri, Secretario General del Mapu O.C.	44
— Carta abierta del Mapu O-C a las organizaciones sociales y políticas democráticas y al pueblo de Chile. Santiago Sept. 1980.	58
— El desarrollo del Partido en la resistencia antifascista y sus actuales desafíos. Segunda parte del Informe del Secretariado del C.C. al V Pleno.	64
ACTIVIDAD PARTIDARIA	73
DOCUMENTOS	
— Comunicado conjunto del Mapu O.C. y del F.P.L.P.	74
— Carta al C.C. del Partido Comunista de Uruguay.	76
— Carta al C.C. del Partido Obrero Unificado Polaco.	78
CARTAS A "Resistencia Chilena".	79

PELIGROS Y LIMITES DE REAGAN

La aplastante victoria de Ronald Reagan en las elecciones norteamericanas abre un periodo muy inquietante y difícil en la vida internacional. No deja de causar preocupación en el mundo entero la manera como ha prevalecido uno de los candidatos más reaccionarios que haya presentado el partido republicano en los últimos 20 años. Si a eso se agrega la mayoría conservadora que ahora prima en el senado y la salida de éste de algunas de las principales personalidades moderadas (los llamados liberales), se entiende por qué se ha hablado de un gran vuelco a la derecha en los EEUU.

El resultado adquiere un principal relieve para nosotros como latinoamericanos. En estas páginas y en repetidas oportunidades hemos enfrentado el tema de la presencia americana en nuestra política y la necesidad que existe de que la izquierda la enfrente con altivez y cabeza fría.

Una primera consideración que hay que hacer es que la victoria de Reagan se basa principalmente en su capacidad para convencer a la mayoría de los votantes que los problemas de EEUU y del mundo tienen soluciones simples y directas. Aunque pueda parecer caricatura, la política internacional del presidente electo puede resumirse en una frase: si estamos débiles es porque no hemos querido ser fuertes. El "sueño americano" de un EEUU que, enfrentado directamente a la URSS, logra derrotarla y dominar al mundo, es una constante en Reagan. Muchas veces al escucharlo se tiene la impresión de haber vuelto a la época de los años 50. La enorme complejidad de un mundo que, por diversos caminos, no sin avances y retrocesos pero de manera inexorable, ha ido conquistando nuevos terrenos de libertad e independencia, parece quedar reducida a la "penetración de la URSS" que EEUU no habría sabido contrarrestar. El problema del desarme, que ha significado decenios de complejas negociaciones y lentos pero constantes avances, se resuelve de una plumada: los EEUU deben ser superiores y cuando lo sean, podrán tratar. El SALT y la política de distensión le hacen el juego a la URSS y hay que archivarlos. El único camino es el rearme más gigantesco imaginable.

Esta política general se expresa de la manera más peligrosa hacia nuestro continente. La plataforma electoral republicana es de una franqueza proverbial. Cinco son sus puntos más importantes:

- confrontar al "régimen totalitario de Castro en Cuba";
- contener la "expansión marxista en América Central", deplorando la "captura marxista en Nicaragua y los intentos marxistas de desestabilizar El Salvador, Guatemala y Honduras" y apoyando los "esfuerzos del pueblo de

- Nicaragua para establecer un gobierno libre";
- reservarse el derecho de implementar o no los compromisos contraídos en el nuevo tratado del Canal de Panamá;
- proponer una relación especial con México en el marco de una "asociación de países de América del Norte"; apoyar y sostener a los "amigos leales" que en períodos de crisis estén dispuestos a acompañar a EEUU hasta las últimas consecuencias y que están explícitamente representados por Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Bolivia.

Por último, en política interna, las recetas económicas de Reagan son las del neomonetarismo uno de cuyos representantes más conspicuos es un ciego conocido nuestro: el inefable Milton Friedman. Reducir los impuestos de los capitalistas y especialmente de los más grandes, cercenar los presupuestos de la seguridad social y de los programas estatales con la excepción del de la defensa, provocar así una nueva acumulación orientada hacia una reindustrialización hecha a la medida de las grandes empresas transnacionales y a costa del consumo de los más pobres.

Para que seguir. Los planes de los principales asesores de Reagan son lo más cercano que pueda encontrarse a las utopías más irrealistas de los dueños del gran capital. Ese es su peligro y también su límite.

Es cierto que la victoria republicana se da en medio de un reflujo no pequeño de las fuerzas progresistas en los países desarrollados. De Portugal a Inglaterra, de Turquía a Japón, de Australia a EEUU, y con la sola excepción de la RFA, las fuerzas de derecha han logrado primar en las últimas elecciones.

Es un tema que da para mucho meditar. No se ha logrado imponer una línea de renovación profunda de estas sociedades y de superación de la crisis capitalista basada en reformas que tengan como sustento la unidad más amplia de las fuerzas democráticas.

Las mismas dificultades del campo socialista y la disputa sin tregua entre China Popular y la URSS ayudan a nublar muchas veces la imagen del socialismo y son utilizadas con éxito en el terreno ideológico y político por la reacción.

No existiendo salidas claras y unitarias de cambios sustanciales se abren espacios a las fuerzas de la conservación.

Pero si todo lo anterior es cierto, si hay base para temer que se puede abrir un período difícil para la paz y el progreso, no es menos cierto que las "soluciones" de Reagan se enfrentan a cada paso con los problemas de la realidad, que el avance de los pueblos ha ido creando. Empezando por el propio EEUU.

El carácter institucional del imperialismo norteamericano ha cambiado profundamente. El rol del presidente, hasta ayer garante indiscutido del "pacto social" nacional, está ahora ampliamente redimensionado. Tienen hoy mu-

cho más poder político directo los círculos financiero-militares y lo expresan por mecanismos de presión y acción paralelos al poder político formal, condicionando fuertemente las decisiones de éste. La representación política del poder económico es cada vez menos mediada y autónoma.

Frente a esta nueva realidad, el pueblo de EEUU se ha dado nuevas formas de agrupación. Junto a los sindicatos, fieles al "gran acuerdo" (New Deal) y todavía respetuosos de sus reglas impuestas por el gran capital, toda una nueva forma de organización de masas, incipiente pero novedosa, se ha ido levantando al calor de las luchas democráticas de los últimos años. El movimiento por los derechos civiles, y contra la guerra de Vietnam, las organizaciones de consumidores, el sindicalismo independiente del AFL-CIO, la reorganización del movimiento estudiantil en muchas universidades, son una realidad que puede tener altibajos y ser aun poco influyente pero que tiene grandes potencialidades frente a medidas que cercenen derechos conquistados.

Es esto lo que hace pensar que será difícil aplicar las ideas económicas de Reagan sin crear profundas laceraciones. Los problemas del neopresidente serán principalmente políticos: como imponer un nuevo "gran acuerdo" a todas luces lesivo para los más pobres a un pueblo que ha aprendido de sus luchas. Como hacer aceptar una política de intervención directa en el extranjero que evoca demasiado al Vietnam como para que la gente pueda tragársela sin chistar. Por último es en medio de estas contradicciones que se trizará la unidad de intereses contrapuestos que se coaligaron tras Reagan. Porque entre sus electores, no todo fue opción conservadora. En muchos influyó la idea de votar por un cambio, protestando de manera ambigua e indiferenciada contra males reales que Reagan parecía enfrentar pero con programas que, o los aumentarán, o crearán otros peores.

En lo que se refiere a la posibilidad de imponer al resto de los habitantes del planeta soluciones "simples" a sus problemas, la idea de Reagan de utilizar la "superioridad" militar para lograrlo, junto con ser en extremo peligrosa, es profundamente falaz. Por muchas razones.

En primer lugar, creer en ello en la relación con la URSS puede sólo querer decir una cosa: tratar de ponerse en condiciones de golpear con un arma nuclear sin ser después golpeados. Porque proponer armarse con más cohetes para destruir más y ser más destruido es implantable por insano. Pues bien, creer que los EEUU podrán subyugar a la URSS en el terreno nuclear es no entender el rol alcanzado y el desarrollo logrado por la URSS en estos años. Es proponer un imposible y por tanto, en la realidad, condenar a la humanidad a despilfarrar una parte cada vez más grande de su mal repartida riqueza en un arsenal mortal que sólo puede servir a los intereses de quienes fabrican las armas en EEUU, grandes partidarios hoy de Reagan.

En segundo lugar, creerlo en relación con los países del tercer mundo, es pensar todavía en un mundo dividido exclusivamente según las esferas de influencia de los dos grandes bloques. Y este sería un grave error de cálculo.

La imagen de un presidente Carter indeciso, hamletiano, débil, avasallado por lo que Reagan ha llamado la "vergüenza americana", los rehenes en Irán, es paradójicamente muy representativa de la realidad que hoy enfrentan los EE. UU. Nadie puede olvidar que una parte muy consistente de la administración Carter proponía, de manera más sutil y menos burda pero también peligrosa la idea de la primacía americana como solución para la crisis de hegemonía que viven los EE. UU. En parte por las contradicciones internas de su gobierno, pero sobre todo porque una política de gran potencia imperial sólo puede ser aplicada a un mundo muy diverso, muy cambiado respecto al que vivimos, Carter se vio siempre en la disyuntiva no resuelta entre el compromiso complejo y la política de fuerza. Entre el diálogo con las nuevas autoridades iraníes, contradictorias y caóticas pero fruto de una revolución popular inmensamente mayoritaria, y la idea de mandar una "fuerza de intervención rápida" para resolver un problema como el de los rehenes que tiene sus raíces más profundas en la intervención histórica de EE. UU. en los asuntos internos de ese país.

No entender el despertar de enormes masas humanas que hoy caracteriza a los países del tercer mundo, seguir pensando en usar las maneras fuertes para hacer retroceder procesos de liberación nacidos por la voluntad de los pueblos de defender sus derechos contra el imperialismo, creer que la derrota en Vietnam fue militar y no política, en fin creer que es posible invertir según la propia voluntad una tendencia que es fruto del avance de la humanidad es materialmente imposible y decididamente peligroso.

Por último, en lo que se refiere a la posibilidad concreta, práctica, de imponerla a los demás países occidentales las opciones de EE. UU., ya la Internacional Socialista y los gobiernos francés y alemán federal han respondido al desafío: "no nos asusta un EE. UU. más fuerte, responderemos con una Europa occidental más unida". Importante sería que esa unidad no se limitara a los actuales gobiernos y fuera de verdad unidad de fuerzas democráticas que tengan un destino y objetivos de transformación comunes.

Párrafo especial merecen las intenciones de Reagan respecto a nuestro continente. Hay que poner un muro muy amplio y unido de contención a la idea de fortalecer todo lo más retrogrado y tiránico y desestabilizar lo nuevo y fecundo. Para ello es esencial hoy más que nunca encontrar los caminos del entendimiento de las fuerzas democráticas que en el antiimperialismo pueden tener uno de sus lazos más sólidos. Mucho tendrá que hacer la izquierda para abatir el sectarismo y actuar sobre la base de acuerdos cada vez más amplios. Es imprescindible derrotar en las fuerzas de centro a quienes tenderán a vacilar y claudicar ante las exigencias del imperio. Habrá que buscar ciertamente la manera de ligarse a la oposición progresista y a los sectores más avanzados del partido demócrata entre los que el haber tenido que votar por Carter como mal menor debe haber dejado lecciones para el futuro.

Por último será necesario recoger nuestras mejores tradiciones de solidaridad y latinoamericanismo para contribuir a defender a Cuba, Nicaragua y El Salvador de las amenazas que incumben sobre ellos.

17.11.80.

ANÁLISIS

UN NUEVO PUNTO DE PARTIDA

E. Correa

Una vez realizado el plebiscito y sacadas las primeras conclusiones acerca de la magnitud del fraude, de la movilización de masas desarrollada en los días previos a su ejecución y de los primeros reajustes de fuerzas producidos en el seno del régimen, se impone la necesidad de un debate riguroso acerca de las realidades de fondo que se han hecho explícitas en este período tan particular de nuestra lucha política.

Ello es especialmente necesario, porque más allá del poderoso movimiento de repudio a la farsa y del escepticismo internacional que éste originó, lo concreto es que Pinochet impuso una Constitución que se inserta en el marco de la profunda revolución capitalista encabezada por el fascismo hecho dueño del Estado.

Durante un largo tiempo, el personaje principal que ordenaba nuestros análisis era la crisis de la dictadura, su precariedad y, por tanto, la inminencia de su caída, siempre y cuando lográramos obtener para ello la unidad de los partidos opositores, o dicho de otro modo, obtuviéramos la recomposición del cuadro político previo a 1973 sin las divisiones y querellas que lo llevaron a su hundimiento. Incluso parecía al alcance de la mano la posibilidad de reformular el Programa de la U.P. en términos que fueran aceptables para otras fuerzas democráticas, en particular la D.C., creándose así una correlación de fuerzas que no pudimos construir antes del golpe de Estado y haciéndose explícito el carácter minoritario del régimen y la necesidad inevitable de su caída.

Esta forma de concebir la lucha contra la dictadura era y es enteramente ajena a la realidad actual del país y no se enfrenta de modo real a las profundas transformaciones que éste ha experimentado. Si siguiéramos pensando así, el plebiscito no pasaría de ser una nueva maniobra de la dictadura destinada a "maquillarla", postergando su caída ya casi en las puertas del horno. Entender así las cosas es creer que el fascismo es sólo un paréntesis que, aunque más largo de lo que pensábamos, no dejará huellas duraderas en nuestra historia futura.

La verdad es, sin embargo, estrictamente inversa a este enfoque mecanicista e irreal. Con todos sus problemas, sus contradicciones, sus crisis, el régimen ha logrado convertirse a sí mismo en el elemento central en el país, transformando las bases materiales de nuestra sociedad y encaminándose — a no ser que sea derrotado en su intento — a establecer su hegemonía política duradera. Para ello, conjuga su enorme poderío militar, hasta el momento

compacto, y el poder económico multiplicado de los grandes grupos financieros, que han logrado convertir al mercado en el instrumento regulador de la vida del país. A ello hay que sumar los signos de vuelco a la derecha que se observan en el terreno internacional, confirmados en la última elección norteamericana.

Para alcanzar su nivel actual de poderío, el régimen dictatorial destruyó el tipo de democracia que el país conoció y en el cual todos y cada uno de los partidos surgió, creció y desarrolló su política y, en definitiva, aprendió a pensar y a actuar. El terreno en el cual las fuerzas políticas democráticas y también las organizaciones de masas estructuraron históricamente su influencia y crearon su capacidad de dirección social, ha desaparecido y en su lugar hoy día se ven obligadas a actuar en un país profundamente dividido, fragmentado, desarticulado.

La afirmación de que el fascismo en su versión chilena no ha sido capaz de construir en torno a su proyecto un movimiento de masas semejante a sus congéneres clásicos, es justa. Sin embargo, ella no permite ver más que un solo aspecto de la realidad. La verdad es que — junto con ello — el fascismo apuesta a despolitizar al país, para reducir la resistencia a su poder a una mera disidencia incapaz de desarrollar su actividad más allá de una reducida escena política en la cúpula, desvinculada de la vida cotidiana y real de los chilenos. Una vez alcanzado ese objetivo es posible, por lo menos en la línea de pensamiento de los aperturistas, que el mismo poder pudiera abrir espacios institucionales para la actividad partidaria restringida y, en todo caso, sin condiciones de influir de modo real en un país reorganizado por el mercado capitalista y sometido a la vigilancia constante de los militares, ubicados sólidamente en la cima del poder político.

Dejar atrás el pasado

Cunde la impresión de que el movimiento democrático no ha tomado aún cabal conciencia del nuevo escenario estratégico en el que está obligado a desarrollar su lucha, o que por lo menos, habiendo introducido estos nuevos elementos en sus análisis, no ha extraído de ellos todas sus profundas consecuencias.

El plebiscito demostró que existe en Chile una inmensa potencialidad opositora, susceptible de ser transformada en resistencia generalizada al fascismo. Las transformaciones capitalistas en curso han dañado sustancialmente a sectores sociales que unidos constituyen la mayoría del país; ello, junto a la aspiración a la democracia manifestada abiertamente, por lo menos por dos millones de chilenos (cifra provisoria mientras no se conozca la magnitud real del fraude) son una base sólida para proyectar una lucha democrática con perspectiva de victoria. Convertir en realidad esa potencialidad es el desafío que debemos enfrentar. Tal como estamos y tal como somos es difícil que lo alcancemos. El país se ha modificado profundamente y sus fuerzas políti-

cas, que durante décadas lo dirigieron y lo construyeron, permanecen, sin embargo, palabras más palabras menos, iguales a sí mismas, enfrentando el presente con armas de un pasado que ha dejado de existir irremediamente.

Esta es la raíz de la profunda crisis de perspectivas y de la ausencia de propuestas reales que aqueja al conjunto del movimiento democrático. No puede ser que mientras una dictadura remodela el país a imagen y semejanza de intereses ajenos a él y se demuestra que existen condiciones para convocar a las masas a enfrentarse a ese atentado a la nación, por otra parte las fuerzas políticas democráticas se debaten en un círculo vicioso que les impide ponerse a la cabeza del movimiento, respondiendo de un modo nuevo a las nuevas exigencias.

No es posible permanecer impasibles ante el hecho de que aún ante la tragedia nacional que vivimos, la D.C. persista en su propósito de ser por sí misma la alternativa que arrastre tras de sí a todas las fuerzas democráticas, oscilando además de modo permanente y según las circunstancias, entre el enfrentamiento a la dictadura y el entendimiento con sectores del régimen.

Por nuestra parte, es indispensable enfrentar de modo franco y crudo la situación de la izquierda que no ha logrado construir de modo efectivo su unidad y que sufre de una larga parálisis en su acción colectiva que le ha impedido ser un protagonista que exprese la fuerza real que ha demostrado tener en difíciles coyunturas.

A estas alturas, problemas de tal magnitud no se resuelven a través de la afanosa búsqueda de acuerdos de cúpulas, que en la medida en que no se insertan en procesos sociales reales que integren en toda su dimensión las nuevas realidades de la acción de masas antifascista, pueden terminar en largas negociaciones estériles y, lo que es peor, divorciadas del país tal cual es.

Desde hace un tiempo, hemos insistido en la necesidad de superar la tendencia presente en todos nosotros de enfrentar la política a través de nosotros mismos, de nuestros debates y — porqué no decirlo — de nuestras pugnas, al fin de cuentas pequeñas si las medimos en la dimensión nacional de los problemas que debemos enfrentar. Estamos en el momento en que debemos, en lo que a esto respecta, pasar de las palabras a los hechos, dejando atrás con resolución, nuestros doctrinarismos, nuestros sectarismos, nuestra vieja lógica de grupos.

¿Por dónde partir?

Es problema real que tenemos la obligación de plantearnos hoy día es el camino para derrocar a la dictadura, una vez que se ha demostrado de modo evidente para todos, que no existirá democracia en el país como producto de una supuesta evolución gradual del régimen. Es claro que sólo una profunda ruptura del país con la dictadura, que conduzca a la ilegitimación de hecho de su autoridad y que le impida dirigir al país, puede conducir a su caída y fijar el punto a partir del cual se desarrolle un proceso de re-

construcción democrática históricamente duradero y estable. En eso parecen estar todos de acuerdo. La cuestión es cómo alcanzar el punto en el cual esa ruptura deje de ser un deseo y pase a convertirse en un hecho real e incontestable.

Al entrar a discutir el tema es preciso despejar previamente algunos falsos dilemas. Ya ha contribuido bastante a oscurecer el debate el planteamiento que opone, de algún modo, el desarrollo del perfil y la fuerza propia de la izquierda con la necesidad de construir una amplia alianza de todas las fuerzas opositoras a la dictadura. El asunto puede tornarse aún más confuso si además se pone hoy día en el centro de la discusión la necesidad o no de formas de lucha violenta en el enfrentamiento a la dictadura.

El debate sobre estos temas puede adquirir toda su relevancia práctica si se resuelve en primer lugar cuál es el tronco principal de nuestra estrategia para derrotar al fascismo, impidiendo que éste imponga al país una hegemonía duradera.

Nuestra propia experiencia nos indica que éste no puede ser otro que el despliegue de la fuerza organizada de un movimiento de masas democrático que llegue a expresarse en todos los planos de la sociedad chilena.

Si la raíz final del poder dictatorial reside principalmente en la fragmentación del país, y simultáneamente, su principal debilidad siguen siendo sus dificultades para organizar a la sociedad chilena en una orientación fascista, no cabe duda que nuestra tarea principal es la de rearticular a la nación a través de múltiples formas de organización que por su carácter democrático acentúen, hasta hacerlo extremo, el divorcio del Estado autoritario con la mayoría evidente de Chile.

Transformarnos en los principales organizadores de la rebelión de los chilenos y convertirla en un movimiento que por su fuerza y unidad se convierta en el elemento articulador del país que el fascismo atomizó: esa es la tarea principal que puede producir una alteración real de la situación, haciendo que los múltiples signos de rebeldía desemboquen en desobediencia efectiva, en desconocimiento de hecho de la institucionalidad totalitaria.

Ello supone necesariamente pasar de las consignas generales a su concreción en planes de lucha que enfrenten los diversos aspectos de la política de la dictadura y que recojan las múltiples reivindicaciones concretas de los sectores afectados por ella. La ofensiva institucionalizadora del régimen se ha desarrollado llevando a cabo de modo particular, aunque de acuerdo a un proyecto global coherente, la reorganización de las diversas áreas de la vida del país. A ello obedecen las llamadas 7 modernizaciones; cada una de ellas se orienta a desarmar sistemáticamente las bases sobre las cuales se construyó el viejo Estado democrático; cada una de ellas afecta además de modo gravísimo los intereses de vastas capas de la población. Organizar a esas capas en torno a la resistencia, a cada una de estas transformaciones, generando políticas y plataformas alternativas y desbordando de hecho sus marcos, dificultando su aplicación hasta llegar a hacerlas inaplicables, es la forma de enfren-

tar de modo real y concreto, en el seno mismo de la base social, las transformaciones negativas que hoy se imponen a Chile. Actuando de ese modo es que abriremos nosotros los cauces a la participación activa de la ciudadanía allí donde la dictadura intenta cancelarla. Desarrollando esa nueva forma de hacer política es que nos transformaremos en alternativa visible y comprensible para miles y miles de chilenos desamparados hoy día ante un poder que los despoja y los deja librados a su propia suerte.

Rearticular la nación

Recoger y organizar las diversas reivindicaciones sectoriales y regionales nos permite construir de modo real la unidad de nuestro pueblo, creando centenares de puntos de convergencia y reencuentro, demostrando que en la vida práctica la unidad resulta ineludible y posible; que en la lucha real contra el enemigo común es posible generalizar el nuevo clima de colaboración y solidaridad democrática, que nunca alcanzaremos por la vía del perpetuo enfrentamiento de nuestras concepciones generales y de nuestros intereses partidarios legítimos, pero muchas veces estériles.

Ciertamente que en estos años se ha desarrollado, muchas veces de modo imperceptible y germinal, una aspiración muy profunda de nuestro pueblo a la unidad. Es, sin embargo, también evidente que ello no se expresa aún en un nuevo consenso entre las fuerzas sustantivas que históricamente lo han representado. Parece claro, entonces, que no hay que esperar un acuerdo global para convertir ese sentimiento unitario en fuerza real, en capacidad efectiva de modificar la situación. Más bien corresponde desplegar nuestros esfuerzos comunes en la organización de un vasto tejido social que le impida a la dictadura actuar como si estuviera en un desierto y que, al revés, oponga a su política múltiples y variadas resistencias que vayan convirtiendo en un hecho actual su incapacidad de dirigir un país que la rechaza. Sólo así, en nuestra opinión, el régimen dejará de ser el factor central de la vida nacional y la hegemonía social cambiará de manos, aún antes de consumarse el derrocamiento de la dictadura.

Comprender así la lucha política nos permitirá llegar a construir una nueva dirección de la nación, profundamente vinculada a la vida de las masas del país y en condiciones, una vez derrotados los fascistas, de constituirse en el cimiento sólido de un nuevo consenso que ofrezca al país un desarrollo democrático profundo y estable.

En ese marco es que hay que ubicar la propuesta, que junto con el MAPU y la Izquierda Cristiana hemos hecho, destinada a producir un acuerdo para constituir un Comando Nacional de Organizaciones Democráticas que agrupe al conjunto de organismos e instituciones independientes del fascismo que han desarrollado su acción en estos años. Sería erróneo entender esta propuesta como un nuevo acuerdo superestructural que busca solamente una

coordinación de lo ya existente, sin preguntarse acerca de su representatividad real. La política de colaboración de los organismos democráticos debe constituir, por el contrario, un criterio que nos oriente en cada sector, en cada barrio, en cada ciudad, en cada provincia. No podemos convertir esta línea en una nueva ocasión de negociaciones, en la que las pugnas y los criterios estrechos terminen por esterilizarla. Debemos recoger la experiencia del Comando de Lucha en contra del Plan Laboral, que en la medida en que no se afinó en el movimiento real, terminó siendo solamente el escenario de los acuerdos y desacuerdos de nuestros partidos.

El comando que proponemos debe ser la expresión de una amplia movilización que sume a la lucha a miles de chilenos que están contra la dictadura y que se preguntan cotidianamente qué hacer para echarla abajo. Sólo así podrá predominar el criterio de masas, subordinando a la unidad todo otro interés y ubicando en ese marco real nuestras naturales discrepancias acerca del presente y del futuro de nuestra patria.

El proceso unitario que debe conducirnos a acuerdos indispensables para constituirnos en una alternativa que desmienta de modo efectivo la falsa disyuntiva planteada por la dictadura entre ellos y el caos, se desarrollará entre fuerzas reales, que conducen efectivamente el proceso, que se insertan en el movimiento antifascista y que son en común responsables de su suerte y de su avance.

Dirigir desde las masas

Si avanzamos por este camino, necesariamente tendremos también que producir un giro radical en la forma de concebir la acción y la propia organización de nuestros partidos y su relación con las masas.

Las condiciones en que hemos debido actuar en este tiempo, las inmensas dificultades que hemos debido remontar para reconstruir nuestra organización política, la dispersión de nuestras capacidades de dirección ocasionada por la ilegalidad, la represión y el exilio, nos han llevado muchas veces sin darnos cuenta, a poner por encima de todas las cosas la lógica de nuestros propios aparatos partidarios que tanto ha costado construir.

Partimos de la base que sin la acción obligadamente clandestina de nuestros partidos no habría sido posible abrir todos los espacios de libertad que tanto ha dificultado la acción de los fascistas. Sin esa actividad el país se habría desorganizado irremediabilmente y el fascismo se habría convertido en un hecho prácticamente irreversible. La organización clandestina de nuestras fuerzas políticas tiene sin duda ese mérito histórico que todo el país terminará por reconocer. El problema consiste en cómo derrotar el intento permanente de la dictadura por transformar esa clandestinidad y ese exilio en realidades lejanas de la existencia concreta de los chilenos.

Es preciso para ello reconstruir la legitimidad de los partidos y sus direcciones. Los partidos no se legitiman como dirigentes de la sociedad de una

vez y para siempre. Menos aún encuentran en si mismos su justificación y, por tanto, no es sólo por el hecho de ser ilegales y de desarrollar una heroica acción, que pueden reclamar el derecho a conducir a un pueblo. Debemos dejar vigorosamente a un lado la tendencia a considerarnos poseedores de una verdad que debemos comunicar a nuestro pueblo para que la siga, sin más argumentación que ser nosotros mismos. Nuestra legitimidad debe reposar en nuestra capacidad, no sólo de propuesta general, que ya es muy importante, sino además y principalmente, de conducción del movimiento real. No podemos seguir concibiendo al dirigente partidario como el que está detrás de la realidad, dirigiéndola entre bastidores; esa concepción nos puede llevar a que pensamos la realidad sólo según nuestros criterios o, peor aún, que terminemos sin dirigir nada, quedándonos al margen del movimiento real. Es indispensable que nuestras direcciones en todos los niveles expresen efectivamente la amplitud y la variedad del antifascismo. Los dirigentes de los partidos deben ser tales por su capacidad efectiva de dirigir la sociedad, de asumir hoy día y mañana su dimensión, de conducir no desde las sombras sino desde la vida misma de la sociedad la lucha por terminar con el fascismo.

La clandestinidad no la hemos elegido nosotros, no la queremos, no nos gusta. Actuar en consecuencia significa ligar lo más posible, creando las condiciones para ello, a nuestros partidos y sus dirigentes con el movimiento de masas que está en el centro de nuestra propuesta de enfrentamiento a la dictadura. De este modo avanzaremos en la creación de un nuevo liderazgo social y político, cuando el que teníamos ha sido asesinado o dispersado. No nos ilusionemos pensando que mañana seremos legítimos, porque le "revelaremos" al pueblo lo que hicimos, sino al revés, lo seremos porque habremos estado presentes en su lucha diaria, porque habremos aprendido con él, porque habremos construido con él la nueva unidad.

Si no producimos este viraje en nuestra forma de entender el rol de las direcciones, inevitablemente, en la revolución antifascista chilena se enfrentarán dos criterios: el de las masas y el de los aparatos. Las unas, desprovistas de centros de dirección que sinteticen y generalicen su experiencia, y los otros, sin nutrirse de modo efectivo en la práctica de la lucha tal cual ella es.

En definitiva, y como última reflexión sobre este tema, es claro que la concepción que entiende la construcción de los partidos como una tarea previa a la lucha es irreal. Los partidos, su organización, sus propios estatutos internos, la generación de sus direcciones son inseparables de la marcha del movimiento en su conjunto. De este modo, mañana en el Estado asumirán de verdad una actitud democrática que los vacunará de cualquier tendencia a la autogeneración y al predominio del raciocinio centralista sobre los criterios de participación y de articulación permanente del consenso entre ideas y experiencias diversas.

El necesario acuerdo político

Nada puede estar más alejado de nuestras concepciones que convertir esta línea de conducta en un desprecio a la necesidad de conjugar en todo lo posible a las fuerzas políticas democráticas. Sin ese acuerdo el movimiento de masas sería inevitablemente limitado en sus proyecciones. Lo que proponemos es que esos acuerdos se ubiquen en un contexto social nuevo que todos debemos contribuir a crear.

La práctica unitaria de masas pondrá, ya lo hemos dicho, sobre un nuevo telón de fondo nuestras convergencias más generales. Pondrá también sobre un terreno más sólido y existente nuestros desacuerdos y nuestros conflictos. La existencia de un movimiento de masas con autonomía y perfil propio reducirá el efecto de nuestras divergencias, a no ser que haya quien quiera asumir la responsabilidad de dividir la organización social y de trabajar activamente por su esterilización.

También, sin embargo, en el terreno propiamente político se hace necesario un punto de partida desde el cual trabajemos para dar progresiva solidez y permanencia a nuestros compromisos.

Ese punto de partida debe ser obvio para todos: la democracia. Nada puede obstaculizar un acuerdo en torno a aquello en que concuerdan todas las fuerzas sociales que expresamos. Nadie entiende que sobre esta materia tan esencial y tan de sentido común no podamos confluír ahora.

El consenso hasta ahora alcanzado en la Comisión de los 24 tal cual está expresado en su documento de conclusión, permite generar un acuerdo serio acerca de los lineamientos principales de la futura democracia chilena y del desarrollo de los derechos humanos individuales, políticos, económicos y sociales, como el elemento que define de modo principal el nuevo régimen al que en común aspiramos.

Podemos discrepar, sin duda, acerca de las características que tendrá el gobierno que suceda a la dictadura. Ciertamente no estamos de acuerdo aún en el proyecto general de sociedad hacia la que debemos avanzar. Naturalmente tenemos también serias divergencias ideológicas y políticas. Es necesario, no obstante, que partamos de la base que queremos la democracia, que la consideramos un valor permanente y que nos comprometemos hoy día a conquistarla y mañana a mantenerla.

Junto con ello, es indispensable que concibamos al movimiento que la conquistará y la desarrollará, como necesariamente compuesto por fuerzas diversas y que dejemos de lado toda aspiración a su monolitismo y unanimidad. Esta diversidad no es, como pudiera pensarse de acuerdo a padrones clásicos, una fuente de debilidad del movimiento, sino una razón para su fuerza, en la medida en que, reconociendo el carácter distinto de sus componentes, está en condiciones de expresar al país tal cual es. En ello reside su superioridad sobre el fascismo, que por su concepción totalitaria, sólo es capaz de representar una minoría y no puede, por tanto, aspirar a encarnar a la nación.

El acuerdo explícito por la democracia crearía, sin duda, una situación nueva en el país e invertiría la corriente actual que en el terreno político sigue siendo a la división y a la desconfianza.

Un acuerdo claro para derrocar a la dictadura, a partir de la declaración común que de ninguno de sus sectores es posible esperar un desarrollo democrático positivo, despejaría el camino para futuras concordancias y abriría una expectativa nueva al movimiento de masas.

Se crearían así nuevas condiciones para abrir un gran diálogo entre todas las fuerzas opuestas al régimen, acerca de las medidas económicas que debiéramos impulsar para asegurar la viabilidad de la democracia y garantizar su efectiva gobernabilidad.

La consigna, levantada por todos, de que el país requiere un nuevo gobierno ahora, a cuya solidez y estabilidad nos comprometemos, conjugada con una rebelión organizada de masas, puede marcar una perspectiva que apunte al fin del fascismo. En ese cuadro es posible plantearse las diversas formas de combate al régimen, teniendo en cuenta siempre que ellas surjan de la experiencia común en la lucha de masas y contribuyan a fortalecer la unidad de las fuerzas que son indispensable hoy día y lo serán también mañana.

Sólo así la acción que necesariamente debemos desarrollar en las Fuerzas Armadas para hacer crecer y organizar allí el fermento democrático, no tendrá nada que ver con ilusiones putchistas.

De ese modo, las diversas formas en que se exprese la rebeldía de masas no conducirán al caos y la división, sino que fortalecerán la confianza del pueblo en que la dictadura no es ni invencible ni todopoderosa.

Se requiere, ciertamente, alterar la correlación militar de fuerzas en la que la dictadura basa, en gran medida, su permanencia en el poder. Esta alteración debe ser, sin embargo, el reflejo de la nueva mayoría organizada que articule al país, reencuentre a los chilenos y levante a la nación.

Una consideración final: Revertir el curso de los hechos en la izquierda.

Quien lea estas líneas podrá preguntarse con justicia si la izquierda tal cual ella es ahora podrá llevar a cabo estas tareas. Nuestra respuesta es negativa. La izquierda podrá jugar su rol, por lo demás insustituible, sólo si abre curso de una vez por todas a su renovación teórica, estratégica, táctica y orgánica.

Concordamos plenamente con quien ha dicho recientemente que la crisis de la Unidad Popular no es una "crisis de crecimiento". De las reflexiones iniciales que hicimos en este artículo surge el convencimiento de que la situación actual de la izquierda, profundamente negativa, tiene raíces muy hondas que hay que reconocer y enfrentar.

Toda fuerza revolucionaria tiene el deber permanente de expresar lo nuevo, organizarlo y transformarlo en realidad social. Hoy día estamos lejos

de cumplir ese rol del cual, repetimos, debe nacer nuestra legitimidad. Más bien, muchas veces, aparecemos y estamos anclados a lo viejo, defendiendo formas, protocolos y liturgias que sobreviven a un tiempo que ya pasó.

Expresión dramática y no secundaria de ello es la persistencia en un viaje lenguaje que sólo es entendido por los iniciados y que refleja no sólo un modo de hablar, sino también de pensar.

Si no queremos reproducir cotidianamente nuestra derrota, tenemos la obligación de romper con nuestros hábitos y concepciones estrechas, poniéndonos a la altura de los desafíos actuales. La experiencia de lo ocurrido, en Chile y en el exterior, con motivo del plebiscito, demuestra la urgencia de este viraje sustancial.

Debemos ser capaces de poner en cuestión nuestras formas de entender nuestras relaciones unitaria, de comprender nuestra lucha común por el socialismo y de concebir nuestra propia composición. Nada más sensato que realizar, a propósito de estos temas, un amplio debate, sin exclusiones que paralicen, poniéndonos desde ya de acuerdo todos en la acción común en el terreno de masas, que es al fin de cuentas el plano en el que podemos mostrar, más allá de las autoafirmaciones, nuestra superioridad y nuestra fuerza.

Una vez más, también aquí, se requiere de un punto de partida nuevo que revierta la tendencia a la incomunicación y a la división. Ese es el sentido profundo que tiene nuestra propuesta de convergencia con el MAPU y la IC, en la perspectiva de generar de conjunto una nueva corriente popular que exprese a inmensos sectores antifascistas, que una izquierda construida en torno al acuerdo entre el Partido Comunista, el partido Socialista en su realidad actual no puede recoger representar y dirigir.

Pensamos que así podríamos construir una base nueva para el diálogo y la confluencia con muchos sectores que, hoy día, buscan desde diversos ángulos una renovación profunda del movimiento democrático chileno.

Mientras más urgencia demos a esta tarea y mayor sea nuestra eficacia para plasmar a partir de ella una nueva realidad política, y en lo posible una nueva organización, mayor fuerza tendrá la necesidad de un movimiento popular que no se resigne a reducirse a su ámbito de influencia histórica y que avance por el camino de representar a la riqueza variada del movimiento antifascista.

Es obvio que no pensamos que nuestra propuesta resuelva todos los problemas que enfrentamos.

Es apenas un punto de partida. Convirtámoslo cuanto antes en realidad.

POLONIA: UNA CRISIS EN EL SOCIALISMO

Eduardo Rojas

1 - Nuestro punto de vista

Hace unas semanas — comienzos de septiembre — escribíamos para la revista "Chile - América", las primeras notas y reflexiones que nos inspiraban los acontecimientos vividos por Polonia en este tiempo. Decíamos allí que la atención mundial dedicada al tema, así como la influencia que lo ocurrido podía tener en el desarrollo del consenso democrático en Chile, nos impellían a entregar nuestras opiniones. De hecho los acontecimientos posteriores lo han reafirmado así: el mundo sigue mirando hacia Polonia; con expectación muchos, con mal disimulado interés por ver allí una derrota del Socialismo, otros; y con una gran esperanza nosotros, chilenos, militantes de la causa del socialismo, que vemos aparecer en esa experiencia y de manera inédita, un cúmulo de enseñanzas válidas para la tarea que Chile nos pone por delante: construir la democracia y hacer de su plena expansión y desarrollo la característica básica, central, del socialismo que proponemos para nuestro país.

Lo anterior define nuestro punto de vista. Miramos lo ocurrido en primer lugar como chilenos partidarios del socialismo, no sólo para enfrentar el burdo intento de la dictadura de Pinochet en orden a sacar provecho para su causa — "El Mercurio" y toda la prensa oficial le han dedicado permanente espacio a la situación polaca — ni tampoco porque secotres democráticos cuyas opiniones nos interesan, también se ha preocupado — ver por ejemplo el artículo "Polonia, los límites de la represión", publicado en la revista católica "Mensaje" N. 239 de Octubre de este año — ciertamente por eso, per principalmente porque el carácter de los sucesos nos enseña mucho en orden a perfilar más nítidamente nuestro propio proyecto socialista.

Por otro lado, estamos concientes de que una exacerbación de la crisis polaca, podía o puede, poner en peligro la paz mundial, dado el rol estratégico que Polonia juega en el sistema de defensa del campo socialista y su ubicación clave para la detente en Europa. Estamos ciertos que la paz es un objetivo propio a las fuerzas del socialismo, pero trasciende con mucho sus límites, alcanzando a todos quienes están por el progreso y una vida más humana, es decir la mayoría de la humanidad. Queremos decir con toda claridad en fin, que la seguridad del campo socialista es una cuestión vital para el desarrollo de nuestra lucha y el avance de las fuerzas progresistas en el

mundo. Ella influye no sólo en nuestra reflexión, sino que es un elemento siempre presente en quienes entendemos que no basta con explicar la realidad sino que hay que transformarla, en quienes queremos hacer política para la revolución.

2 - Los acontecimientos

Digámoslo con palabras de Stanislaw Kania, Primer Secretario del Comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco: "Hoy día, hay en el seno de nuestro partido conformidad de opiniones sobre el carácter del conflicto que hemos vivido. Fue una protesta masiva, obrera, no contra el socialismo, sino contra la violaciones de sus principios, no contra el poder popular sino contra los errores en su política. No hay que, por lo demás, simplificar las apreciaciones. Esta no fue una oposición de consumidores, sino la protesta de ciudadanos, no la oposición de asalariados, sino de una clase que tiene la conciencia de ser dueña de su país"¹. En efecto, se ha tratado de una movilización que alcanzó a comprometer la mayoría de la clase obrera en las huelgas y llegó a conmover globalmente la sociedad polaca.

Las reivindicaciones del movimiento son inicialmente de carácter económico-social: aumento de salarios; estabilidad de precios de consumo popular, en especial de la carne; mejoras en la jubilación, en el sistema de salud y de vacaciones. A partir de ellas y dadas la fuerza y legitimidad que alcanza, la protesta se refiere a cuestiones de carácter más general que tocan al conjunto de la sociedad: el rol de los sindicatos y más ampliamente de las organizaciones de masas; su autonomía del partido y del gobierno; la libertad de información y de prensa; el carácter real del derecho de huelga; la supresión de diversos privilegios y como condición del acuerdo, la libertad de algunos presos disidentes y la restitución a sus antiguos puestos de trabajadores y activistas que fueron despedidos luego de protestas similares en los años 1970 y 1976.

La protesta obrera que se extiende más tarde a otros sectores, principalmente estudiante e intelectuales, no es como lo reconoce el POUP y lo reiteran repetidamente los líderes de ella, contra el socialismo, sino contra los errores y deformaciones que han llevado al país a una situación de crisis. La legitimidad, fuerza y amplitud del movimiento son desde un primer momento reconocidas por la dirección del país, lo que facilita un tratamiento político justo de la crisis y abre camino a una solución concertada. En el desarrollo del movimiento, la organización oficial de los sindicatos es claramente sobrepasada y en la práctica desaparece, dándose los obreros una organización ad-hoc, de "comités de huelga". Por otro lado, la capacidad de acción

¹ Informe del Buró Político a la VI sesión plenaria del CC del POUP, 4 y 5 de Octubre de 1980. Publicado en Bulletin d'Information N. 4, pag. 5. Texto en francés, la traducción es nuestra.

del partido gobernante en la base, pierde toda efectividad. Hechos insólitos sin duda en un régimen político de dictadura del proletariado que lleva ya más de 30 años de existencia.

3 — El marco nacional e internacional

Los aspectos nacionales del conflicto se caracterizan por dos cuestiones centrales: Una situación económica extraordinariamente grave, que no es puramente producto de la influencia de la crisis del sistema capitalista mundial, y un régimen político debilitado a tal extremo que los dirigentes refiriéndose a las exigencias del momento llegan a afirmar que “debemos determinar los caminos que restituirán la confianza de la sociedad, sobre todo de la clase obrera hacia el poder popular”².

La crisis económica hunde sus raíces en el proceso vivido por la economía polaca en los últimos 10 años. Profundizar en ello escapa a nuestras posibilidades, pero el mismo informe ya citado enumera las características negativas siguientes: la economía había sido fuertemente sobrecargada con inversiones en la industria pesada, afectando regresivamente la repartición del ingreso nacional y la proporción entre la acumulación y el consumo; el endeudamiento del país — más de 20 mil millones de dólares de deuda con los países occidentales — había llegado más allá de las posibilidades reales, al no crearse las capacidades de producción y de pago indispensables; las proporciones en la economía se formaban en gran medida de manera espontánea, afectando el plan de desarrollo; se había subestimado la importancia de la agricultura — en el campo vive el 45% de la población — disminuyendo la inversión y afectando la producción de tal modo que Polonia, que era exportador neto de productos alimenticios devino en 1975 importador neto; el consumo por otro lado, aumentaba de manera espontánea, sobrepasando ya en los años 1970-1975 las posibilidades económicas del país. Como resultado, y por primera vez en la historia del socialismo en Polonia, en el año 1979 se registró una disminución del ingreso nacional. Las tensiones sociales que de allí se desprenden, son a no dudarlo, el factor desencadenante de la movilización social en la crisis.

En la debilidad del sistema político y la pérdida de confianza de las masas en la dirección que se le corresponde, hay un conjunto de factores estructurales e históricos que pesan. Respecto a los primeros dos son los más importantes: la incapacidad del sistema para recoger e incorporar un elemento tan decisivo en la sociedad polaca, como lo es la presencia de una Iglesia Católica organizada, poderosa y con profundo enraizamiento en la población; la

debilidad de la alianza política que ejerce el poder, producto de la casi nula capacidad de representación y convocatoria de los partidos aliados del POUW, el Partido Campesino y el Partido Demócrata.

La Iglesia Católica polaca, tiene una presencia en el conjunto de la sociedad que nadie puede ignorar ni subestimar, ni mucho menos obviar por la vía de la consideración banal de que existe una separación entre ella y el estado. Hecho que se funda en el rol patriótico y profundamente nacional, que la Iglesia ha jugado más de una vez en la historia del país. Hay que recordar que Polonia sufrió la ocupación durante todo el siglo pasado y hasta fines de la primera guerra mundial, por parte de Prusia, Austria y Rusia, que se repartieron el país, con todas las consecuencias que ese hecho implica: disgregación de la sociedad; persecución política; cierre de escuelas; prohibición de la literatura polaca, en suma el riesgo de un desaparecimiento del estado y la nación. En esas condiciones, la Iglesia fue la única fuerza que unió al pueblo le permitió mantener sus tradiciones y cultura y le facilitó la capacidad de organizarse. Más tarde, durante la ocupación nazi de los años cuarenta, la historia se repite, la Iglesia se suma a la resistencia y más de 2.800 sacerdotes son asesinados. Es fácil darse cuenta entonces que Iglesia Católica y nación polaca son dos realidades profundamente vinculadas en la historia, y no puede explicarse la una sin la otra. Vistas las cosas así, se comprende mejor la inmensa movilización de masas que recibe al papa Juan Pablo II cuando visita su país, o el hecho de que los obreros en huelga hagan presidir sus concentraciones por retratos del papa o por último y no lo menos importante, el rol decisivo jugado por la Iglesia en el desarrollo y salida del conflicto actual. Se trata como ya lo hemos dicho en otras oportunidades, de una Iglesia Católica cuyo peso cultural e ideológico, en definitiva político, tiene que ser tomado en cuenta con prioridad, si se quiere determinar de manera justa las características estructurales de la formación social polaca. Cuestión esta que sin duda ha sido desconsiderada, tanto en el diseño del sistema político como en la práctica histórica de la dirección del estado.

La debilidad de la alianza política, se debe no sólo a lo ya anotado — poca capacidad de convocatoria de los partidos aliados — sino que de manera principal, a una cierta forma de entender la alianza, que hace de los aliados factores subordinados a priori, a un partido dirigente que lo es, independientemente de su política y capacidad de dirección. Esto pone en primer plano el viejo problema de la hegemonía y de como juegan en su realidad los aspectos de coerción y de persuasión. No caemos en la ingenuidad de menospreciar los factores coercitivos propios de toda hegemonía real, es más, afirmamos que sin ellos no puede haber fuerza histórica suficiente como para encaminar la sociedad en un sentido determinado. Pero en un régimen político de dictadura del proletariado, esos factores pueden darse por descontados, existen sin duda, y de manera operante. Lo que sí suele menospreciarse son los aspectos de persuasión necesarios también a toda hegemonía, el hacer que el estado, como decía Lenin, “sea fuerte a partir de la conciencia

² Op. cit., pag. 1.

de las masas”, y es la subestimación de esto lo que nos llama la atención poderosamente en la experiencia polaca de este tiempo. Porque la hegemonía real, en una sociedad cuyo pluralismo cultural ideológico y político es un dato de la realidad, es “natural”, depende de la capacidad política de la fuerza dirigente para organizar, unificar y expresar cabalmente ese pluralismo. Capacidad que no existe, hace a la hegemonía precaria, débil e inconsistente. En resumen, nos encontramos ante una dictadura del proletariado incapaz de ejercer con efectividad, un partido que entendiéndose dirigente, no lo es en la práctica, y una organización de masas que pierde toda posibilidad de hacer jugar a estas, el rol que la sociedad necesita.

En las consideraciones que estamos haciendo, debemos agregar el peso de algunas experiencias recientes. La crisis actual, no es la primera en la Polonia socialista, ni en cuanto a su carácter ni a su amplitud. En 1970, y en 1976 hubo situaciones similares a la de hoy, que fueron solucionadas usando principalmente la fuerza y aceptando en parte las demandas presentadas. Pero a poco andar ni los acuerdos fueron respetados íntegramente — en opinión de los afectados — ni las rectificaciones esperadas, fueron llevadas a cabo. Ello marcó profundamente a las organizaciones obreras, dejó heridas que aún no se olvidan — baste recordar que uno de los puntos del acuerdo es hoy día, restituir sus puestos a los reprimidos de entonces — y contribuyó a separar el poder de las masas, abriendo camino a la desconfianza de estas en el partido y el gobierno. De paso anotemos, que el curso de los acontecimientos en ese entonces, impidió extraer de ellos todas las lecciones necesarias, al punto que las rectificaciones, por su insuficiencia no pudieron evitar el llegar nuevamente a una crisis, de proporciones aún mayores que las anteriores. En el mismo orden de cuestiones, debemos considerar el efecto que produce en la sociedad, la existencia de ciertas prácticas de corrupción en el estado y el partido, que a no dudarlo han afectado la confianza en la dirección. Por tratarse del tema que se trata, digámoslo con las palabras de S. Kania: “Hay actualmente en el seno de la sociedad y del partido una sensibilidad particularmente fuerte para las cuestiones morales y éticas. Debemos profundizar y consolidar esta sensibilidad. El debilitamiento de las exigencias en este dominio ha causado grandes perjuicios al partido”³. Tenía que ser así, cuando es de público conocimiento que uno de los responsables de la televisión estatal, miembro del CC del POUP, había abusado de su cargo llegando a incrementar su fortuna personal a límites insólitos, caso que no es seguramente el único que fundamenta la sensibilidad indicada más arriba.

La situación internacional ha influido en los acontecimientos de doble manera: en el nivel político la agudización del conflicto a nivel mundial y el clima generalizado de retorno a la guerra fría, que se ha vivido en los últimos tiempos, hicieron que desde todos lados se actuara con una cierta me-

surra y nadie estuviera dispuesto a exacerbar la crisis polaca. Estaba claro que Polonia podía convertirse en un punto de grave peligro para la paz mundial. Entendiéndolo así los países socialistas signatarios del “Tratado de Varsovia”, no han estado dispuestos a intervenir, como lo hicieran antes en Hungría o Checoslovaquia. Por otro lado, los países capitalistas han mantenido una actitud sorprendente por su moderación — USA y RFA a la cabeza — y hasta han mostrado disposición de ayudar financieramente. En el nivel propiamente económico sin embargo la crisis polaca está obviamente ligada de manera estructural a la crisis del sistema capitalista mundial, cuyos efectos negativos se han sumado a las dificultades internas. Polonia es un país que realiza un muy amplio y diversificado intercambio comercial con los países occidentales, cuyo volumen es de los más altos dentro del campo socialista, sólo inferior al de Rumania y en un monto que alcanza a un 40% del ingreso del país en divisas extranjeras. En esas condiciones la economía polaca tenía que ser afectada, por la exportación de la inflación, por la imposición de tecnologías que de no aceptarse condenan a un retraso en el mercado mundial y que de no adecuarse a la realidad interna, estimulan el desempleo. Muchos de los problemas económicos, que han proporcionado la base para la agitación obrera han sido agravados por el efecto descrito, a pesar de tratarse de un país socialista, en el que como es lógico, las consecuencias de la crisis mundial son diferentes en grado y carácter a las que se dan en un país capitalista.

4 — El proceso de solución

Como era de esperar, la salida de un conflicto tan grave, no ha sido fácil ni sin contradicciones y en su curso han influido una serie de factores internos y externos del más diverso carácter.

Así por ejemplo, no cabe duda que en el POUP no han faltado quienes estaban por repetir los métodos del pasado y recurrir por tanto, de manera principal a la fuerza. Ello puede deducirse, no solo de los numerosos e importantes cambios que se han realizado en las estructuras dirigentes, ni de las largas y repetidas discusiones que han habido, sino además de las dificultades que se han observado para que los acuerdos sean aplicados tal cual, y en todas partes. Tomemos por ejemplo, lo ocurrido con el registro legal del “Sindicato Solidaridad” — surgido principalmente en el litoral, dirigido por quien aparece como el líder de la nueva organización sindical, Lech Walesa —. Este presenta su solicitud a los tribunales de Varsovia, como lo especificaban los acuerdos de Gdansk, la que es demorada y al final registrada agregándole el juez unilateralmente, cláusulas no incluidas en el proyecto, respecto al reconocimiento explícito en los estatutos, del rol dirigente del partido. Se provoca así, la reacción inmediata de la organización obrera, que llega a acordar un nuevo paro general. Afortunadamente la dirección del POUP reacciona po-

³ Op. Cit., pag. 35.

sitivamente, reconoce que la actitud de los sindicatos es justa en lo fundamental, y finalmente la Corte Suprema, le enmienda la plana al Tribunal de Varsavia y acoge el recurso de queja presentado por la organización sindical.

Por otro lado, no ha dejado de influir, la forma en que la prensa de los países socialistas, en especial de la RDA y la URSS, ha tratado el problema. Es indicativo el que allí se ha puesto un marcado énfasis en la acción de elementos antisocialistas, los que sin duda existen y han actuado de manera importante, refiriéndose luego a los peligros que la situación acarrea, tanto para la estabilidad del régimen polaco como para la del sistema socialista en su conjunto. Hecho sintomático de otros problemas, políticos y teóricos, que no se explicitan, pero que supone una evaluación global que no aprecia dialécticamente a situación, y no descubre por lo tanto, las posibilidades nuevas que a partir de lo ocurrido adquiere el socialismo en Polonia.

En el propio movimiento obrero, se ha observado en momentos importantes, una falta de claridad y cierta confusión ¿cómo no?. No han faltado en él quienes, con objetivos antisocialistas o no, han expresado tendencias al extremismo irresponsable, creyendo contar con fuerza política e ideológica como para imponerse.

A pesar de todo lo anterior, los factores positivos existentes, han permitido hasta hoy, la búsqueda de soluciones que no podemos sino evaluar como grandes logros, para el socialismo en Polonia y el mundo.

En este orden de cosas, lo primero que resalta es la actitud flexible y abierta al diálogo, aún en las situaciones más difíciles, que ha mostrado la dirección del POUP. Ella se basa en la percepción justa, de que los problemas eran reales, que nacían de la situación que objetivamente vive la sociedad polaca, y de que la experiencia enseñaba que no se solucionan, sino que se postegan y agravan, cuando se recurre a métodos de fuerza. De ese modo, el camino elegido ha sido el de buscar insistentemente el acuerdo, sobre la base del consentimiento libre de los obreros, cuestión que se ha mostrado eficaz y positiva.

A ese comportamiento de la dirección del POUP, se ha agregado la sensatez y realismo, tanto en las reivindicaciones como en los métodos de lucha que ha mostrado el núcleo dirigente principal de los obreros en conflicto. A partir de una adecuada percepción de las condiciones que impone el régimen socialista, de la aceptación explícita de este, y de la comprensión clara de la importancia y carácter de las alianzas que unen a Polonia con el sistema socialista.

Es importante recordar por último, y todos los actores del proceso lo hacen, el rol positivo jugado por la Iglesia Católica, cuya importancia política es indiscutible a esta altura. Ella supo influir en los dirigentes de las huelgas, en su mayoría católicos para facilitar una salida concertada, al punto que en el momento más álgido de la crisis, el cardenal Wyszynski, jefe de la Iglesia, se dirige a todo el país, haciendo jugar el prestigio e influencia de ésta en el logro de una solución.

Los acuerdos alcanzados, dan satisfacción a casi todas las demandas obreras — Acta de 21 puntos de Gdansk — sus consecuencias, en un proceso lleno de complejidades y contradicciones, tendrán desarrollos aún difíciles de prever en carácter y magnitud. El camino de renovación que emprende el socialismo en el país, no tiene obviamente su éxito asegurado. En su favor juega la profunda y valiente autocrítica emprendida por la dirección del partido, también el consenso explícito que el socialismo como sistema, tiene en la sociedad polaca.

5 — Las lecciones que nos quedan

Esta es la parte que, como es comprensible, más dificultades enfrenta en nuestra reflexión. Las cuestiones que planteamos más adelante no son sino una primera conclusión, admitiendo desde ya que varias de ellas son muy discutibles y requieren de un tratamiento más serio y científico. Valgan entonces simplemente como hipótesis.

Primero: La experiencia polaca nos indica, que el régimen político en el socialismo, cuando se trata de una formación social no solo diversificada a nivel de la base — cuestión que es así, más menos, en cualquier país — sino también y con mucha fuerza a nivel de la superestructura ideológica, política, tiene que reflejar en su ordenación orgánica, en el estado y en la sociedad, esa diversidad. Cuando el pluralismo existe de manera “natural”, impone sus leyes inevitablemente. La disidencia entonces, no es tal, en su sentido de marginalidad, sino que es un fenómeno político de masas, con raigambre en la sociedad, que tiene que ser considerado, so pena de no entender la realidad ni deducir los caminos adecuados para modificarla. Anotemos que la “disidencia” en Polonia, encuentra su fuerza principal en el mundo cultural católico, con todo lo que ello significa en ese país, y que ha jugado un rol importante en la actual crisis.

Segundo: Relacionado con lo anterior, esa experiencia también nos dice, que el rol dirigente de una fuerza política no está nunca asegurado de manera irreversible ni mucho menos es más claro porque se le inscribe en las leyes o la Constitución del país. El debe ser conquistado día a día, depende en primer lugar de la capacidad de esa fuerza para conocer la realidad, recogerla de la base social y asumirla en cuanto tal. Una fuerza solo es dirigente cuando hace que las ideas dominantes en el estado, se correspondan con las aspiraciones y representaciones de la sociedad en su base. Dicho de otro modo, cuando hace de la ideología, el cemento que une la base con la superestructura, cuando — en el caso polaco — logra que el socialismo encuentre un consentimiento explícito en la masa, sea “natural” a ella.

Tercero: Lo sucedido en Polonia, no puede sino hacernos constatar, que el desarrollo del socialismo no excluye la lucha de clases aún en sus formas más agudas. Desmiente una vez más, la afirmación de que en los procesos de

construcción socialista, esa lucha solo es el reflejo de la que se desarrolla a nivel mundial entre el socialismo y el capitalismo y de que solo se expresa a nivel de la conciencia. Entiéndase que tiene un carácter puramente ideológico que no es determinante, ni puede llegar a conflictos sociales globales, atentando contra la estabilidad del poder popular y obscureciendo el contenido de clase de este. La crisis polaca, ha sido expresión de una aguda lucha de clases política, en que se han enfrentado la clase obrera por un lado y la fuerza social y política instalada en el estado por otro. En ella, los partidarios del socialismo han actuado desde la clase obrera y también desde el estado. Esa es la situación concreta, ¿o no?. Entendemos que esta hipótesis es extraordinariamente complicada, la discusión sobre el tema es ya vieja en el movimiento obrero y revolucionario, y tiene connotaciones históricas que no asumimos — polémica con el trotskismo y otros —, en relación con las dudas en torno al carácter de clase de los estados socialistas. No va por este lado nuestra preocupación, sino por otro muy distinto, válido para nosotros: La construcción del socialismo no está ni estará exenta de conflictos sociales muy profundos y en ellos la “verdad socialista” no está a priori en nadie, menos aún cuando uno de los actores del conflicto es la propia clase obrera.

Cuarto: Los hechos han puesto en crisis la concepción que entiende al sindicato como la “correa de transmisión” del partido gobernante con las masas. Está hoy claro, para todos los que han participado en el conflicto, que los sindicatos anteriormente existentes — dirigidos por el POUP y actuando solo según las orientaciones de este — no tienen ya vigencia ni seguirán existiendo. Eso y no otra cosa, significa el hecho de que las partes acuerdan la aceptación de sindicatos *independientes* y autogestionados, pues no cabe duda alguna que esa independencia lo es respecto del partido y el estado. Es de toda evidencia, que si hubo correa de transmisión, ella no funcionó ni funcionará en las específicas condiciones de Polonia, por la pura y simple razón de que la diversidad ideológica y política existente, hace imposible concebir la organización de masas, como vehículo de una sola ideología e instrumento de una sola política. Se impone hoy, una concepción de la organización de masas que la haga expresión eficaz de las aspiraciones y objetivos y reivindicaciones de la base, con toda su riqueza y diversidad. En suma, una organización autónoma en la cual el partido influye según su política, en permanente confrontación con otras políticas. Ello permitirá que, en nuestro modo de ver las cosas, la fuerza social juegue el rol progresista y transformador que requiere una sociedad como la polaca, en pleno desarrollo y expansión.

Quinto: La experiencia polaca, nos afirma en la convicción, de que el socialismo recorrerá inevitablemente en cada país un camino nacional, propio, afincado en su específica realidad. No es serio, hablar a partir de Polonia, de los problemas del socialismo en general, en abstracto. Ese país no es la URSS, ni Viet Nam, ni Yugoslavia, Cuba o Bulgaria. Sus complejidades estructura-

les e históricas le son propias, a ellas nos hemos referido antes. No es que tampoco el socialismo en esos países no tenga, o haya tenido problemas o deformaciones, pero sus características y tratamiento son como es obvio, distintas. Profundizar en el tema, en la validez general o particular de tal o cual hecho histórico concreto en la construcción socialista, seguirá siendo un deber permanente de todo aquel que entiende como nosotros, su lucha política insertada en un proceso cuyo objetivo es el triunfo de la revolución en su país y en el mundo.

Sexto: Polonia nos enseña una vez más que quienes no están por el socialismo, utilizan sus problemas, errores y deformaciones para debilitarlo y hacerlo retroceder, reeditando el viejo sueño de aniquilarlo. No entender esto, sería de una ingenuidad inexcusable. Hemos visto la tremenda cobertura, que la prensa más reaccionaria ha dado en todo el mundo a los acontecimientos, y su desconcierto, entiéndase desilusión, ante la salida y su carácter concertado. En Francia, Gran Bretaña e Italia, por nombrar solo algunos países, la inédita preocupación por la lucha obrera en esa prensa, se refería por cierto a los obreros polacos, no a los franceses, británicos o italianos, que en esos mismos días desarrollaban luchas tanto o más duras y difíciles que las de aquellos. De lo que se trata para nosotros, es de distinguir con claridad, el punto de vista de clase desde el que se hace la crítica y se entrega la opinión. Insistimos, es un dato de la realidad el que los adversarios del socialismo actúan así, pero esto no puede llevarnos a explicar los problemas como producto principal, y a veces hasta único, de la acción de “agentes provocadores”. En la situación polaca, sin duda que han actuado sectores que no están por el socialismo y que creyeron encontrar una buena oportunidad para hacer avanzar sus propios objetivos. Pero lo que está aún más claro, es que esa oportunidad no la habrían tenido en modo alguno, si los problemas que originan la crisis no hubieran tenido el carácter grave que han tenido. Explicarse los acontecimientos solo o prioritariamente a partir de la acción de elementos antisocialistas, lleva, y esto es lo importante para nosotros, a no entender cabalmente la propia responsabilidad, a no extraer todas las lecciones que la realidad impone, en definitiva a no solucionar verdaderamente los problemas.

7 — A modo de comentario final

Hemos puesto énfasis en los aspectos críticos y en el intento de detectar los errores que la experiencia polaca nos demuestra, por una razón para nosotros muy central: Siempre es insuficiente y esterilizante, siempre induce a error, asignar las derrotas o los fracasos, a la fuerza de los enemigos o a las vacilaciones y equivocaciones de los amigos. Que el enemigo es fuerte, si lo es, es un dato de partida. Que el aliado es susceptible de equivocarse y vacilar, si lo es, es también un dato susceptible de ser conocido. Ambos datos en-

tonces, deben ser parte de nuestro análisis e influir el diseño de nuestra política para que esta tenga éxito. Si en cambio, la política lanzada fracasa, la deducción principal y primera que debemos extraer, es que ella era equivocada en parte o en todo. Mirar las cosas de este modo, es la única forma que no permite aprender realmente de la historia, hacer de ella teoría y política.

Nos ha llamado la atención, en el orden de cosas que estamos tratando, la siguiente afirmación del Informe del Buró Político citado: "La propaganda llamada del éxito practicada sobretudo inoportunamente a la televisión hizo gran daño. Unilateral, ella era contraria al buen sentido... ..Desde que los éxitos empezaron a faltar de más en más, esta propaganda, tomando las cosas objetivamente, oponía la sociedad al partido, profundizaba la desconfianza y despertaba la falta de fe en los argumentos racionales. Esa fue una de las causas esenciales de la violación de los lazos de la dirección del partido con los militantes y los miembros, con los trabajadores."⁴

En la opinión que hemos entregado, no se trata que menospreciemos los éxitos del socialismo en Polonia, en especial el desarrollo social y económico alcanzado y el avance cultural y educativo que esto implica. Pero precisamente porque lo entendemos así, y porque a partir de ello se puede apreciar las potencialidades existentes, es que se hace más necesario descubrir el error, la insuficiencia, la deformación.

Para terminar, quisiéramos reiterar lo que decíamos al principio. Miramos los acontecimientos primera y principalmente como chilenos. Nos interesa Polonia porque los problemas allí en cuestión, los procesos en desarrollo, las lecciones a extraer, se refieren de un modo u otro a problemas nuestros: el pluralismo y la democracia en el socialismo; el carácter de la fuerza dirigente y de sus alianzas; los problemas de la hegemonía; la relación partido-masas, etc. Nos interesa además porque estamos por el triunfo del socialismo, en Polonia y en Chile, y tenemos al convencimiento de que este sale fortalecido de la encrucijada, renovándose, haciéndose más real, más vital.

No se trata de un retroceso, táctico, que lleva a una solución válida solo hasta que se "recuperen las riendas del poder".

Se trata de un avance, que efectivamente abre perspectivas nuevas, las que no por serlo son peligrosas. Un avance que convoca la esperanza.

Roma, 12 Noviembre 1980.

⁴ Op. cit., pág. 11.

EL SALVADOR Y AMERICA CENTRAL, DE LA DESGARRADURA A LA ESPERANZA

Mario Vargas

"...hoy la patria desnuda a la interperie..."¹

No se volverá a hablar impunemente de las "Repúblicas bananeras", ni de sus caudillos militares de opereta, ni de sus pueblos, sus poblaciones indígenas, sometidos pasivamente — en apariencia — a los arbitrios del imperio. Es aún temprano para conocer el desenlace de la actual situación, pero, cualquiera que éste pueda ser, los pueblos de América Central, desde Nicaragua en su victoria, han forzado al respeto, a la solidaridad, al deber de redoblar las propias luchas. Y así como hoy nadie ignora quien es Sandino, mañana todos sabrán quien sigue siendo Farabundo Martí, Tecun Uman, Francisco de Morazán, Victoriano Lorenzo ... Pero, aún si es temprano para saberlo, empieza a ser buen tiempo para conocer, para interrogarse sobre los desarrollos, los desafíos de aquellas luchas.

Presencia de EE.UU.

La existencia de elementos nuevos — que serán señalados más adelante — no impide afirmar la presencia dominante del hecho mayor, ordenador de la vida del conjunto de la región: la presencia hegemónica, económica, militar y diplomática de los Estados Unidos. Una larga historia de intervenciones militares directas dió, durante la mayor parte del siglo, un carácter semi-colonial a la vida de los países de la región. La estructura económica basada en el dinamismo exportador del sector agrícola (plantaciones, cultivo extensivo de café y bananas, principalmente) se acompañaba a nivel político con la presencia de regímenes basados en caudillos militares, sometidos al orden neo-colonial. Esta situación regional sufre importantes modificaciones desde mediados de los años 60 (es decir una o dos décadas más tarde que en el resto de América Latina), en que se asiste en toda América Central a una acelerada modernización de las estructuras económicas (esta tendencia es particularmente clara en El Salvador y Guatemala, los dos países más industrializados de la zona. El capital extranjero invertido aumenta considerablemente, mientras decrece la parte de las exportaciones agrícolas en el valor total de las exportaciones).

¹ Manuel Orestes Nieto, poeta panameño, en "Dar la cara", premio Casa de las Américas de poesía, 1975.

taciones. El centro de gravedad de la economía se desplaza hacia el sector manufacturero y de servicios, sobre la base de una industria ligera compuesta de filiales de firmas transnacionales (principalmente norteamericanas), fenómeno que se completa con la subordinación al mercado financiero y a la tecnología metropolitanas.

La racionalización de la función pública va de par con la modernización de la propia institución militar, que pasa del régimen de caudillismo castrense a formas institucionales más burocratizadas, anónimas y colegiadas.

A la desnacionalización de los recursos naturales, de las finanzas, la tecnología, las inversiones, debía agregarse la creación, en 1960, de una zona de libre comercio — el mercado común centroamericano — que en 1968 había logrado armonizar el 97% de los derechos aduaneros sobre las importaciones de la región. Creando un mercado protegido para industrias ya instaladas, el mercado común no hace sino reforzar el peso del capital industrial norteamericano.

A nivel militar, este proceso de internacionalización (o regionalización) bajo tutela norteamericana, se expresa en la creación (en 1964) del Consejo de Defensa Centroamericana (CONDECA), ligado directamente al comando sur norteamericano instalado en la entonces Zona del Canal de Panamá. Este Consejo coordinaba los altos mandos militares de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras, permitiendo homogeneizar el armamento y equipo militar y centralizar los sistemas de inteligencia, en previsión de una eventual intervención militar multilateral, frente a la "subversión" en cualquiera de los países del Istmo Centroamericano.

Las políticas nacional-progresistas del gobierno del General Omar Torrijos en Panamá (iniciado en 1968), la guerra entre El Salvador y Honduras en 1969, y el reciente derrocamiento del régimen de Somoza en Nicaragua han debilitado de manera importante las capacidades de coordinación del CONDECA. Sin embargo, el reciente acuerdo de paz entre El Salvador y Honduras, la creciente concertación militar entre El Salvador y Guatemala, la formación de un ejército irregular de ex-guardias somocistas en Honduras y el reforzamiento masivo de la asistencia militar bilateral de Estados Unidos a los países centroamericanos, han vuelto a crear las condiciones de una política intervencionista indirecta por parte de los EE.UU.

A título indicativo, puede citarse la evolución de la "ayuda" militar norteamericana hacia El Salvador: en 1979 ésta fue de US 3 millones, en 1980 de US 15 millones y la proposición para 1981 es de US 23,3 millones más US 2,4 millones para educación y entrenamiento militar².

² Al respecto es pertinente recordar la carta dirigida el 17 de Febrero de 1980 por Monseñor Romero al Presidente Carter, instándolo a detener la asistencia militar de USA y a garantizar la no-intervención militar contra El Salvador.

Sin embargo, la evolución de la situación en el Caribe y América Central ha llevado al gobierno Carter a buscar fórmulas políticas capaces de estabilizar la hegemonía norteamericana en la región preservando sus intereses estratégico a costa de revisiones en sus alianzas nacionales. En efecto, el rol creciente de las potencias regionales emergentes (México, Cuba, Venezuela), la entrada en vigor de los tratados con Panamá que ponen fin a la condición colonial de la ex-zona, la victoria sandinista en Nicaragua, el proceso nacional-popular iniciado en Grenada, el ascenso de las luchas anticolonialistas en Puerto Rico y Belize, las tensiones sociales en Guadalupe y Martinica, etc... crean un nuevo contexto en que los Estados Unidos deben buscar fórmulas políticas de reemplazo para la mayor parte de los Estados de la región, sacudidos por una profunda crisis social.

La situación es, sin embargo, cada día menos fácil para los Estados Unidos; no sólo en razón de las modificaciones en la correlación de fuerzas a nivel mundial, sino también por la emergencia de diversos Estados con políticas independientes dentro del propio ámbito latinoamericano (México, Venezuela, Brasil). La coyuntura electoral norteamericana dificultó más aún la homogeneidad de las políticas de las administraciones Carter, quien no podía retroceder de manera ostensible en su énfasis en los Derechos Humanos (o mejor, esquema de reformas con represión), sin aparecer como dando razón al entonces candidato Reagan. La política Carter — particularmente después de la victoria sandinista — tendió a buscar fórmulas de un nuevo equilibrio político en que transformaciones, sobre todo de carácter institucional, permitirían frenar tanto el potencial unificador del movimiento popular como la radicalidad de sus luchas. Esta fórmula ha mostrado sus límites en El Salvador y Guatemala (el caso de Bolivia es similar) y sólo parece haberse insertado con éxito en Honduras, donde la elección de una Asamblea Constituyente ha permitido abrir un mínimo de juego político (sólo tres partidos han sido autorizados a presentar candidatos) y dar asidero legal al régimen del General Policarpo Paz García, presentado desde entonces como "un modelo adecuado de diálogo y transacciones políticas para los pueblos de la región", según expresión del recientemente renunciado Vice-Presidente de Guatemala, Francisco Villagrán Kramer.

No son menores las dificultades internas, propias a la realidad de cada país, en que esta fórmula ha querido intentarse; en efecto, tales "transformaciones preventivas" carecen a menudo de fuerzas políticas capaces de impulsarlas. La desaparición, no sólo en sentido político, sino también físico (asesinatos), del centro político, sumada a la oposición frontal de las oligarquías para permitir tales transformaciones, hace que el margen en que dichas "aperturas" pueden ser intentadas sea muy estrecho o incluso inexistente.

La fórmula ofrecida por Reagan no encuentra, por su parte, menores dificultades. Su hostilidad abierta hacia Nicaragua, su intención de "romper el eje La Habana-Moscú", el total apoyo a los regímenes represivos de Guatema-

la y El Salvador, y su política de armamentismo sostenido del Istmo centroamericano, no parecen ser elementos llamados a estabilizar la región ni a desactivar las crecientes luchas del movimiento popular, sin considerar los altos costos a pagar en términos de deterioro de relaciones con algunos países latinoamericanos: México, Venezuela, Pacto Andino. Este análisis no debe llevar necesariamente a la conclusión de excluir una eventual intervención militar norteamericana como en los tiempos del "patio trasero", sino que, constatando un *deterioro hegemónico* (que, a corto plazo, puede *no* acompañarse de una pérdida de sus capacidades de *dominación*), debe acentuar las exigencias del análisis sobre los otros factores presentes en la región y, muy especialmente, en la debida consideración de los elementos históricos, estructurales y de coyuntura propios de cada realidad nacional.

Otros protagonistas

El apoyo decidido que los movimientos de liberación nacional encuentran en la sostenida actitud antimperialista de la Revolución Cubana, es ya un dato de la situación; también lo es la afirmada voluntad de Nicaragua de defender su independencia y de darse un régimen social acorde con las necesidades y aspiraciones históricas de su pueblo. Menor atención parece haber sido prestada al papel jugado por México y Venezuela, y, en cierta medida, por Panamá, tanto en la evolución política de América Central y el Caribe, como del conjunto del sistema interamericano (especialmente de la OEA). México — sin perjuicio de las contradicciones y límites de su propio régimen institucional — ha venido jugando un papel activo en defensa de la afirmación nacional y de la autodeterminación de los pueblos de la región, al mismo tiempo que ha reiterado sus llamados a preservar el principio de no intervención en los asuntos internos de otros pueblos y Estados: las crecientes riquezas extraídas de sus explotaciones petroleras han contribuido a reforzar las bases materiales de una diplomacia particularmente activa a nivel mundial, que multiplica los llamados a la constitución de un nuevo orden económico internacional, basado en un cuestionamiento del poder de las grandes firmas transnacionales. A nivel regional, México ha predicado un respeto activo de los derechos humanos y de los pueblos en situaciones de emergencia, como asimismo el primado de las relaciones diplomáticas como vía de solución a las tensiones entre Estados; en la práctica, esta política ha significado un apoyo franco al pueblo y al actual Gobierno de Nicaragua y una condenación de los gobiernos de Guatemala y El Salvador (excluido éste del acuerdo de venta preferencial de petróleo a los países centroamericanos, suscrito el 3 de Agosto pasado; "...el petróleo de México debe servir para mover tractores y no tanques de guerra".)

El papel jugado por Venezuela ha sufrido importantes modificaciones luego del ascenso al poder de la Democracia Cristiana. En efecto, el ex-Pre-

sidente Carlos Andrés Pérez había sido uno de los artífices del apoyo internacional prestado al Frente Sandinista en las fases finales de la lucha contra Somoza; apoyo diplomático, político y material del que había participado el grueso del movimiento socialdemócrata a nivel mundial. De este modo, Venezuela daba un claro contenido democrático a su activa solidaridad regional, que antes se expresara principalmente a nivel económico, como forma de hacer participar a los otros países de la región en los excedentes financieros de su riqueza petrolera; tal había sido el caso de la Declaración de Guyana en Diciembre de 1974 en que Venezuela aportaba los fondos necesarios para la creación de una empresa multietatal destinada a asegurar una mejor comercialización del café producido en la región, al mismo tiempo que renegociaba los pagos que le eran debidos por concepto de importaciones de petróleo, permitiendo que hasta un 50% de ellos fueran destinados a programas de desarrollo por cada uno de los países que suscribían el acuerdo (Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá).

Por oposición a la política anterior, el actual Gobierno de Luis Herrera Campins parece privilegiar los lazos con los partidos demócratas cristianos de cada país, que enfrentan diferentes y complejas situaciones; con excepción de Costa Rica, donde el PDC está en el gobierno, la situación en América Central presenta al PDC numerosas dificultades: en El Salvador, la participación de destacadas personalidades D.C. en la Junta de Gobierno (Napoleón Duarte, Antonio Morales Erlich) ha terminado por comprometer al PDC con los aspectos más represivos del actual régimen militar, llevándolo a perder el grueso de su base popular y buena parte de sus "dirigentes históricos" (formación del Movimiento Popular Social Cristiano). En Panamá, el PDC se transforma progresivamente en el principal partido de la oposición de derecha al Gobierno del Presidente Royo, luego del deterioro ostensible del Partido Panameñista del ex-Presidente Arnulfo Arias. En Honduras, el PDC que dirige Hernán Corrales Padilla no fue autorizado a presentarse a las elecciones para la Asamblea Constituyente, participó entonces del Frente Patriótico Hondureño — junto con diversos partidos de izquierda — pero, recientemente, habiendo sido legalizado, toma sus distancias respecto a los aliados de ayer, adoptando una postura de "oposición constructiva" respecto del proceso de apertura civil iniciado por los militares; el PDC de Honduras apoya de manera irrestricta la actual posición de la dirigencia del PDC de El Salvador. En Guatemala, la situación del PDC no es radicalmente diferente; ni con Dio ni con el diablo, aspira a preservarse como alternativa de reemplazo al actual régimen militar, sin por ello asumir las posiciones del movimiento popular. Frente a la violencia que sacude al país, el PDC ha señalado que ella tiene sus causas en "la irracionalidad de las pasiones" y "el enfrentamiento de los extremos derecha a izquierda"; así, ofreciéndose como alternativa no extremista, llamó en agosto pasado a la constitución de una "Mesa Nacional para la Paz" de la que podían participar todas las fuerzas sociales, religiosas y políticas del

país. Es inútil decir lo impracticable de tal proposición; impracticable, pero no sin interés para el PDC, pues entiende que su sentido político efectivo se sitúa en la tierra de nadie que mañana podría ser ocupada por una fórmula norteamericana en búsqueda de agentes internos con que producir el reemplazo del personal político y del régimen, que preserve lo esencial: los intereses y la perspectiva hegemónica de largo plazo de los EE.UU.

Con leves variaciones, en función de cada situación nacional, ese parece ser el rol que los distintos PDC de América Central — y la actuación del PDC venezolano y su gobierno son acordes con él — se han asignado en cuanto proyecto político. La dramática situación de El Salvador desnuda los límites efectivos de tal proyecto.

Pese a las no siempre conocidas experiencias del movimiento popular y revolucionario en Guatemala (que bien podrían ser el tema de otro artículo), la actualidad exige mirar más de cerca los desarrollos presentes de la lucha política en El Salvador, que aparecen como un test propuesto al conjunto de fuerzas que operan a nivel centroamericano. Es a este análisis que nos libramos en la segunda parte de este artículo.

El Salvador: una lucha en suspenso

No es este el lugar para detallar las dimensiones estructurales y las hondas raíces históricas que tiene la actual situación de violencia en El Salvador³; ella no es un simple “exabrupto táctico”, una “coyuntura difícil”, ni tampoco el resultado de la “irracionalidad de los extremismos de derecha e izquierda”, o de una falta de lucidez del movimiento popular para saber encontrar una solución política, amplia, consensual. Como en pocos países de América Latina durante los años 70, el movimiento popular salvadoreño — y particularmente el Partido Comunista — practicó una tan coherente política de unidad social y política con los sectores más amplios de la sociedad salvadoreña. La expresión política de esta unidad, la Unión Nacionalista de Oposición (UNO), formada principalmente por los partidos Demócrata Cristiano, MNR (miembro de la Internacional Socialista) y UDN (con hegemonía del PC), postuló dos veces la candidatura de Napoleón Duarte (PDC, actual miembro de la Junta) a las elecciones presidenciales de 1972 y 1977. En ambas ocasiones, sólo un gigantesco fraude pudo servir de pretexto para el desconocimiento de las victorias electorales del movimiento popular. Es lo mismo que seña-

³ El lector interesado podrá remitirse con particular provecho a las obras histórico-poéticas (épicas en toda su fuerza) de Roque Dalton; particularmente “Historias prohibidas del Pulgarcito” (Siglo XXI, 1973) y “Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador”, Educa, Costa Rica, 1972.

laron en 1972 los miembros del Movimiento de la Juventud Militar en ocasión del fracasado golpe del 25 de Marzo (un mes después de las elecciones presidenciales de ese año).

La violencia revolucionaria no ha sido una opción del movimiento popular, sino un imperativo ineludible al cual — con ritmos y formas diferentes — se ha debido recurrir progresivamente desde los años 30 (masacre de 30.000 campesinos, 3% de la población total, en 1932) y muy especialmente desde 1972. Esta violencia — como fenómeno político — tiene su causa principal en la continuidad de la dominación oligárquica (“las 14 familias”), aún en su fase actual de modernización y articulación con el gran capital financiero transnacional.

Frente a la obtusa negativa de permitir la participación política de nuevos sectores sociales por parte del núcleo oligárquico dominante, el problema de la violencia revolucionaria — de los medios armados de lucha política — comienza a plantearse en las distintas organizaciones de la izquierda salvadoreña, poco después de la frustrada victoria electoral de 1972. Junto con una considerable ampliación de las aspiraciones democráticas, el movimiento de masas hace la experiencia de los límites infranqueables impuestos a las luchas políticas dentro de los marcos institucionales. No es extraño, entonces, que 1972 sea también el año de constitución de las primeras organizaciones revolucionarias que hacen de la lucha armada el eje ordenador de su política: siendo en lo principal grupos salidos del PC, el FPL (Frente Popular de Liberación) y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) se reclaman herederos de las luchas del 1932 y dedican todos sus esfuerzos tanto a criticar la línea seguida por el PC, como a la constitución de su propia fuerza militar.

En los últimos años una y otra de las organizaciones señaladas, como asimismo la R.N. (Resistencia Nacional y su brazo armado las FARN), nacida en 1975, han hecho una revisión crítica de la deformación militarista presente en su política de esos años: el menosprecio del partido y los medios políticos de acción, la subvaloración de la dinámica propia del movimiento de masas, el vanguardismo (“propaganda armada”) como detonante de la conciencia social, han sido concepciones erradas de las que cada una de las organizaciones revolucionarias (cada cual con sus propios énfasis) parece haber sacado conclusiones válidas para la actual situación.

Sin perjuicio de la atención que continúa siendo dedicada al desarrollo de la propia fuerza militar (formación de cuadros, dotación de infraestructura y equipo, constitución de diversas iniciativas de autodefensa de masas, milicias, guerrillas zonales y ejército central), cada organización empieza a prestar una particular atención al desarrollo de las luchas de masas. Es el momento en que nacen el B.P.R. (Bloque Popular Revolucionario) y el FAPU (Frente de Acción Popular Unitaria...) y las Ligas Populares 28 de Febrero como formas de reagrupamiento orgánico de la influencia social, hasta entonces dispersa, que poseía cada organización.

Por su parte, el PC de El Salvador inicia también, luego de la nueva derrota electoral de 1977, una profunda revisión de sus orientaciones más recientes: "los comunistas salvadoreños no estamos satisfechos de nuestro papel durante los últimos dos años; así lo reconoció autocríticamente al VII Congreso de nuestro Partido, al mismo tiempo que adoptó las orientaciones y medidas encaminadas a elevar nuestra actividad como corresponde"⁴. Tras la afirmación anterior, parecen existir dos consideraciones principales: la primera, es que lo que fue justo en 1972 había dejado de serlo en 1977 (énfasis en la coyuntura electoral, unidad política amplia que menosprecie el trabajo conjunto con las nuevas organizaciones revolucionarias que señalan el carácter inevitable del enfrentamiento armado); la segunda consideración es la necesidad de — preservando la amplia unidad construida hasta entonces con las "fuerzas democráticas" — "elevar la lucha popular" haciendo "todo lo posible por la unidad de todas las organizaciones revolucionarias"⁵.

El golpe del 15 de Octubre 1979

En este clima de convergencia objetiva de todas las organizaciones democráticas y revolucionarias, de desarrollo sostenido de las luchas populares, y de recrudescimiento de la represión oficial y de los grupos paramilitares de derecha, tiene lugar el golpe del 15 de octubre de 1979 que derroca al General Carlos Humberto Romero e instala el gobierno de la primera Junta Cívico-Militar. En ella confluyen diversos sectores sociales, políticos y militares que, lejos de compartir las orientaciones predominantes en el movimiento popular, consideran, sin embargo, que la mantención inalterada del régimen reduce gravemente las posibilidades de estabilizar el sistema social imperante. No es distinta la reacción de los medios norteamericanos, aún bajo el efecto del colapso sufrido por el somocismo en Nicaragua. Todos parecen estar de acuerdo en la necesidad de efectuar los cambios estructurales y las reformas institucionales de carácter preventivo que, a riesgo de afectar ciertos intereses (sectores más tradicionales de la oligarquía agraria), permitan preservar lo esencial del bloque en el poder. Las reformas deberían no sólo desactivar el movimiento popular sino también crear las condiciones de una durable estabilización posterior.

A poco andar son, sin embargo, desnudadas las contradicciones que el modelo engendra. La principal de ellas es que, permaneciendo inalterada la institución militar (sólo los más próximos oficiales comprometidos con Romero abandonan el ejército y el país junto con él), la oligarquía conserva lo esencial de su fuerza militar y, apoyándose en ella más su propio dispositivo de terror civil (crecientemente articulados), decide oponerse a toda medida

⁵ Lo entre comillas está tomado del mismo artículo citado más arriba.

que afecte sus intereses y que pueda abrir paso a una mayor democratización de la vida política. Por otra parte, el movimiento popular entiende apoyar a fondo las reformas propuestas sin por ello abandonar sus luchas en curso ni dismantelar todos los progresos de su organización; en la práctica se establece una tregua implícita que permite, incluso al PC en un momento, dar un apoyo oficial, aunque reservado, a la Junta.

Al poco tiempo es evidente el reequilibrio que se establece al interior de la Junta y de las FF.AA: rearme de la oligarquía, reconstitución de la unidad del bloque dominante, paralización de las reformas, recrudescimiento y masificación del terrorismo blanco y de la represión oficial.

Marzo de 1980 es un mes clave. La primera Junta habiendo ya hecho crisis, ahora es Héctor Dada Hirezi, dirigente histórico del PDC, quien abandona la Junta y renuncia al PDC en compañía de un considerable número de cuadros nacionales y de amplios sectores de su base popular; muy pronto habrá de nacer el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC) que se incorpora al Frente Democrático Revolucionario (FDR), que Francisco Díaz (uno de los altos dirigentes renunciado al PDC) definirá así: "el Frente Democrático Revolucionario es la expresión unitaria, orgánica y amplia del pueblo salvadoreño, la expresión unitaria de toda su lucha. Aglutina a los partidos democráticos, a los sectores populares, sindicales, religiosos y progresistas que buscan un Gobierno Democrático Revolucionario".

Abandonadas las reformas, la represión cierra todas las brechas. Un paro nacional es convocado. Monseñor Romero, en la homilía dominical la víspera de su muerte, analiza el significado de aquel paro y el clima político de esos días: "El paro que convocó la Coordinadora Revolucionaria de Masas, su finalidad es una protesta contra la represión. Y el domingo pasado dije que la finalidad pues es legítima; se trata de denunciar un hecho que no se puede tolerar. Pero el paro tenía también una intencionalidad política, el de demostrar que la represión en vez de intimidar a las organizaciones populares, las estaba robusteciendo y la de rechazar la posición del actual gobierno que necesita de la represión violenta para llevar adelante sus reformas que por diversos capítulos no son aceptables. (...) No puede negarse que la fuerza demostrada por la coordinadora en el campo estrictamente laboral fue grande. La coordinadora no es sólo fuerte en el campo sino también en las fábricas y en la ciudad. (...) el paro fue un avance en la lucha popular y fue una demostración que la izquierda puede paralizar la actividad económica del país".

Y al finalizar la Homilía que venimos citando, a menos de 24 horas de su asesinato, Monseñor Romero hace un análisis y un llamado: "Sería interesante hacer un análisis de lo que han significado estos meses de un nuevo gobierno que precisamente quería sacarnos de estos ambientes horrorosos, y si lo que se pretende es decapitar la organización del pueblo y estorbar el proceso que el pueblo quiere, no puede progresar otro proceso. Sin las raíces en el pueblo, ningún gobierno puede tener eficacia, mucho menos cuando quiere

implantarlo a fuerza de sangre y de dolor. Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del Ejército y, en concreto, a las Bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles; son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la Ley de Dios que dice no matar. (...) En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo, que cada día suben más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios, cesen la represión".⁶

La respuesta al llamado de Monseñor Romero serían las balas asesinas que segaron su vida horas después. Más tarde — en sus funerales — la provocación y la masacre serían una reiteración del camino escogido por la oligarquía y el nuevo equipo en el poder.

Marzo marca, en consecuencia, un viraje decisivo en el proceso de reequilibrio de fuerzas iniciado con el golpe del 15 octubre; al movimiento popular se le cierran objetivamente las posibilidades de intentar una salida negociada, una mediación o una tregua explícita y garantizada. Cada quien entiende que la solución definitiva no puede venir sino de la destrucción de la fuerza (militar principalmente) acumulada hasta entonces por cada bloque en lucha; desde ese momento, todas las iniciativas políticas de uno y otro sector (pues las hay y muchas y ésta es una diferencia importante con el rígido comportamiento de Somoza en el caso de Nicaragua) están destinadas a permitir el mejor desarrollo de la propia fuerza. Como lo dirá Guillermo Ungo del MNR (socialdemócrata), miembro de la Dirección Ejecutiva del FDR y en esa calidad "embajador" ante la ONU: "el enemigo es bien definido: es la oligarquía, es el imperialismo, es el ejército opresor. Y la meta es bien clara: el pueblo salvadoreño ganará esta guerra. Y será pronto. El dilema histórico es claro: o somos libres o somos muertos". Sí, es de guerra de lo que se trata desde entonces; guerra no declarada, pero abierta, sangrienta, con muertes que rápidamente empiezan a contarse por miles.

Unidad de la izquierda y contrastes en las FF.AA.

En el seno del movimiento popular para todos es claro que el proceso de convergencia iniciado desde 1978 (del que hemos hablado más arriba) debe acelerar su ritmo hasta culminar en la creación de una dirección única político-militar: es lo que ocurre en Diciembre de 1979 con la creación de la coordinadora político-militar, pero el paso decisivo es dado el 22 de Mayo de 1980 cuando las principales fuerzas del movimiento popular (Rn, ERP, PC, FPL)

anuncian la creación de la "Dirección Revolucionaria Unificada Político-Militar" (DRU-PM): "habrá en adelante una sola dirección, un solo plan militar y un solo mando, una sola línea política nacional e internacional", dice la declaración emitida entonces por los cuatro firmantes. La DRU-PM hace suya la plataforma programática del Nuevo Gobierno Democrático Revolucionario que impulsa el FDR; éste, a su vez, reconoce en la DRU "la vanguardia política militar de la revolución salvadoreña". Guillermo Ungo de la Dirección del FDR (citado más arriba) dirá que "sin elecciones verdaderas, sin mecanismos democráticos, los partidos aislados del pueblo no tienen sentido. Se necesitaba de un nuevo proceso de cambios de concepción en la estrategia y táctica política que dentro de un proceso revolucionario de unidad, exprese un nuevo tipo de gobierno: el Gobierno Democrático y Revolucionario del pueblo salvadoreño respaldado por unas fuerzas armadas populares y revolucionarias surgidas del combate victorioso".

Desarrollar la unidad y amplitud del Frente político constituido, acrecentar la lucha de masas y las operaciones militares contra la Junta, son desde ese momento tres objetivos indisociables de la estrategia del movimiento popular y, particularmente, de la DRU-PM. En función de ellos son convocados los paros nacionales del 24-25 de Junio y 13-14-15 de Agosto. Contrariamente a lo señalado por algunos observadores internacionales, el objetivo central de dichos paros era menos la paralización misma de la actividad económica que el desarrollo del potencial militar acumulado, en articulación con formas de lucha de masas que tienen como perspectiva la insurrección general. El simple ausentismo laboral es prácticamente excluido en las zonas controladas por el ejército (es el caso de la capital), en que éste no tiene mayor dificultad en establecer una apariencia de normalidad, muy rápido presentada como índice de la situación general: "reina la tranquilidad en todo el país". Pero, más allá de las maniobras de propaganda, tanto la dictadura militar, como la DRU-PM saben que el reto en esa fase es otro: la capacidad militar del pueblo para asegurarse el control de una o varias provincias agrarias del país, en que, fuera del peso significativo que allí tienen las guerrillas zonales y algunas columnas del ejército central, el apoyo masivo del campesinado permite pensar en una implantación más estable del poder popular en esas "zonas liberadas". Y ello con un objetivo muy preciso: *avanzar en la práctica hacia la satisfacción de las condiciones requeridas por el derecho internacional para el reconocimiento del estado de beligerancia interno*. Estas condiciones son: existencia de un conflicto armado de carácter general, organización de "rebeldes" en grupos armados bajo autoridad responsable que conducen las hostilidades según las leyes de la guerra y, sobre todo, que los rebeldes hayan ocupado una parte sustancial del territorio. Si se dan esas condiciones, el Estado constituido pierde la capacidad de dominar la situación y se vuelve incapaz de responder internacionalmente sobre las consecuencias del conflicto. El paro de Agosto no estaba destinado por sí solo a producir tal

⁶ Hemos tomado el texto de la Homilía en "Nadie muere para siempre", excelente selección de textos de Monseñor Romero, editada por la Vicaría de la Solidaridad en Santiago. (N. 1 de la Colección Educadores para la Justicia).

resultado, pero se ubicaba, junto a otras iniciativas, en esa perspectiva estratégica fundamental: aprovechando la debilidad internacional de la dictadura salvadoreña y enfrentando la eventualidad de una intervención militar norteamericana directa, el reconocimiento del estado de beligerancia es para el movimiento popular salvadoreño un elemento clave de su lucha.

Que el paro de Agosto no fue una derrota ni política ni militar del movimiento popular lo prueban los importantes acontecimientos ocurridos con posterioridad. La ordenanza militar del 1° de Septiembre es el primero de ellos; tal ordenanza, que implica un reajuste global de los mandos militares, consagra una decisiva victoria de ala fascista de las FF.AA. de El Salvador que encabezan los coroneles Abdul Gutiérrez, miembro de la Junta, y García, Ministro de Defensa, al mismo tiempo que significa una considerable derrota del coronel Majano, también miembro de la Junta, principal personalidad del ala llamada "progresista". Parece claro que — en cuanto al fondo — se abandona la política de "reformas con represión" para dedicar el máximo esfuerzo a una campaña de exterminio físico del movimiento popular. Recrudescen desde entonces los atentados, asesinatos y el terrorismo abierto, y una vasta operación militar del ejército regular se lanza contra la implantación rural de las guerrillas zonales y del ejército central de la DRU-PM.

Lo que la ordenanza expresa en profundidad es la crisis de un proyecto político y la hegemonía alcanzada por el sector duro de las FF.AA., que piensa que sólo el aniquilamiento completo de la fuerza militar alcanzada por el movimiento popular será capaz de estabilizar un nuevo régimen político en El Salvador.

Distinto es el análisis del sector Majano (derrotado, pero no excluido del ejército) que sostiene que sin victoria política no hay victoria militar posible (y en eso está más cerca del análisis que hacía la Administración Carter). Ambos parecen convencidos que una "vietnamización" de la guerra (apoyo militar masivo e indirecto de USA y luego, por la fuerza de las cosas, intervención directa) no hace sino aumentar a mediano plazo los costos militares y sobre todo políticos de una derrota posterior inevitable. Piensan que lo esencial es desarrollar las iniciativas políticas que permitan, ante todo, preservar la institución militar (Nicaragua está allí para recordarlo ...) aún al precio de un nuevo 15 de Octubre.

El proyecto Majano — más lúcido en el largo plazo — encuentra insalvables dificultades en el momento actual; en efecto, tres son sus condiciones principales, ninguna de las cuales ha podido lograr: en primer lugar, disponer de la fuerza militar suficiente para derrotar *institucionalmente* al sector reaccionario, es decir, evitando entrar en guerra abierta con él; en segundo lugar, lograr un mínimo de apoyo político *explícito* desde la izquierda (FDR) que le de credibilidad interna y externa, al mismo tiempo que contribuya a desactivar la unidad de la lucha de masas y la ofensiva militar de la DRU-PM; y, en tercer lugar, contar con un apoyo coherente y decidido de los EE.UU.

lo cual está lejos de ser el caso, dividida como estaba la política norteamericana entre la salida de fuerza (Pentágono) y la búsqueda de una solución primeramente política (Departamento de Estado). La elección de R. Reagan constituye un obstáculo adicional a tal proyecto.

La no resolución, en cuanto al fondo, de este conflicto de orientación, hace que en la práctica la Junta Militar intente hacer, *a la vez*, ambas políticas, con el resultado de no avanzar, aparentemente, en ninguna de ellas. Pues es políticamente imposible buscar nuevos apoyos y mejorar la imagen internacional y proseguir, simultáneamente, la guerra de exterminio contra el movimiento popular; es lo que no deja de ocurrir, sin embargo, a lo largo de Septiembre y Octubre recién pasados. Por una parte, prosiguen los asesinatos (María Magdalena Henríquez, Secretaria de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador y Ramón Valladares, miembro de la misma) y la ofensiva militar en las zonas rurales, tal como puede verse en los bombardeos de la periferia de tres ciudades de provincia (Santa Ana, San Vicente, Sonsonate), de los pueblos fronterizos de Arcateo y Las Vuelras y, más recientemente, en la operación militar de gran envergadura dirigida a aniquilar la presencia militar del movimiento popular en el Departamento de Morazán. Estas acciones militares eran denunciadas el 28 de Septiembre pasado por el Padre Fabián Amaya en su Homilía en la Catedral de El Salvador: "Decenas de mujeres, niños y ancianos sin defensa han perecido víctimas de bombardeos indiscriminados y de las batidas efectuadas por el ejército y los pistoleros de extrema derecha".

Paralelamente la *Alianza Productiva*, organismo de clase de la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente, hacía a fines de Septiembre un llamado: "El regreso a la constitucionalidad como solución para alcanzar la paz", destinado a preparar las condiciones de una iniciativa política de la Junta en ocasión del aniversario del 15 de Octubre; en este llamado — de tono moderado — no deja de señalarse la responsabilidad principal de los "agitadores marxistas" que "manipulan a los jóvenes" como causa del "desangramiento irracional" del país; llama a la amnistía y a que el Gobierno "se abstenga de legislar sobre aspectos fundamentales de la vida económica y social sin consultar la opinión del pueblo salvadoreño". Tales llamados hacen parte del dispositivo político con que la Junta enfrenta la situación y prepara la celebración del primer aniversario del 15 de Octubre. El 6 de Octubre se prorroga nuevamente el Estado de sitio (ininterrumpido desde el 6 de Marzo) que suspende el ejercicio de las garantías constitucionales; al mismo tiempo, la Junta inicia su operación de "gobierno móvil" en provincias concebido sobre el plano interno como una operación de propaganda, y sobre el exterior como una demostración de su control efectivo de todo el territorio nacional (recuérdese el problema del reconocimiento del estado de beligerancia expuesto más arriba). Paralelamente surge desde la base civil del régimen la llamada "Unidad Popular Democrática", que llama al diálogo político y a deponer las armas, pre-

tendiendo crear la ilusión de un centro político capaz de garantizar la reconciliación nacional.

En este marco llega el 15 de Octubre de 1980; la Junta parece celebrar su primer aniversario y reforzar la imagen de normalidad que trata de crear, ofrece la amnistía a los "extremistas arrepentidos" y ofrece la organización de elecciones para una Asamblea Constituyente en 1982. Pero la imagen de normalidad es rota ese mismo día por el llamado de Monseñor Arturo Rivera y Damas, administrador apostólico de San Salvador que clama "contra la represión llevada a cabo por el ejército y los grupos armados de extrema derecha que prolonga el martirio del pueblo".

Un desenlace imprevisible

A estas alturas cabe preguntarse ¿cuál es la línea, el desarrollo de las luchas y el estado orgánico del movimiento popular?

Los sucesos ocurridos en torno a la ordenanza militar del 1° de Septiembre y particularmente la alternativa política levantada entonces por el coronel Majano (a la que nos hemos referido más arriba), parecen haber sacudido las bases de la unidad política hasta entonces lograda por el movimiento popular en torno a la DRU-PM. Como hemos visto, el proyecto Majano aparece, sobre todo, como una iniciativa política que — sin pronunciarse sobre los problemas de fondo — tiende a crear las condiciones de un nuevo equilibrio militar basado en la preservación de la institución militar y en el debilitamiento de la capacidad operativa e insurreccional del movimiento popular. La respuesta de éste se sitúa, por el contrario, en el terreno de la lucha de masas. Es así como el F.D.R. inicia una fuerte ofensiva en la lucha por las reivindicaciones de las masas y en su movilización activa como forma de expresar su unidad y su fortaleza. El FDR exige la libertad de los presos políticos, el cese de la represión, la desmilitarización de los servicios públicos, la derogación del decreto 296 que impide las huelgas a los empleados, el levantamiento del estado de sitio, el cese de los allanamientos a los centros de estudio y de trabajo, el respeto al principio de autodeterminación de los pueblos, la devolución de la Universidad a sus autoridades académicas y la reincorporación laboral de los obreros despedidos durante el paro nacional de Agosto.

Al interior de los objetivos generales del FDR, diversos sectores populares plantean reivindicaciones y exigencias políticas específicas; así con los obreros que piden un aumento salarial del 50%, el respeto al derecho de huelga y la desmilitarización de los centros de trabajo; los campesinos piden la rebaja del costo de los insumos agrícolas, aumento salarial a los jornaleros y el cese de las invasiones militares a las comunidades rurales; lo mismo ocurre con cada sector social: estudiantes, maestros, empleados públicos, pobladores, Iglesia, Universidades. Así, una vasta movilización social tiende a preservar la

unidad alcanzada y, al mismo tiempo, a impedir que una maniobra política que no satisfaga las aspiraciones populares, pueda tener éxito.

Sin embargo, las dificultades más importantes del movimiento popular parecen situarse más bien en el terreno directamente político; es decir, tanto al nivel del análisis de la situación y de la línea a seguir, como en la preservación de la unidad organizativa alcanzada al máximo nivel de la dirección político-militar. Y es innegable que los sucesos de Septiembre pusieron a dura prueba lo uno y lo otro. Si bien no han sido claramente explicitadas, las razones del retiro de la Resistencia Nacional (RN) de la DRU-PM a comienzos de Septiembre, parecen estar relacionadas con diferencias respecto a la apreciación del momento táctico que se crea ante las posibilidades de un golpe del coronel Majano. La posterior muerte (accidental, en un avión, en aguas territoriales panameñas) de dos máximos dirigentes de la R.N. (Ernesto Jovel y el sacerdote Augusto Cotto, responsable de las relaciones internacionales) creó dificultades adicionales en la prosecución del diálogo entre la R.N. y la DRU-PM. Es de notar, sin embargo, que pese a la explotación que la Junta ha pretendido hacer de estos sucesos, ambas organizaciones han dado pruebas públicas y reiteradas del buen nivel de concertación establecido entre ellas, a pesar de sus diferencias. Este es un hecho que merece ser valorado debidamente, pues no son pocas y superficiales las dificultades que, en el terreno de sus relaciones recíprocas, han debido superar las organizaciones revolucionarias de El Salvador. En relación a ellas, los avances unitarios logrados en un año son francamente sorprendentes. El anuncio público hecho el 15 de Octubre de la constitución del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (F.M.L.N.) como máxima expresión unitaria político-militar, aparece como un nuevo paso decisivo en el camino de esa imprescindible unidad.

De cualquier manera, parece claro que el curso de los acontecimientos en El Salvador dependerá significativamente de la capacidad del movimiento revolucionario para enfrentar un triple desafío:

- preservación de la unidad político-militar alcanzada en el FMLN (ex-DRU-PM) y estrecha articulación con el FDR (expresión política amplia de las fuerzas que sostienen el proceso revolucionario).
- elevación permanente de los niveles de actividad de las masas.
- desarrollo sostenido de la iniciativa militar.

El desenlace es, por ahora, imprevisible. Pero, la lucha parece haber alcanzado el punto de no retorno: en los meses que vienen son las fuerzas revolucionarias de El Salvador las que llevarán consigo lo más vigoroso del fuego de la libertad y del calor de la esperanza renacidos hace más de un año con la victoria del sandinismo en Nicaragua. Es deber del conjunto del movimiento popular en América Latina contribuir con decididas acciones de solidaridad internacionalista a propagar la llama, a que el fuego no se extinga.

PARTIDO

ACERCA DE UNA ACCION COMUN Y DE CONVERGENCIAS POLITICAS ENTRE EL MAPU OBRERO CAMPESINO, EL MAPU Y LA IZQUIERDA CRISTIANA*

ENTREVISTA A JAIME GAZMURI
Secretario General
del MAPU OBRERO Y CAMPESINO

— Han pasado 11 años desde la escisión de la DC que dio origen al MAPU en 1969, y 9 desde el nacimiento de la IC, también desprendida de la Democracia Cristiana en 1971. Posteriormente el MAPU en 1973 se dividió en dos partes (MAPU y MAPU OC). ¿Cree Ud que después de la experiencia que han hecho estas tres fuerzas, que tienen un origen social y político común, existen posibilidades reales de convergencia entre ellas, con la mira de construir un solo partido? Si Ud. cree que no hay posibilidades, ¿a qué atribuye la persistencia de esta fragmentación? ¿Cree Ud. que estas fuerzas separadas pueden tener algún destino político?

J.G. — La pregunta incluye varias cuestiones que, aunque relacionadas, son de naturaleza diversa. Intentaré distinguirlas en mi respuesta.

En primer lugar, la posibilidad de una acción común y de convergencias políticas sobre algunos problemas significativos se ha demostrado posible durante todo este último tiempo entre nuestros tres partidos. En un momento particularmente complejo para la unidad del movimiento popular, producido a raíz de la escisión de un importante sector del Partido Socialista en 1979, fuimos capaces de definir y concertar una posición común — expresada en una declaración emitida en México — que tuvo, a mi juicio, una influencia determinante para impedir, en ese momento una división de la Unidad Popular. Posteriormente, en Mayo de 1980 en La Habana, una nueva reunión de delegaciones del máximo nivel de nuestros partidos, acordó un conjunto de iniciativas políticas para enfrentar los desafíos más urgentes del movimiento democrático, profundizó un diagnóstico bastante consensual sobre la situación del país y de la izquierda, expresó la voluntad de desarrollar acciones comunes en los principales frentes de masas en el país, así como en

el terreno internacional. Hemos acordado además desarrollar una discusión conjunta respecto de los problemas más generales — programáticos y estratégicos que plantea el derrocamiento de la dictadura de Pinochet y la lucha por la democracia y el socialismo en nuestro país.

Este proceso de acercamiento político es relativamente reciente, sin perjuicio de haber desarrollado todos estos años entre nosotros las relaciones normales de partidos que integran la misma coalición, la Unidad Popular. Se realiza en un período caracterizado tanto por una crisis profunda de la dirección del movimiento popular, como por la necesidad de su renovación programática, política e incluso teórica. De allí que los esfuerzos conjuntos hayan estado orientados preferentemente al propósito de dinamizar la concreta lucha antifascista, proponer al conjunto de la izquierda y a las fuerzas democráticas iniciativas unitarias en el terreno político y de masas, y a profundizar nuestra discusión sobre las cuestiones generales que enfrenta la revolución chilena. El común, o similar como en el caso de la I.C., origen histórico, ha favorecido este proceso, en la medida que determina una aproximación y una sensibilidad similares respecto a aspectos importantes de la realidad chilena, tales como la profundidad de las transformaciones realizadas por la dictadura, la significación de la Iglesia Católica, la importancia del universo cultural y popular de matriz cristiana, etc. Así y todo, lo principal ha sido la consideración de los problemas actuales y de perspectiva que enfrentamos como fuerzas antifascistas, democráticas y socialistas.

Este trabajo conjunto ya iniciado y en pleno desarrollo, ¿dará como resultado la fusión de las tres organizaciones en un solo partido? A mi juicio es prematuro tanto afirmarlo como negarlo. No basta un origen común para dar solidez a una fusión de partidos en el cuadro actual de la izquierda chilena. Para ello lo central es desarrollar un pensamiento común respecto de los problemas cardinales: el proyecto histórico socialista para Chile, la estrategia para derrocar a la dictadura y las bases de la nueva democracia, la vía de construcción del socialismo, el tipo de partido que se postula y su articulación con el movimiento de masas y las demás fuerzas obreras y socialistas, el marco teórico cultural en el que el partido se ubica etc. La discusión de estas cuestiones la hemos puesto en la agenda del trabajo futuro. Cada uno de nuestros partidos a su vez vive un proceso de discusión y de reflexión sobre ellas, en la medida en que sobre estos asuntos de fondo se produzcan también convergencias sustantivas se planteará el problema de las fusiones orgánicas. Hoy día sería prematuro, sin perjuicio de que personalmente crea que es posible — y necesario — trabajar en esa dirección. Solamente añadiría como un elemento muy importante que no solo estos tres partidos, sino muy amplios sectores pueden concurrir en este proceso.

Sobre el problema del destino futuro de estos partidos si no se produce su fusión, lo primero que habría que decir es que su existencia actual no es producto del capricho, sino de muy concretos procesos sociales y políticos.

* Esta entrevista fué publicada en la revista Chile-América N. 64-65, 1980.

En lo que se refiere a nosotros — el MAPU OC — tenemos un sólido “destino actual”, como una fuerza activa y cada vez mas determinante — en la resistencia antifascista y en el movimiento popular y democrático; tanto en el terreno de masas, en el plano político y en el teórico cultural. Esta es una afirmación demostrable. No veo porqué nuestro destino político futuro esté amenazado. Otra cosa es que pensemos que existe en nosotros — y también en otras fuerzas — un potencial de influencia política y de masas, de dirección revolucionaria en síntesis, que estamos aún muy lejos de alcanzar, y de convertirlo en un elemento sólido de la realidad política chilena. Y es por ello que hemos dado gran importancia al acercamiento político con el MAPU y la IC.

— En su último pleno en Europa la I.C. llamó a construir un comité de enlace entre los tres partidos. ¿Que opinión le merece esta proposición y que alcance le atribuye? ¿Que impacto cree Ud. que tendría sobre el movimiento popular, sobre todo en Chile un enlace orgánico de este tipo? ¿Que resultados ha tenido la reunión de dirigentes de los tres partidos en la Habana y que opinión le merece?

I.G. — Hemos tenido como partido una opinión favorable en relación a la proposición del pleno de la I.C. de constituir un comité de enlace entre los tres partidos. Estamos asimismo bastante de acuerdo con la proposición de tareas para dicho comité realizadas en este mismo pleno: elaborar un diagnóstico de la realidad chilena, preparar las bases de un proyecto democrático, nacional y popular para Chile, impulsar frentes de movilización y resistencia amplios en el país, continuar los esfuerzos para normalizar el funcionamiento de la Unidad Popular, concertar acciones con la DC, etc.

En la reunión de La Habana, a pesar de nuestra opinión favorable, no se logró el acuerdo de crear el comité de enlace propuesto por la I.C. Sin embargo, muchas de las proposiciones de trabajo que he enumerado fueron recogidas por todos y ya forman parte de las conclusiones y los compromisos de trabajo que emergieron de dicho encuentro.

Los acuerdos ya logrados entre nuestros tres partidos tienen a mi juicio un impacto ampliamente positivo, tanto en Chile, como en el frente internacional. Es claro que habrá que esperar la realización práctica de muchos de ellos para medir más objetivamente sus efectos reales. De otra manera confundiríamos las declaraciones de intención con resultados políticos. En todo caso, ya se pueden señalar efectos positivos:

— En un momento difícil para la unidad de la izquierda, hemos demostrado que tres partidos que en el pasado han mantenido diferencias no pequeñas, son capaces de concordar sobre cuestiones sustantivas en el terreno de la lucha antifascista. Ha sido necesaria, eso sí, la existencia de una voluntad unitaria explícita, cuestión decisiva si queremos superar las dificultades de la Unidad Popular.

— Hemos realizado varias proposiciones al conjunto de las fuerzas democráticas para dinamizar la iniciativa política de la oposición, en un momento en el que la dispersión de las fuerzas democráticas, fortalece al régimen y le permite enfrentar sin sobresaltos agudos sus graves problemas políticos. De hecho por ejemplo, nuestra propuesta de convertir la lucha contra el intento del régimen por imponer al país una constitución antidemocrática, en una iniciativa central de las fuerzas opositoras, ya ha sido hecha suya por todos los partidos de la Unidad Popular.

— La proposición de avanzar en la coordinación y unificación del movimiento social democrático que se expresa hoy día abiertamente, en todos los niveles; y el llamado a constituir un Comando Nacional de Organizaciones Democráticas que exprese dicha unificación en el nivel superior, puede contribuir a elevar sustantivamente la amplitud y el nivel de la oposición de masas. Existen hoy día condiciones en todas las fuerzas democráticas para avanzar en el concreción de esta iniciativa.

— El propósito de coordinar nuestra acción en los diversos frentes de masas puede tener un efecto inmediato en el nivel de movilización de varios de ellos en el país: estudiantil, derechos humanos, sindical, intelectual, etc.

— La mantención de una política común para enfrentar los actuales problemas de la UP contribuirá sin duda a una solución unitaria de ellos.

— Toda la perspectiva del trabajo conjunto entre nuestros tres partidos tiene, no solo una intención, sino sobre todo unos efectos evidentemente unitarios, tanto en el seno de la coalición popular, como en todas las fuerzas democráticas. Nuestro acercamiento no se produce a costa de nadie, sino en beneficio de la lucha común y de la unidad antifascista.

— Señalaría, por último, que en los niveles de dirección nuestros encuentros se han caracterizado por un estilo político renovado. Y en política, el estilo tiene su importancia.

La búsqueda de coincidencias y acuerdos con espíritu amplio y no sectario, la claridad para exponer y discutir las diferencias, sin eludir los problemas reales que enfrenta la acción común, la fraternidad, han constituido el clima, y yo diría el método de nuestros encuentros. Ello tiene de por sí un valor, incluso más allá de nuestros partidos, sobre todo en circunstancias en que la superación de viejas prácticas sectarias, la urgencia de una confrontación teórica y política amplia y abierta, y la superación de métodos formales — y a veces hasta rituales — en las relaciones entre los partidos populares, se convierten en una necesidad política.

— ¿Cual es el significado político que tuvieron las escisiones de la DC el 69 y el 71? ¿Son ahora justificadas las razones de dichas escisiones?

J.G. — La constitución del MAPU en 1969, expresó un amplio proceso

de maduración ideológica y política de importantes sectores de jóvenes, campesinos, trabajadores de la ciudad e intelectuales, cuya experiencia política se había desarrollado con lo que podríamos llamar el movimiento social y político que se identificó en 1964 con los postulados de la revolución en libertad y la campaña presidencial de Eduardo Frei. La Democracia Cristiana fue sin duda el eje de este proceso, sin perjuicio de que el movimiento que generó fuera más amplio y variado que el PDC. En este sentido, cabría señalar la participación en él, relativamente autónoma, de sectores y organizaciones estudiantiles, obreras, campesinas, intelectuales, de inspiración cristiana, que no se confundían automáticamente con el PDC. Dichas fuerzas contribuyeron notablemente al contenido popular y anticapitalista que asumió una parte del movimiento que la DC encabezó en ese período.

El MAPU expresa políticamente en su nacimiento, al sector más radicalizado de estas fuerzas, tanto las desarrolladas al interior del PDC, como fuera de él. Su definición unitaria en el seno de la izquierda, su opción socialista y revolucionaria, el nuevo contingente de fuerzas sociales, experiencia política y su bagaje teórico e intelectual constituyeron en ese período un aporte significativo a la izquierda, y más concretamente a la formación de la Unidad Popular. Desde el punto de vista cualitativo ello es indiscutible. Su aporte cuantitativo no es posible determinarlo con exactitud. Sin embargo, dada la estrechez del triunfo electoral de 1970 creo que no es aventurado afirmar que nuestra contribución fue decisiva para la elección del compañero Salvador Allende.

La I.C. nace en un contexto diferente. En pleno proceso revolucionario, encabezado por el gobierno de la Unidad Popular, la escisión en 1971, de un sector numeroso y significativo de dirigentes de la Democracia Cristiana y su constitución — junto con varios de los principales fundadores del MAPU — en partido autónomo e integrado a la Unidad Popular, expresó en ese momento la opción por la revolución y el socialismo y por la unidad de las fuerzas populares, que existía en vastos sectores de la Democracia Cristiana. Al mismo tiempo, significó un intento político de crear un partido que fuera el instrumento privilegiado de las masas cristianas que participaban — y de las que se incorporaban — al proceso revolucionario en curso. En ambos aspectos el aporte de la I.C. fue de significación. Contribuyó a ampliar y enriquecer la alianza popular en un momento en que se libraban decisivas batallas políticas por la democracia y el socialismo en Chile.

Miradas en perspectiva histórica, me parecen ampliamente justificadas las razones y los objetivos que en su momento motivaron aquellas escisiones de la Democracia Cristiana. Los partidos a que dieron origen realizaron una contribución sustantiva al mayor esfuerzo que ha hecho nuestro pueblo en su historia por transformar la sociedad chilena en una perspectiva socialista. La circunstancia de que el proceso revolucionario inaugurado en 1970 no haya tenido éxito, no disminuye el valor ni la significación de las opciones que se

tomaron cuando éste estaba en gestación y luego, en pleno desarrollo.

Dicho lo anterior, yo agregaría que estas dos experiencias, aunque diversas, no lograron cumplir un objetivo que estaba en su nacimiento; cual fue el de sustraer a la influencia del PDC a vastos sectores populares, de manera de producir una modificación sustancial de la correlación de fuerzas en favor de la izquierda, y consolidar un bloque popular claramente mayoritario en el país. En nuestro caso, por ejemplo, sin perjuicio de la fuerza significativa que el MAPU alcanzó desde el primer momento en las Universidades y en el campo y en menor medida en sectores sindicales urbanos — su nacimiento no impidió que Tomić en 1970 conquistara una gran votación popular. En este sentido sigue hoy día abierta para la izquierda la cuestión de la existencia en Chile de una fuerza como la Democracia Cristiana con un apreciable arraigo popular, y a la que se debe tener en cuenta para cualquier proyecto democrático, nacional y popular.

— *¿Cuales son las diferencias ideológicas fundamentales vigentes entre los tres partidos?*

J.G. — En este aspecto existen situaciones distintas.

Con el MAPU, las divergencias que hemos tenido — y que no han sido pequeñas, tanto que dieron origen a una división en 1973 — no se han ubicado nunca en el plano que normalmente se reconoce como ideológico. De hecho, en la discusión interna que dio origen a la división y también posteriormente, ambos partidos se definían como marxistas leninistas, y en un nivel más inmediato asumían formalmente lo que podríamos llamar el patrimonio teórico y político de Rodrigo Ambrosio. Las diferencias en 1973, a mi juicio de fondo, se referían a cuestiones tales como la caracterización del gobierno popular, la política de alianza a desarrollar en esa etapa, la línea de trabajo respecto de las fuerzas armadas y los aspectos militares implicados en la estrategia de la Unidad Popular, etc., es decir, problemas de carácter estratégico y, en muchos casos táctico. Después del golpe hemos tenido también diferencias análogas respecto de varias materias generales y particulares. Pero no han estado referidas, insisto, al nivel específicamente ideológico, aunque sin duda detrás de ellas es posible descubrir desarrollos divergentes de un patrimonio teórico que se reconoce formalmente común. Una profundización del análisis en esta línea tendría que llevar a una discusión — muy incipiente entre nosotros de la relación entre la teoría (en este caso el marxismo) y la política, pero no es este el tema.

Con la I.C., sin perjuicio de que también hayamos tenido diferencias, aunque menores, en el terreno estratégico y táctico, el problema consiste en que hasta ahora tenemos definiciones diversas en el terreno ideológico. Para ponerlo en los términos más simples, la I.C. se define como un partido de inspiración cristiana, nosotros como marxistas.

Es posible una convergencia en este plano partiendo de definiciones di-

ferentes? Es esta una cuestión, a mi juicio, enteramente abierta y decisiva, no sólo en términos del acuerdo posible entre nuestros partidos, sino del problema más general de la plena incorporación de las masas de tradición e inspiración cristiana a la lucha y construcción del socialismo, tanto en Chile como en toda América Latina. Sin perjuicio de volver sobre el tema más adelante, existen en la experiencia de nuestros partidos elementos que, reflexionados y trabajados teóricamente, pueden apuntar a resolver un problema que históricamente se ha presentado como insoluble, al menos en las vanguardias revolucionarias de orientación claramente socialistas.

Es así como en la I.C., su inspiración cristiana no ha sido obstáculo, sino al contrario un estímulo a su definición socialista. Más que eso, su perspectiva socialista encuentra en determinados elementos de su inspiración cristiana revolucionaria, aportes originales, certeros.

Respecto del marxismo, su actitud es abierta. No tengo a la mano documentos oficiales de la I.C. sobre la materia, pero tomando las notas de un debate realizado en su pleno Regional de Europa, por ejemplo, se lee que "la I.C. asume como suyo el análisis científico y el cuerpo de teorías revolucionarias ligadas al combate por el socialismo y las luchas obreras y populares. La adopción de dichos aportes tiene para nosotros un carácter no dogmático, crítico y creativo".

En nuestra experiencia, por otra parte, la definición marxista no nos ha impedido desde la fundación del Partido hasta hoy día, mantener una preocupación permanente hacia las masas y el pensamiento cristiano revolucionario y avanzado, principalmente en el terreno de la acción política, más que en el de la reflexión teórica.

Desde Rodrigo Ambrosio, hemos considerado que en Chile y América Latina la plena incorporación de las masas populares ligadas a la cultura e instituciones cristianas — y particularmente católicas — al proceso revolucionario es una condición de la victoria.

Esta plena incorporación debe realizarse también en las fuerzas políticas de vanguardia en el período de lucha revolucionaria y por cierto en el Estado en el proceso de construcción socialista. Todo esto para nosotros es claro. Ello ha permitido que nuestro Partido tenga una amplia audiencia en medios cristianos y muchos de sus militantes y dirigentes lo sean.

Las diferencias ideológicas entre la I.C. y nosotros que a primera vista pueden parecer grandes y para algunos hasta irreductibles, es necesario considerarlas a la luz de nuestras concretas experiencias políticas. Desde esta perspectiva se hace hoy día indispensable traducir esta rica práctica en una reflexión teórica seria que permita también en ese nivel definir la relación entre el partido y la teoría revolucionaria. Por nuestra parte, en nuestro proyecto de Programa del Partido que en estas semanas comenzamos a discutir, se intenta responder a esta problemática de una manera más completa y elaborada que la que ha sido tradicional entre nosotros.

— *¿Como visualizan las fuerzas opositoras al régimen militar? ¿Qué tipo de relaciones deben existir entre ellas para hacer más eficaz la lucha? ¿A qué atribuye Ud. que la oposición aparezca con una dirección política insuficiente?*

J.G. — Durante un largo período entre las fuerzas opositoras no existió una visión común del régimen militar. La izquierda — y la UP más específicamente — con mayor o menor rigurosidad entendió desde el primer momento los rasgos esenciales del nuevo régimen: el carácter esencialmente minoritario de los intereses y sectores que representa, su vinculación absoluta a la burguesía monopólica y las transnacionales, el autoritarismo y el terrorismo de Estado como ingredientes permanentes de su organización política; las concepciones sobre la seguridad nacional originadas principalmente en el Pentágono, y el ultraliberalismo económico de la Escuela de Chicago, como los dos pilares de la ideología oficial, etc.

Detrás de la calificación de fascista para el nuevo régimen, estaba la consideración de todos estos elementos, y no exclusivamente el uso de una fórmula propagandística eficaz. Incluso se desarrolló en la izquierda un debate bastante intenso durante los primeros años posteriores al golpe sobre esta problemática.

La Democracia Cristiana, en cambio, tuvo inicialmente una visión mucho más confusa y errónea respecto del carácter real de la dictadura, salvo en sus sectores y personalidades que repudiaron el golpe desde el primer momento. Esta confusión se originó en la incomprensión anterior acerca de las fuerzas realmente hegemónicas al interior de la oposición al gobierno del Presidente Allende, de la que el PDC formó parte activa, y de sus propósitos reales oscurecidos en ese entonces por un discurso formal ultrademocrático. Por ello cundió en las filas de la DC en los primeros años la ilusión de un gobierno militar transitorio a la vieja usanza latinoamericana, una suerte de "interregno ordenador" entre dos períodos democráticos.

Después de siete años la situación ha cambiado. Hoy día existe mucho mayor consenso entre todas las fuerzas opositoras respecto de la naturaleza real del régimen, de las fuerzas que lo sostienen y de sus objetivos históricos. Así y todo me parece — y nuestro Partido ha venido insistiendo mucho en ello, que un diagnóstico más acabado y científico del régimen actual, de sus características principales en el plano económico, institucional, militar y cultural; y sobre todo de las profundas transformaciones que ha introducido en la sociedad chilena, es imprescindible para fundar una política antifascista victoriosa. Si este esfuerzo de diagnóstico no se transforma en una actividad sistemática y permanente, la oposición corre el riesgo de no aprehender el país real y sus dinámicas fundamentales. Los vaivenes periódicos entre las visiones triunfalistas respecto de las perspectivas de la lucha democrática, y las depresiones pesimistas tienen que ver con una visión aún superficial de nuestra sociedad.

Desde nuestro punto de vista, la lucha antifascista requiere a estas alturas un acuerdo político explícito de todas las fuerzas opositoras. Lo que hemos llamado un Pacto por la Democracia, que exprese la voluntad común de desarrollar un poderoso movimiento social antifascista capaz de derrocar a la dictadura y los consensos existentes respecto de las líneas fundamentales de la reconstrucción democrática. Existen hoy día bases suficientes para establecer amplios acuerdos en torno a estas cuestiones. El mayor obstáculo lo constituye la resistencia de la DC a una política de unidad amplia. Pienso que el desarrollo de la propia lucha antifascista vencerá finalmente esas resistencias.

En un nivel más inmediato, nuestra convocatoria — ya mencionada — a articular y unificar el conjunto de organizaciones democráticas abiertas en un Comando Nacional, puede activar la movilización antifascista y crear condiciones más favorables para la unidad en el terreno político.

La dirección política insuficiente tiene que ver con muchos factores. Uno es la ausencia de unidad política de la oposición, que a estas alturas es de una necesidad evidente.

Otros tienen que ver con los problemas e insuficiencias de las principales fuerzas democráticas.

La DC no ha sido capaz de definir una estrategia coherente y viable para terminar con la dictadura. Tampoco creo que tenga condiciones por sí sola para gobernar la crisis en que el fascismo dejará al país a su término.

Nosotros como izquierda, a su vez, a pesar de haber constituido un pilar decisivo de la resistencia y la oposición — junto con la Iglesia Católica — durante todos estos años, no somos capaces todavía de proponer al país un proyecto histórico democrático y socialista a la altura de las circunstancias históricas que vivimos, ni tampoco de desplegar y dirigir el inmenso potencial de lucha que existe en nuestro pueblo, en función de una perspectiva estratégica clara que tenga como objetivo el derrocamiento de la dictadura.

— *¿Como concibe la convergencia entre el MAPU, MAPU O.C. e I.C., en relación a la UP? ¿La fortalece o la debilita, y en relación a la convergencia socialista impulsada por los seminarios organizados en Ariccia (Italia)? En este contexto de convergencia ¿qué vigencia tiene la Unidad Popular?*

J.G. — El proceso de acercamiento y convergencia del MAPU, la I.C. y nuestro Partido es un factor que contribuye a fortalecer, dinamizar y renovar la Unidad Popular, incluso en los términos en que ese proceso está planteado hoy día. En otra respuesta he desarrollado la argumentación sobre este particular.

En relación a la llamada convergencia socialista nosotros no compartimos la tesis de que la izquierda y el movimiento popular chileno pueda ser reducida a dos polos o áreas políticas: la comunista y la socialista, según la cual dado que el “area comunista” tiene un perfil y una política ya defini-

da, la superación de los problemas de dirección de la izquierda y el movimiento revolucionario pasa por la articulación del “area socialista” en un solo y gran partido (que incluiría a todas las fuerzas del socialismo histórico, la I.C., el MAPU, el MAPU-OC y eventualmente el PR o algún sector de él). El tema dá para largo y no se puede agotar aquí. En todo caso es relevante y nos interesa participar en su discusión.

Peró, en síntesis, me parece que esa visión reduce arbitrariamente tanto la realidad histórica de la izquierda chilena como su problemática actual. Ya desde mediados de los 60, la ampliación de la lucha social y política se manifestó en el terreno de los partidos en la estrechez del FRAP — alianza histórica básica del PC y del PS — para dar expresión suficiente al movimiento popular. El nacimiento de la UP respondió a esta realidad. Hoy día la amplitud potencial del antifascismo y de las masas que en la lucha por la democracia vayan asumiendo una opción socialista, me parece difícil que pueda ser expresada en el terreno político, a través de una formulación que se parece mucho al FRAP de los finales de los años cincuenta. De otra parte, en la problemática actual de la izquierda, lo que primariamente está en crisis es la existencia de un poderoso movimiento obrero y popular sin un proyecto histórico nítido y suficiente y la incapacidad de articular un movimiento social capaz de enfrentar y destruir un régimen como el de Pinochet, más que la dispersión — que también es un hecho real — de sus expresiones políticas. Sobre toda esta cuestión de la convergencia socialista habría que añadir que nuestros tres partidos, en mayor o menor medida, tienen apreciaciones diferentes como lo constatamos explícitamente en la reunión de la Habana.

En este cuadro la UP mantiene a mi juicio plena vigencia, en tanto expresión de la unidad política fundamental de la clase obrera y de las fuerzas socialistas del país. Dicha unidad es fundamental. En Chile es además posible. La cuestión es que seamos capaces de superar su crisis actual, lo que supone su profunda renovación programática, estratégica y política.

Pienso que en la actual crisis, existen también los elementos que permiten su superación, sin perjuicio de que éste será un proceso complejo, tanto por la magnitud de los desafíos, como por nuestros atrasos en enfrentarlos.

— *¿Es posible que militen en un mismo Partido cristianos y marxistas? En ese caso, ¿cómo se puede articular su definición programática e ideológica?*

J.G. — La primera respuesta es claramente afirmativa. No sólo como una hipótesis es posible la militancia común de cristianos y marxistas, sino que en nuestro país desde hace ya muchos años miles de cristianos militan en partidos marxistas. Nuestro Partido es un buen ejemplo de esta realidad, pero el fenómeno se da en mayor o menor medida en todos los demás partidos políticos chilenos que se reconocen como marxistas (el PC, el PS y el MIR). Me parece importante además de constatar esta realidad, calificarla. No

se trata de la militancia de cristianos "con un bajo nivel de consciencia", sino en la mayoría de los casos la situación es la contraria. Como tampoco de cristianos que al militar en partidos marxistas dejen de serlo. Se trata de cristianos que no ven incompatible su fe con dicha militancia, ni — incluso — con el marxismo. El hecho real es que existe en Chile desde los años 60 una poderosa corriente cultural cristiana que rechaza la incompatibilidad entre el cristianismo y el marxismo, entre el cristianismo y el socialismo y entre la fe y la militancia en partidos de clase. El marxismo tiene que tomar cabalmente en cuenta esta realidad y responder — también teóricamente — de ella si quiere — en nuestro país — ser fiel a su carácter esencialmente crítico y científico. Por otra parte, el fenómeno que señalamos no se presenta solo en Chile, sino prácticamente en toda América Latina. La experiencia de la revolución Sandinista ha comprobado una vez más el inmenso potencial revolucionario que existe en las masas y la intelectualidad de inspiración y matriz cristiana en nuestro continente. Allí han participado — y participan — protágicamente junto a los marxistas en el proceso revolucionario. La afirmación de Fidel en su discurso del 25 de Julio recién pasado, de la importancia histórica de la unidad de los marxistas y cristianos para la revolución socialista en América Latina, responde a una profunda necesidad.

Incluso en Europa, en países de fuerte tradición tanto obrera como católica, la presencia de cristianos en partidos marxistas es cada vez más frecuente e — incluso — masiva, como ocurre en los partidos comunistas de Italia y España, por ejemplo.

La presencia de cristianos y marxistas en un mismo partido, al menos tal es nuestra experiencia, no presenta problemas específicos ni en el terreno de la lucha política, ni de las definiciones programáticas.

Distinto es el problema de la definición ideológica, que yo preferiría llamar el de la relación entre el partido y la teoría, y, que en el caso de partidos revolucionarios y socialistas, se presenta como el de la relación entre el partido y el socialismo científico, el marxismo. Este sí es un problema. No podemos enfrentarlo sin tomar en cuenta las nuevas realidades que deben ser abordadas y resueltas. Por ello aquí los manuales no sirven e incluso los clásicos del marxismo. Marx, Engels y Lenin, no conocieron — ni por tanto tampoco pensaron — estas realidades contemporáneas. No encontraremos en ellos recetas.

No es posible resolver el problema planteado en los marcos de esta entrevista. No tengo, además, a estas alturas, una respuesta acabada. Con todo es útil señalar en que dirección me parece que ésta debe ser buscada:

— Una fórmula insuficiente es que el partido se define únicamente por su programa, vale decir por su propuesta de sociedad socialista y del camino para conquistar el poder y conducirla.

Sin duda la cuestión fundamental que define a un partido político, especialmente a un partido revolucionario, es su propuesta de sociedad alterna-

tiva y los medios para llegar a ella. En el programa — entendido en estos términos — el partido sintetiza la visión que tiene de la sociedad, de su presente y su pasado; de su práctica transformadora; su visión de la inserción de la sociedad en el mundo contemporáneo; su análisis de las fuerzas transformadoras y de la manera de articularlas en sus expresiones sociales, políticas e ideológicas; el tipo de sociedad socialista a que aspira; en fin, como define su propio rol en cuanto organización política de vanguardia. El programa se convierte en el principal instrumento de unidad del Partido, de su identidad histórica y es un referente esencial para su acción política. No constituye, por cierto, una definición estática. La práctica política y teórica del Partido, las nuevas solicitaciones que le llegan permanentemente de la sociedad y el mundo, hacen indispensable desarrollarlo, profundizarlo y en determinados casos, incluso modificarlo sustancialmente (como ocurre hoy día, por ejemplo, con el programa de la UP de 1970).

La justeza de un programa político se mide siempre, en última instancia, por su capacidad de orientar una práctica transformadora de la sociedad y no por su mera consistencia y coherencia interna.

— Con todo, la importancia decisiva del programa como elemento de definición de un partido revolucionario y socialista, no lo agota. El socialismo, desde hace más de 100 años es una de las fuerzas más poderosas de la época contemporánea y ha contribuido a transformar la realidad en todas las esferas de la vida. Desde la Revolución de Octubre se ha convertido en el sistema social en el cual viven millones de hombres. Formamos parte de ese poderoso movimiento histórico, que no es, por cierto, un todo monolítico, sino cada vez más amplio, variado, rico, y a veces hasta contradictorio. Pero la suma de experiencias teóricas y políticas del movimiento obrero, revolucionario y socialista mundial forman parte de un patrimonio insustituible para cualquier partido revolucionario contemporáneo.

— El socialismo científico, es a su vez un componente esencial, en el terreno teórico y científico del socialismo contemporáneo. Marx y Engels ponen los cimientos de una nueva teoría que permite por primera vez en la historia del pensamiento la fundación de una ciencia materialista unitaria de la historia humana. La comprensión de la sociedad capitalista contemporánea y las posibilidades de su transformación; las bases de una teoría de la organización política revolucionaria y de la conquista del poder, serían imposibles sin recoger el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Con posterioridad el marxismo ha seguido desarrollándose, no sin dificultades, hasta constituir una corriente histórica y cultural, cuya capacidad de comprensión y transformación de la sociedad no ha sido igualada por ninguna otra.

Yo no imagino un partido revolucionario que no se vincula a esta tradición teórica y cultural.

— El problema, para los efectos de la materia de la pregunta, es como

el partido entiende el marxismo y si esta vinculación excluye la confluencia de otras corrientes ideales, en este caso concreto, el cristianismo revolucionario.

Yo entiendo al marxismo esencialmente como una ciencia de la historia que además revoluciona el propio método de la aprehensión científica del objeto que se propone conocer: la sociedad humana. No es ni ha sido, salvo en sus deformaciones históricas, una mera "doctrina" a aplicar, ni menos un código de verdades establecidas una vez y para siempre, una dogmática. Tampoco, por su propia naturaleza, un sistema de pensamiento cerrado. Entendido así, yo no veo en absoluto incompatible la confluencia en un mismo partido del pensamiento marxista y de otras corrientes revolucionarias contemporáneas. Al contrario, su confluencia, su confrontación crítica en función de los problemas que enfrenta la revolución, también — y no exclusivamente — al interior del partido puede resultar ser un enriquecimiento del patrimonio teórico y político del movimiento revolucionario. Ello exige, eso sí, el desarrollo de un tipo de Partido en el que la dialéctica de la discusión teórica sea muy abierta y rigurosa, en el que la organización no pretenda poseer el patrimonio de la verdad científica y teórica y en el que la homogeneidad y la unidad se establezcan en función de un programa de transformación socialista de la sociedad, en una práctica política común y en una visión compartida, en permanente desarrollo y confrontación de los principales problemas de la sociedad y del mundo. Un tal partido debe tender, por último, al máximo desarrollo de la democracia en su vida interna.

— *¿Que sectores sociales y culturales de la sociedad chilena se sentirían convocados por esta convergencia a tres? ¿Cree Ud que esta fuerza debe tener una definición de clase y si la tuviera, cual sería?*

J.G. — El tipo de partido que apuntamos a desarrollar y construir — y del cual no pensamos que nuestro partido sea el único elemento — en las condiciones de nuestro país, está en condiciones de tener una gran capacidad de convocatoria desde el punto de vista cultural, respecto de sectores que serán determinantes en la lucha por la democracia y el socialismo. Señalo tres que me parecen claros:

— Las masas populares y la intelectualidad de tradición cultural cristiana que se desarrollan en una perspectiva socialista.

— El conjunto de sectores que se vincularán en estos años a lo que podíamos llamar la cultura política del antifascismo surgida de la movilización, la organización y la práctica política en condiciones inéditas en el país y que compromete crecientemente a miles de trabajadores, jóvenes, mujeres, intelectuales, artistas, etc.

— Los sectores de tradición y cultura marxista que coinciden con nosotros, en nuestra visión de la vinculación de la lucha por la democracia y el

socialismo, nuestra aproximación a los problemas de la teoría revolucionaria y del partido, así como a nuestra práctica de masas.

Desde el punto de vista social, esta capacidad de convocatoria — que en parte es ya una realidad — incluye a sectores significativos de la clase obrera y proletariado industrial y urbano, especialmente de las ramas productivas más modernas; de juventud estudiantil; de clase obrera agrícola y campesinado; de profesionales y técnicos ligados a la producción y los servicios; de intelectualidad y trabajadores del arte y la ciencia, etc. El desarrollo de una influencia considerable en el frente femenino, en la medida que perfilamos más nitidamente una política específica, es una cuestión también enteramente abierta para el futuro.

En síntesis, pensamos que nuestra capacidad de convocatoria es social y culturalmente muy sustantiva.

El desarrollo de una tal fuerza constituirá, sin duda, una contribución de magnitud al fortalecimiento y desarrollo del movimiento obrero, democrático y socialista del país.

Una definición de clase? Evidente. Todos los partidos la tienen, lo reconozcan formalmente o no, en la doble significación de los intereses de clase que expresa su programa político, como de su composición interna y los sectores que influye y dirige.

En este sentido, postulamos un Partido que por sus objetivos históricos es socialista, proletario; ya que el proletariado en un país como Chile (en su amplia acepción de trabajadores manuales, e intelectuales asalariados) ha sido la clase fundamental en el desarrollo, la defensa y la lucha por la democracia, y lo será en la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista.

Desde el punto de vista de su composición e influencia, un partido popular, ya que no sólo los proletarios en nuestra sociedad serán una fuerza social activa en la lucha por la democracia y el socialismo, sino también amplias capas populares: juventud estudiantil, mujeres no ligadas al trabajo productivo directo, productores independientes de la ciudad y el campo, profesionales y técnicos no ligados a la producción industrial y sometidos al trabajo asalariado, el pueblo mapuche, las masas semiproletarias sustancialmente aumentadas en estos años de fascismo, soldados democráticos, etc. La movilización política de estos sectores en una perspectiva socialista es fundamental para su éxito; sus intereses materiales y espirituales pueden encontrar en el socialismo su más pleno desarrollo. Son, por tanto, fuerzas sociales interesadas — o interesables más bien — en función de su propio desarrollo en un proyecto histórico socialista. El partido que postulamos debe ser capaz de incorporarlos tanto a la lucha, como a su propia organización.

En la medida en que estos sectores sociales junto al proletariado, constituyen la inmensa mayoría numérica de la población y que el socialismo apunta a resolver — en todos los planos — los problemas históricos más agudos del país, se puede afirmar que aspiramos a construir una fuerza política proletaria, popular y nacional.

**CARTA ABIERTA DEL PARTIDO MAPU-OC
A LAS ORGANIZACIONES SOCIALES Y POLITICAS DEMOCRATICAS
Y AL PUEBLO DE CHILE**

El "Plebiscito" organizado por el gobierno ha concluído. Pinochet y el aparato propagandístico del régimen se hayan abocados a la tarea de capitalizar en su favor los resultados. No puede ser de otro modo. A fin de cuénten fue para fortalecer su posición que se dieron el trabajo de organizar la "Consulta". Sin embargo, no cabe duda de que todo el proceso plebiscitario permitió el desarrollo de una amplia movilización y expresión de las fuerzas democráticas. Por ello la situación del país, no es hoy día la misma que la anterior al 11 de Septiembre. Para los democratas es fundamental el análisis y el debate lo más amplio y riguroso posible sobre los alcances y los resultados de la confrontación que tuvo lugar entre la régimen y la oposición, de manera de adecuar la lucha por la democracia a las nuevas circunstancias creadas en el país.

Partimos de la base cierta de que son millones los chilenos que hoy día están vitalmente interesados en esta discusión y dispuestos a renovar su movilización por la libertad de Chile.

Todas las organizaciones democráticas — sociales, culturales, y políticas — tienen en esta tarea una responsabilidad superior.

Nos interesa promover dicho debate y aportar a él nuestras opiniones y proposiciones para elevar el nivel de la lucha democrática de nuestro pueblo. Tal es el objeto de la presente carta.

1. — *Miradas las cosas con objetividad, la realización del Plebiscito le permitió al régimen alcanzar algunos de los objetivos que se había propuesto.*

En primer lugar, aunque con dificultades, y después de un largo proceso de confrontaciones internas, el régimen ha avanzado hacia la institucionalización de un modelo político autoritario.

En segundo lugar, la manipulación tanto de la Consulta como de sus resultados le dan al gobierno, ante determinados sectores, una apariencia de legitimidad basada en un supuesto apoyo popular mayoritario. Entre estos sectores, el más decisivo — sin duda — lo constituyen las FF.AA. y de orden. Para mantener su fidelidad al régimen, Pinochet necesita cada vez más, aparecer ante ellos como el representante de un gobierno mayoritario. Una parte muy considerable de los esfuerzos propagandísticos del régimen después del Plebiscito apuntan hacia este objetivo.

En tercer lugar, durante el período previo el régimen logró movilizar políticamente — y finalmente unificar tras la figura de Pinochet — a las fuerzas de apoyo del fascismo, que si bien sufrieron algunas deserciones más o menos notables, mantuvieron su homogeneidad.

Con todo, el Plebiscito, no puede ser considerado un triunfo gubernamental. Con él no se ha logrado, incluso, resolver las diferencias entre las fracciones de apoyo al régimen. Duros y blandos, como se les ha dado en llamar, no han podido ponerse de acuerdo respecto de la naturaleza del régimen político-institucional.

El período de transición que han definido no tiene otro significado que prolongar estos desacuerdos y postergar una resolución que, hasta ahora, no ha sido posible. Por esos duros y blandos difieren en la apreciación del sentido político del "Plebiscito". Para aquéllos, lo fundamental estriba en la prolongación del régimen arbitrario y autocrático de Pinochet. Para éstos, lo que importa es la institucionalidad definida en las normas definitivas de la Constitución y miran cuando menos con reservas el poder personal que Pinochet acumula con las normas transitorias. En verdad quien ha fortalecido su posición es Pinochet, convertido en pivote y árbitro entre ambas fracciones.

2. — *La cuestión que a nosotros nos parece decisiva es que la lucha del pueblo por la reivindicación de la democracia ha experimentado, durante las jornadas del Plebiscito, el principal avance desde el golpe de Septiembre de 1973.*

a) En el terreno político, el conjunto de fuerzas y expresiones democráticas fueron capaces de perfilar una alternativa común para desplazar a la dictadura y conducir a la nación a la democracia.

Tanto en el discurso del ex-presidente Frei en el Teatro Caupolicán, como en el planteamiento realizado por el grupo de los 24, aparece por primera vez una propuesta alternativa a la dictadura, amplia, democrática y pluralista. Sin duda ella debe ser profundizada y afinada, pero constituye un sólido punto de partida para construir la unidad política de las fuerzas democráticas. Comienzan a fructificar así, largos años de lucha unitaria del pueblo, en los sindicatos, en las poblaciones, en las organizaciones juveniles, en el mundo de la intelectualidad y la cultura, por superar divisiones históricas y sumar criterios para abrir un futuro de libertad.

La necesidad de un gobierno de transición, amplio, pluralista y sólido, capaz de democratizar la nación, y la voluntad de participar en éste, ha sido reconocida por todas las fuerzas políticas democráticas; cada una en su momento, cada una desde su propia perspectiva, pero todas comprometidas con la libertad de Chile.

La unidad de la oposición democrática ha dado, sin duda, un paso adelante. Ahora corresponde profundizarla, afianzarla, concretarla en una sólida realidad política. Existen, en este terreno, dificultades. Nos preocupa la ten-

dencia que aún subsiste en amplios círculos y en la dirección de la D.C., a evadir en la formulación de su política a la necesidad de la concertación de todas las fuerzas democráticas para terminar con el fascismo. Es esta una visión estrecha, que no favorece a nadie. Ni a la propia D.C., creemos sinceramente. A fin de cuentas la ambigüedad en estos terrenos termina jugando a favor de la dictadura.

Nos preocupa asimismo los problemas de dirección de la izquierda, concretamente de la U.P., que en esta ocasión se manifestaron en las graves dificultades que tuvimos para acordar un planteamiento y una táctica común. La unidad de la izquierda es un requisito esencial para la unidad democrática. Su peso de masas, evidenciado en los últimos acontecimientos, hace más perentoria la exigencia de elevar su capacidad de dirección.

b) En el terreno de la organización social, y particularmente del debate político público y abierto, las jornadas del Plebiscito significaron un gran impulso a la vitalidad del tejido de organismos democráticos que el pueblo ha venido construyendo y a la politización de amplias capas de la sociedad. Miles y miles de actos y reuniones a lo largo y ancho del país, centenares de miles de personas accediendo a debates y discusiones políticas a pesar del monopolio estatal de los medios de comunicación de masas. El punto de vista democrático, las opiniones de las fuerzas democráticas se extendieron y circularon por la nación a través de las organizaciones autónomas que el pueblo ha creado, y directamente, por mil canales.

La organización social tiene hoy día un potencial de masas multiplicado. Cientos de miles de chilenos poseen un espacio de autonomía, están dispuestos a ensanchar un mundo de solidaridad mutua donde expresar de manera colectiva su oposición a la dictadura y luchar organizadamente por la democracia.

c) La unidad política y la fuerza de la organización social democrática permitieron una movilización de masas contra la dictadura de una magnitud sin precedentes. Después de 7 años de dictadura, con la conciencia democrática completamente avasalla, los partidos políticos ilegalizados o silenciados en medio del terror y del amedrentamiento generalizado; en condiciones, en suma, que hacían del Plebiscito un acto completamente ilegítimo, una cantidad impresionante de chilenos enfrentaron decididamente el montaje provocador de las mesas y los locales electorales y estamparon su condena a la dictadura.

3. — *En esas circunstancias, el fascismo, tal como lo tenía previsto, debió recurrir a un fraude electoral de grandes proporciones. No nos es posible determinar con exactitud su dimensión. Así y todo, considérense los siguientes hechos:*

a) El gobierno sostiene que el total de personas mayores de 18 años es de 6 millones 700 mil y que votaron 6 millones 300 mil. Ambos datos son enteramente falsos. Es fácil demostrarlo. Los chilenos mayores de 18 años en 1980 nacieron todos antes de 1962 inclusive. El censo oficial de población de 1960 determinó que la población total del país era, en ese mismo año de 7 millones 374 mil personas. Por lo tanto, en este año el número total de chilenos mayores de 18 años es de 6 millones 194 mil personas. De ese total de potenciales votantes hay que restar a la gran cantidad de chilenos adultos exiliados y emigrados. No es posible un cálculo preciso, pero en ningún caso son menos de 200 mil.

A lo anterior se agrega la abstención, partiendo de la elemental de los enfermos e impedidos de votar ese día.

El primer gran fraude, consiste, por lo tanto, en el abultamiento de masa electoral en cantidades significativas.

b) La burla de la tinta indeleble en el pulgar para controlar la doble votación, no tiene ciertamente una explicación técnica. Existe una experiencia mundial en este tipo de control (como las últimas elecciones en Zimbawe por ejemplo, controlada por el gobierno británico) y al régimen no le faltan químicos. La única explicación es la organización del doble voto, contando para ello con todo el aparato del estado.

c) Son muchísimas las denuncias de urnas que llegaron ya con votos dentro a los locales de votación, como las dificultades que tuvieron quienes controlaron el recuento para acceder al registro de firmas, de manera de comparar votos y votantes. Incluso en Santiago, donde la vigilancia democrática fue mayor, en una mayoría de casos los vocales no accedieron al control del registro.

d) A todo ellos hay que agregar el manipuleo en el acto mismo del conteo de votos, tanto en Santiago como en provincias.

En suma afirmamos la existencia de un fraude organizado de proporciones que no se redujo — como muchos pensaron — sólo a la manipulación en el recuento.

Así y todo en las condiciones más adversas una mayoría de chilenos no solo se movilizó contra la dictadura, sino que además expresó su repudio con el voto. Esta es la verdad de los hechos. Su significación política es evidente. Las posibilidades que se abren al movimiento de resistencia son enormes.

Hay, por otro lado, un importante sector de la población que votó sí. El voto sí expresa, a nuestro juicio, diversas realidades y comportamientos políticos, que también debemos tener en cuenta. Desde el apoyo incondicional de la mayoría de la burguesía, hasta el voto emitido en condiciones de temor e inseguridad. Es preciso retener en cuenta que 7 años de penetración ideológica, de atomización social y de despolitización han sin duda afectado la conciencia política de determinadas capas de la población.

4. — *Las fuerzas democráticas enfrentamos todas el "Plebiscito" tras el objetivo de demostrar su ilegitimidad. Esta tarea no ha concluido. De nuestro esfuerzo actual dependerá que la conciencia del fraude y la ilegitimidad de todo el proceso se grave en todos los chilenos. De nuestro esfuerzo dependerá que Pinochet no pueda aparecer ante los hombres de armas como el representante legítimo de la mayoría de la nación. De nuestro esfuerzo dependerá que lo que efectivamente ocurrió ante nuestros ojos, un inmenso avance de la resistencia democrática, sea apreciado de este modo por todos los chilenos que se movilizaron. El momento es de esperanza y no de desánimo completamente injustificado.*

Invitamos a todas las fuerzas y expresiones democráticas a elevar la lucha por demostrar la ilegitimidad de "Plebiscito" y a difundir una evaluación objetiva de las jornadas pasadas.

5. — *La gran tarea de construir la libertad en Chile continua vigente y es hoy más posible que antes. Para nuestro Partido el régimen de Pinochet representa un proyecto de dominación fascista coherente. Los grupos que lo impulsan no abdicarán voluntariamente de sus pretensiones. La historia pasada y reciente demuestra hasta que extremo de arbitrariedad y uso de la fuerza están dispuestos a llegar para mantener su posición. A nadie debe caber ya la menor duda que a este régimen el pueblo deberá ponerle fin. Primero, erosionando paulatinamente su política de atomización y dispersión y su fuerza subordinadora. Segundo, sobrepasando su capacidad de represión. Tercero, disputándole e impidiendo su control sobre la sociedad. Solo entonces, cuando el dominio fascista se haga de hecho imposible, se abrirán las puertas de la libertad.*

En nuestra opinión, las jornadas del "Plebiscito" demuestran que avanzamos en el camino correcto. Si somos capaces de extraer las lecciones justas, podemos dar pasos decisivos en función de las nuevas condiciones políticas, organizativas y de masas.

Tres nos parecen las orientaciones y objetivos principales para el período próximo.

En primer lugar consolidar y profundizar el acuerdo político existente. Sus bases son hoy día, el "Compromiso por la Democracia" ya suscrito y lo avanzado en términos de perfilar la alternativa democrática.

En segundo lugar, avanzar en la coordinación de los organismos sociales democráticos, que han sido y serán un pilar fundamental en la lucha por la democracia. Se ha ido creando una vasta red de organizaciones sindicales, juveniles, profesionales, culturales y de todo tipo. Junto a la profundización de las movilizaciones de cada sector, se hace indispensable coordinar y unificar este amplio movimiento en función de su común aspiración democrática. La

creación de un Comando Nacional de organizaciones Democráticas es hoy día posible y necesario, así como la constitución de comandos análogos en todos los niveles.

En tercer lugar, sobre la base de los consensos existentes y de la experiencia de las últimas luchas, creemos que están dadas las condiciones para la constitución de un Movimiento Cívico de Recuperación de la Democracia, que aglutine y oriente la lucha de todos los chilenos democráticos. El grupo de los 24 tiene la amplitud necesaria y concita el respeto que se requiere para convertirse en el núcleo organizador y dinamizador de un Movimiento como el señalado.

Proponemos a todas las organizaciones democráticas la discusión de estas iniciativas.

En la cofianza de que existen hoy día amplias posibilidades para avanzar decididamente en la lucha por la libertad de Chile, reciban el saludo unitario de nuestro Partido.

SECRETARIADO DEL MAPU OBRERO Y CAMPESINO
Santiago, Septiembre 1980

EL DESARROLLO DEL PARTIDO EN LA RESISTENCIA ANTIFASCISTA Y SUS ACTUALES DESAFIOS

El informe que publicamos a continuación es el documento presentado por el Secretariado del C.C. del Partido al V Pleno, celebrado en Chile en Diciembre de 1979.

Dada su extensión lo hemos publicado en dos partes, la segunda y última de las cuales es la que sigue.

Las concepciones originarias sobre el partido: el legado de Rodrigo Ambrosio

Es indiscutible la influencia fundadora del pensamiento de Rodrigo Ambrosio, particularmente en lo que se refiere al carácter y al papel del nuevo Partido. Como lo hemos señalado con ocasión del X Aniversario: "en el proceso de construcción y desarrollo del Partido, la obra del compañero Rodrigo Ambrosio encarna los orígenes, la fundación y las concepciones y perspectivas fundamentales que orientan el camino de nuestro Partido hacia las posiciones de la clase obrera".¹

Ambrosio resuelve acertadamente en el terreno teórico y político uno de los problemas principales de la construcción de la vanguardia revolucionaria en Chile: su carácter plural, dado por la existencia de al menos tres partidos proletarios, socialistas. Esta situación tiene su origen en "la complejidad real de nuestra estructura de clase y del desarrollo histórico concreto de nuestro proletariado".² Su unidad se concibe como un elemento central: "Ellos (el PC, el PS y el MAPU) son entre sí aliados fundamentales para asegurar la unidad proletaria y la dirección proletaria del frente. Su unidad es la primera unidad porque es la unidad de la clase obrera".³ Se destaca, sin embargo, que dicha unidad no excluye, sino que presupone el debate y la lucha ideológica entre ellos, ya que su existencia independiente no es sólo el resultado de la mera "complejidad real de nuestra estructura de clase", sino de la existencia de diferencias en el terreno teórico, programático, político, del tipo de sus vinculaciones con la masa, etc. En palabras de Ambrosio: "sin embargo, estos partidos tienen niveles de desarrollo proletario muy diverso. Ello se manifiesta en su distinta consistencia y fecundidad en el cam-

po de la teoría revolucionaria del proletariado, en la distinta fuerza y arralago que alcanza en ellos la línea política proletaria (o por el contrario, sus desviaciones), en las distintas formas de organización y en los distintos estilos de trabajo con las masas".⁴ En este contexto, la perspectiva larga de la unificación de los partidos proletarios, no consiste en su mera unificación orgánica, sino esencialmente en un salto cualitativo en el conjunto de ellos. "Es probable que en etapas más avanzadas de este proceso, surja de la práctica misma del proletariado la exigencia de un partido único proletario. Ese partido no debería ser la simple continuación de los actuales ni su mera suma, sino un partido cualitativamente nuevo, superior".

El surgimiento y desarrollo del Mapu se inscribe en esta perspectiva general. Surgido en un periodo determinado de la vida política del país, vehículo de incorporación de determinadas capas del proletariado y el pueblo a la lucha revolucionaria; definido por una concreta visión de la revolución chilena, por el tipo de relación que establece con la teoría y las masas y por la forma de su organización.

En el artículo que comentamos, Ambrosio define lo que son a su juicio los rasgos específicos del Partido. A riesgo de extendernos, es útil reproducirlos in extenso. Ellos son:

- es un partido profundamente nacional y profundamente internacionalista;
- investiga permanentemente la lucha de clases, porque toma el marxismo como instrumento científico de esclarecimiento y guía de la acción proletaria y no como un sistema dogmático terminado;
- plantea el socialismo, no solo como una nueva organización de la economía, sino como una sociedad total, que es necesario construir simultáneamente en la economía, en la política y en la cultura;
- concibe la revolución chilena como un proceso ininterrumpido que conduce al socialismo, bajo la dirección del proletariado, pero que atraviesa necesariamente una primera etapa, donde se combinan tareas nacionales, democráticas y socialistas;
- impulsa una amplia alianza del proletariado con la mediana y pequeña burguesía, pero contribuye a que prevalezcan en su interior las posiciones proletarias.
- lucha abiertamente por la unidad proletaria, por las formas superiores de unidad de la clase más allá de todo gremialismo o partidismo, por la acción conjunta de los partidos obreros y por el partido único del proletariado; lucha asimismo intransigentemente contra el sectarismo en todas sus formas;
- no descarta ninguna forma o método de lucha, procura estar preparado para pesar de unos a otros, y aplica concretamente todos los que cada etapa exige;

¹ "Saludo del Secretariado del C.C. del MAPU-OC en el X Aniversario" Mayo, 1979.

² Rodrigo Ambrosio, "EL MAPU: nuevo destacamento proletario". De Frente, N. 9 Junio 1972

³ Idem.

- Se organiza como un partido de cuadros y de masas a la vez, profundamente democrático, pero con una dirección única y centralizada.
- Desarrolla una línea de masas en el trabajo del partido, de las organizaciones de masas, de la alianza y del Gobierno popular y combate implacablemente todas las formas de burocratismo".

A nuestro juicio en las concepciones de Ambrosio sobre el Partido, lo primero que destaca es el esfuerzo por el rigor teórico, unido indisolublemente al análisis histórico. No se concibe al Partido en abstracto, como un "modelo" a construir, sino como el instrumento para impulsar un determinado proyecto histórico — el socialismo — en las concretas condiciones de la sociedad de la que surge, en la que se desarrolla. Estas a su vez condicionan el carácter del instrumento político: y su función específica. Es este núcleo esencial del pensamiento de Rodrigo respecto del Partido el que debemos recuperar cabalmente.

Respecto de los contenidos sobre los aspectos específicos de nuestra organización, tres nos parecen los elementos principales que mantienen plena vigencia:

- La importancia y el papel que tiene la teoría — el socialismo científico — en el desarrollo del partido. El marxismo es entendido como la teoría que permite "investigar permanentemente la lucha de clases", es decir, comprender la realidad para transformarla. La medida del desarrollo teórico del Partido será, por tanto, su capacidad para investigar y esclarecer los fenómenos y procesos sociales, y no la mera acumulación libresca de conocimientos. Para ello el Partido y sus militantes deben, evidentemente conocer y estudiar el patrimonio teórico del socialismo científico, y en particular el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, ya que "las experiencias prácticas y teóricas de la clase obrera del mundo son también hoy día nuestro mejor depósito: nuestra mayor seguridad para avanzar con paso firme".⁵ En este sentido las advertencias contra la asimilación dogmática, "manualista" del marxismo, son en Ambrosio explícitas y reiteradas.

- El carácter de la relación del Partido con las masas. El énfasis permanente es que el Partido debe establecer una doble relación con ellas: la de dirigir, elevando su conciencia y animando su organización y su lucha; y simultáneamente la de aprender, recogiendo su experiencia. Esta concepción respecto de la relación partido-masas, tiene una íntima relación con la idea del partido que "investiga permanentemente la lucha de clases". Consecuentemente el discurso antiburocrático es otro de los leit motiv del pensamiento de Ambrosio, y del Partido en todos los años del Gobierno Popular.

⁵ Rodrigo Ambrosio "El Mapu, partido proletario". Discurso en el teatro Nataniel. 30 de Mayo de 1972. Publicado en "Sobre la Construcción del Partido". Ed. Barco de Papel. Santiago, Chile, 1972.

- La adopción — común a todos los partidos obreros — del centralismo democrático como principio y método de organización. Los énfasis en este aspecto están puestos en la doble necesidad de una profunda democracia interna y de una dirección única y centralizada: así como en la construcción de una organización de "cuadros y de masas a la vez". Es preciso señalar que estos elementos alcanzan poco desarrollo en el pensamiento escrito de Ambrosio, y se mantienen, por lo tanto, en el nivel de enunciados generales.

Obviamente el pensamiento de Rodrigo respecto del Partido fue el producto de una reflexión y de una experiencia colectiva, de la cual fue el mejor exponente y el mayor artífice. La influencia de esas concepciones han sido determinantes en todo el desarrollo del Partido en estos 10 años. Sin embargo, no han sido las únicas que han moldeado a nuestro Partido.

El peso de nuestra tradición dogmática en el desarrollo del Partido

La línea de pensamiento sobre los problemas de la dirección de clase obrera y las fuerzas socialistas — y por lo tanto del Partido — iniciada por el co. Ambrosio, no ha tenido ulteriores desarrollos de importancia. Los problemas políticos que esta insuficiencia histórica nos plantea hoy día son evidentes para todos. Es claro, por otra parte, que la discusión de estas cuestiones, ha comenzado en este último tiempo a adquirir una importancia mayor. Nuestra prensa partidaria de este año — en el país y el exterior — expresa lo que afirmamos. Incluso se han implementado algunas iniciativas de la Dirección para enfrentar de una manera metódica y sistemática el análisis y la reflexión sobre estos problemas. Sin embargo, para que este conjunto de esfuerzos puedan dar pleno fruto nos parece necesario desentrañar las causas que han estado al origen de nuestros vacíos en este plano. No es esta una tarea simple, pero ya es tiempo de comenzar a acometerla. En nuestra opinión la principal de ellas es la influencia que comenzó a adquirir en el Partido una concepción dogmática del marxismo, y en particular del leninismo, y que se expresó de manera principal — aunque no única — en lo que se refiere a la concepción del Partido. Esta contradecía el sentido original de nuestro desarrollo teórico, que tenía evidentemente grandes insuficiencias, pero no la anularon. De otra manera no podría explicarse el hecho de que el Partido haya sido capaz de recoger creadoramente, y con un nivel razonable de rigor científico, los cambios ocurridos en la sociedad chilena, y de reformular aspectos sustantivos, por ejemplo, de su línea política. Por ello es lícito afirmar que el dogmatismo ha afectado principalmente nuestras concepciones sobre el Partido, que están íntimamente vinculadas a las cuestiones más generales de la construcción de la fuerza dirigente de nuestra revolución.

Se introduce así en el Partido, un tipo de pensamiento que tiene su origen en la tradición teórica del estalinismo y un gran peso — hasta nuestros días — en el movimiento obrero mundial, que postula un "modelo" de

partido proletario válido para cualquier política y circunstancia, y que reduce el leninismo, en este aspecto, a un conjunto de "principios" a aplicar en cada situación concreta.⁶

Los elementos de esta lectura estrecha y dogmática del pensamiento de Lenin, que principalmente han influido en nuestras concepciones, son a nuestro juicio, los siguientes:

— Una relación del Partido con la teoría — el socialismo científico — en la que ésta se concibe básicamente como un cuerpo de doctrina acabado, un conjunto de leyes sobre el desarrollo de la sociedad, que ya descubiertas por los grandes fundadores — Marx, Engels y Lenin, — necesitan solamente ser aplicadas a las diversas realidades concretas. Una visión de este tipo del marxismo, lo dogmatiza, y reduce y estrecha la práctica teórica del Partido revolucionario. La particular infecundidad teórica de muchos partidos obreros del mundo, y especialmente de América Latina, surgidos de la III Internacional, tiene mucho que ver con esta visión del marxismo. En nuestro caso particular la influencia de esta tradición teórica del movimiento obrero se produjo a través de diversos procesos, y alcanzó un notable desarrollo durante todo el período de la lucha interna contra la fracción de ultraizquierda los años 1972-73.

— Una concepción de la relación partido-masas en la cual el énfasis está puesto exclusivamente en la función dirigente y organizativa del Partido, que puramente enseña y comanda, y no en el que simultáneamente aprende, recoge y sintetiza la experiencia de las masas. Una manera tal de entender esta cuestión decisiva encierra el germen del burocratismo, no solo en la relación con las masas, sino que también en la organización y vida interna del propio Partido.

— Una aplicación del centralismo-democrático, en la que sistemáticamente el aspecto democrático de la organización y vida interna del Partido, se convierte, en el mejor de los casos, en una mera formalidad. Esta deformación del centralismo-democrático, tiene una íntima relación con los elementos que hemos destacado anteriormente. Si por una parte la función del Partido consiste principalmente en "aplicar" una teoría ya dada a la situación concreta en la que se desarrolla, y por otra su relación con las masas tiende a ser burocrática, el desarrollo de la capacidad autónoma de reflexión y dirección del conjunto de los organismos y militantes del Partido se hace innecesaria; es

asumida principalmente por la máxima dirección (expresión del elemento centralista) y la organización se convierte, en lo esencial, en una correa de transmisión de las orientaciones, líneas y acuerdos que emanan del centro dirigente, y muchas veces, de sus aparatos.

— Una definición genérica de las características de los cuadros que el Partido necesita desarrollar — "profesionales de la estrategia y táctica revolucionaria"⁷ que por tanto no liga el tipo de cuadros a las exigencias particulares de la política del Partido y a las concretas y cambiantes condiciones en las que este desarrolla su lucha. Los efectos de esta visión del problema repercuten inevitablemente en todos los aspectos de una acertada política de cuadros, así como, finalmente, en la relación cuadros-masas.

Afirmamos que la adopción de una concepción de origen estalinista respecto de la teoría del Partido, es uno de los factores principales que explican nuestra falta de reflexión explícita en este terreno, ya que según ella este era un problema ya resuelto. Los elementos que hemos señalado han constituido un componente importante de nuestro pensamiento y práctica en la construcción del Partido. A las alturas de 1973 no es exagerado afirmar que eran dominantes en la organización. Con todo, coexistían con la tradición heredada de la primera época. Después del golpe, en condiciones enteramente diversas, se ha producido un proceso mediante el cual nuestra práctica, la reflexión y las exigencias que nos plantea el mismo desarrollo de nuestra línea; han ido modificando aspectos sustantivos del tipo de pensamiento que criticamos respecto del Partido.

Sin perjuicio de lo anterior, la ausencia de una crítica sistemática, ha sido uno de los factores que explican de manera principal la persistencia de deformaciones importantes en el proceso de construcción del Partido, en el terreno del desarrollo teórico, de los métodos burocráticos y autoritarios de dirección, del desarrollo del aspecto democrático de la organización y de su capacidad de dirección de masas.

La circunstancia real — y que debe ser medida en todo el peso que tiene de que la lucha en condiciones de represión y clandestinidad plantea inmensas dificultades para la superación de tales deformaciones, no debe hacernos perder de vista el peso — también real, de los elementos teóricos que han estado en el origen de su desarrollo.

⁶ Nos referimos aquí, a los efectos que en el terreno del desarrollo teórico se produjeron en el período de la dirección de Stalin, no solo en el PCUS, sino en el movimiento obrero mundial en su conjunto. Un juicio histórico sobre ese período, decisivo para la consolidación del Socialismo en la URSS y su expansión en Europa y Asia, luego de la derrota del nazismo, es por cierto una tarea bastante compleja; que debe ser enfrentada con rigor.

⁷ Documento Numero Uno de Proposición de Programa. 2 Congreso Nacional del MA-PU 1972.

Los actuales desafíos.

La posibilidad de que el Partido se transforme en un elemento decisivo en la dirección de la clase obrera y el pueblo en su lucha por la democracia y el socialismo, depende, en lo esencial, de su capacidad para, simultáneamente, perfilar con nitidez su proyecto estratégico; extender su influencia de masas y la calidad de su dirección táctica; y construir un tipo de partido adecuado a estos objetivos, en las diversas fases que atravesará la revolución democrática y la construcción socialista.

El primer objetivo se vincula hoy día al proceso ya iniciado de elaboración del Programa del Partido. Pensamos que la discusión de nuestra proposición programática, realizada simultáneamente en el Partido y con el movimiento popular y democrático debe constituir la principal operación político-ideológica del próximo año. Concebir así el proceso de discusión del Programa nos permitirá influir positivamente en la superación de la crisis de la izquierda, ampliar la influencia del Partido en el movimiento popular, y atraer al Partido a todos los sectores de masas y políticos, que se identifiquen con él. En la medida en que un Partido político revolucionario existe principalmente en función de su línea, el Programa se convierte en un poderoso instrumento para su construcción. Nuestro objetivo estratégico en este terreno es que nuestro Programa se convierta en el proyecto de la clase obrera y el pueblo en su conjunto, en la propuesta política del movimiento popular, y en concreto de la UP. A este objetivo apuntamos explícitamente. Ello nos exige desarrollar una gran capacidad de diálogo y articulación política con todas las fuerzas populares y democráticas, en todos los niveles de la organización.

La extensión de nuestra influencia de masas nos pone ante la necesidad de elevar el contenido de nuestra política para los diversos componentes de clase e ideológicos del movimiento democrático, la calidad y justeza de las plataformas y políticas específicas en los frentes sindical, estudiantil, cultural, femenino, educacional y académico-universitario y militar. Al mismo tiempo es fundamental avanzar en la determinación de los sectores de clase e ideológicos respecto de los cuales el Partido debe constituirse en el instrumento privilegiado de su movilización política, si bien nuestra política esta dirigida al conjunto de las fuerzas democráticas y socialistas de la sociedad, en las concretas condiciones políticas de Chile, el MAPU-OC, en tanto Partido, está llamado a movilizar bajo su influencia directa a determinados sectores — ojalá cada vez más amplios — de nuestro pueblo. Nuestra política de masas y de crecimiento debe tomar cabalmente en cuenta esta situación. En el próximo período se hace indispensable sintetizar la experiencia acumulada en este aspecto de nuestro desarrollo y proyectarla hacia el futuro.

La elevación de nuestra capacidad de dirección táctica, esta íntimamente vinculada tanto a la política de masas, como a la función dirigente general del Partido. En la medida en que se desarrolla el movimiento democrático, orientar su lucha hacia el objetivo de desbordar el régimen y finalmente

destruir el estado fascista, requerirá crecientemente, junto a la capacidad para impulsar las luchas particulares, la de unificarlas tras esos objetivos. Ello es imposible sin una dirección táctica general centralizada.

De los objetivos principales que hemos señalado, se desprende necesariamente el tercero, es decir, el de construir un tipo de Partido adecuado a ellos. Cada vez más debemos pensar los problemas de construcción del Partido en función de su política, desarrollando aquellos elementos ya adquiridos que son funcionales a ella, y abandonando los que no lo son. No es posible, en este informe avanzar sustantivamente en los principales aspectos de la construcción en que nos parece indispensable avanzar en el próximo período, sin perjuicio de que esta sea una cuestión que debe ser enfrentada por la Dirección en todos los niveles. Por otra parte, los aspectos críticos y autocríticos sobre nuestro desarrollo que hemos abordado aquí nos parecen útiles para avanzar en la discusión.

Con todo quisiéramos tan solo enumerar algunas cuestiones que nos parecen particularmente relevantes, y que surgen como necesidades imperiosas tanto de nuestra política, como de la función dirigente a que aspiramos.

— El desarrollo teórico del Partido, en todos sus niveles, entendido en el doble aspecto de su capacidad para “investigar”, conocer la realidad social en la que opera y que transforma; y de adquirir y conocer toda la acumulación teórica y práctica del mov. obrero y de las fuerzas renovadoras y revolucionarias del mundo. Ello será sin duda fruto de un largo proceso, pero en nuestras condiciones es un aspecto central de la construcción. Incluso la superación del dogmatismo que hemos señalado como indispensable, no es en absoluto una empresa fácil. El esfuerzo por recuperar y desarrollar el carácter científico, y por tanto crítico, de la teoría marxista, en función de las necesidades que nos plantea la revolución chilena y la lucha por la paz, la democracia y el socialismo a nivel mundial, es una empresa de grandes proporciones que el Partido en su conjunto debe ir haciendo suya. Junto al estudio y reflexión sobre nuestra experiencia, el conocimiento de la teoría, en especial el estudio riguroso de los clásicos nos parece de la mayor importancia.

Todo lo anterior nos lleva a ponernos los problemas del desarrollo de nuestra práctica teórica y de manera muy prioritaria los de la educación política como una de las vigas maestras de la construcción del Partido que necesitamos.

— La vinculación cada vez más estrecha del Partido con el movimiento social antifascista en desarrollo y la necesidad de elevar la capacidad de síntesis de la dirección respecto de la rica experiencia de masas acumulada en este tiempo. La atomización de la sociedad que se propone el proyecto fascista, convierte a este aspecto de la dirección en una cuestión de la mayor importancia para la elevación de la capacidad política del conjunto de la organización. Si consideramos, además, que una parte del Partido, de su dirección (así como la del movimiento popular) luchan en el exterior, esta capacidad de sín-

tesis y transmisión de la experiencia colectiva se convierte en un elemento importante para garantizar la unidad del Partido.

— El desarrollo del centralismo-democrático, en su doble aspecto; la unidad de dirección y la capacidad autónoma de los organismos para dirigir el movimiento de masas en que se desenvuelven y aportar a la línea general. Hoy es necesario, al mismo tiempo, enfatizar el desarrollo del aspecto democrático y mejorar la capacidad de síntesis de la dirección superior, es decir elevar la "calidad" del aspecto centralista en la organización.

No debemos despreciar las limitaciones que en este terreno nos vienen dadas por nuestro indispensable carácter de Partido clandestino en esta etapa, especialmente para el desarrollo de la democracia partidaria. No para frenar su desarrollo, sino precisamente para impulsarlo de acuerdo a las condiciones concretas de la lucha.

— La discusión de nuestra política de cuadros — que este Pleno comenzará — en función de nuestra política y sus exigencias.

— La preocupación prioritaria por las necesidades materiales de nuestro desarrollo como una tarea del conjunto de la organización, y más allá de ella, de las masas entre las cuales el Partido desarrolla su actividad.

A ELEVAR LA CAPACIDAD DE DIRECCION POLITICA DEL PARTIDO EL PUEBLO DE PIE CONTRA EL FASCISMO.

*Stgo., Diciembre 1979
Año del X Aniversario.*

ACTIVIDAD PARTIDARIA

— Presidida por el Compañero Encargado Exterior, José Miguel Insulza, miembro del C.C., se realizó en Varsovia, Polonia, una reunión de la Comisión Exterior del Partido. El encuentro tuvo lugar del 6 al 12 de octubre.

Durante su estada en Polonia los miembros de la CEX sostuvieron entrevistas con personeros del Departamento Internacional del Partido Obrero Unificado Polaco, en las que se intercambiaron informaciones sobre la situación en Chile y en Polonia.

— El compañero Eduardo Rojas, miembro del C.C. participó en una reunión del Parlamento Mundial de las Fuerzas de la Paz celebrada en Sofía, Bulgaria, el 23 de septiembre. Le correspondió también asistir en el mes de agosto al Congreso de los Sindicatos del Irak, y posteriormente, en septiembre, a una reunión del Consejo General de la Federación Sindical Mundial, en Moscú, Unión Soviética.

— Una delegación del Partido encabezada por el Compañero Carlos Bau, miembro del C.C., e integrada también por el Compañero Jaime Yañes, Secretario del Comité Local Bulgaria, efectuó una visita a Beirut, respondiendo a una invitación del F.P.L.P.

La delegación se reunió con Taisir Kuba, miembro del Buró del Frente Popular para la Liberación de Palestina — F.P.L.P. — y encargado de Relaciones Internacionales de esa organización. De esta reunión se emitió un comunicado conjunto que se publica en la Sección Documentos de esta revista.

La delegación sostuvo una entrevista con el compañero Yasser Arafat, Presidente del Comité Ejecutivo de la Organización para la Liberación de Palestina — O.L.P. —. En la reunión se intercambiaron saludos de ambas organizaciones e información sobre las luchas del pueblo palestino y el pueblo chileno.

La representación del Partido sostuvo, en la misma gira, un encuentro con una delegación del Frente Democrático de Liberación de Palestina, F.D.L.P.

— Una delegación del Partido integrada por los compañeros José Vargas y Juan Carlos Concha, miembros del C.C., participó en la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Octubre en Berlín, R.D.A., sobre el anti-imperialismo.

— El compañero Alejandro Bell, miembro del C.C., asistió en representación del Partido a la Conferencia Anual del Partido Laborista de Gran Bretaña, celebrada en Blackpool, del 29 de septiembre al 3 de Octubre.

DOCUMENTOS

COMUNICADO CONJUNTO DE UNA DELEGACION DEL PARTIDO MAPU OBRERO Y CAMPESINO Y EL FRENTE POPULAR PARA LA LIBERACION DE PALESTINA (FPLP).

Invitada por el Comité de Relaciones Exteriores del FPLP, ha visitado el Líbano una delegación del Partido Mapu Obrero y Campesino de Chile, encabezada por Carlos Bau, miembro de la Comisión Exterior del Comité Central.

Durante la visita se han sostenido conversaciones con dirigentes del FPLP, encabezados por el cro. Taisir Kuba, miembro del Buró Político y responsable de relaciones exteriores con otras organizaciones de la resistencia palestina y con representantes de las fuerzas del Movimiento Nacionalista Libanés. Se han visitado también instituciones sociales del FPLP y se ha tomado conocimiento de los servicios que ofrecen a las masas palestino-libanesas.

A través de las conversaciones sostenidas, la delegación chilena profundizó su conocimiento de la lucha por la liberación de Palestina y de la acción del movimiento progresista y nacionalista libanés.

Los representantes del FPLP y de otras organizaciones con las cuales se tuvo contacto, fueron informados por la delegación chilena de la lucha contra la dictadura fascista de Pinochet y de la situación del movimiento popular y democrático en Chile.

En el análisis de la actual situación internacional, han existido importantes coincidencias entre las delegaciones del FPLP y del Partido Mapu Obrero y Campesino.

Como resultado de ello, ambas delegaciones repudian la política agresiva y armamentista del imperialismo contra todos los pueblos del mundo y los intentos de deteriorar la distensión mundial; la proyectada instalación de misiles nucleares en Europa Occidental; la instalación de bases estadounidenses en el Golfo Árabe, Oman, Kenia, Somalia, Océano Índico, Mar Rojo y las maniobras militares en el Mar Caribe.

Estas y otras acciones pretenden el retorno a la política de guerra fría y la recuperación de la hegemonía de los EEUU en la situación mundial. El origen de esta situación se encuentra en la profunda crisis del sistema capitalista, en el creciente desarrollo y fortalecimiento de la comunidad socialis-

ta y en las numerosas victorias de los movimientos de liberación nacional y del movimiento obrero internacional.

Ambas partes reafirman la necesidad de fortalecer la lucha común contra los intentos imperialistas, y de ampliar constantemente el frente de todas las fuerzas que están por la distensión, por la defensa de la paz y el progreso de la humanidad.

El FPLP reafirma su absoluto apoyo y solidaridad con la lucha del pueblo chileno, con sus fuerzas democráticas y progresistas y por la instauración de un régimen democrático en Chile.

El Partido Mapu Obrero y Campesino de Chile expresa su solidaridad y apoyo al pueblo palestino, en su lucha contra el imperialismo, el sionismo y la reacción árabe, bajo la dirección de la OLP, único y legítimo representante del pueblo palestino para la recuperación de su territorio y la reconquista de sus legítimos derechos nacionales, tareas en las cuales el FPLP juega un papel destacado.

El Partido Mapu Obrero y Campesino de Chile saluda calurosamente la heroica resistencia de las masas palestinas en las tierras ocupadas, contra la conspiración sionista e imperialista que bajo la farsa de la llamada "autodeterminación" pretende aniquilar la resistencia palestina. Al mismo tiempo, valora el papel dirigente del Frente Nacionalista Palestino.

La delegación chilena saluda a la revolución palestina y expresa su adhesión a la lucha que, principalmente en el sur del Líbano, se desarrolla contra la agresión sionista y de la reacción local. Repudia los acuerdos de Camp Davis y sus resultados que atentan contra el movimiento de liberación nacional árabe y, en particular, la revolución palestina. Repudia igualmente las iniciativas orientadas a aniquilar la resistencia palestina o a cuestionar la representatividad única de la OLP.

La delegación chilena adhiere a la lucha del movimiento nacionalista libanés y apoya su objetivo por la creación del Estado democrático, progresista, árabe unido en el Líbano.

Finalmente, ambos partidos manifiestan su intención de concertar su acción en la lucha contra el imperialismo, el sionismo, el fascismo y contra toda forma de opresión y explotación de los pueblos.

TAISIR KUBA
FPLP

CARLOS BAU
PARTIDO MAPU OC

Beirut, Julio 31 de 1980.

Compañeros
Comité Central
Partido Comunista de Uruguay
Presente

Queridos Compañeros:

Reciban nuestro saludo fraternal al celebrarse los 60 años de vida del Partido Comunista de Uruguay. Estamos ciertos de que vuestro Partido continuará, como en todos estos años, a la vanguardia de la lucha de la clase obrera y del pueblo uruguayo por la democracia y el socialismo.

Una fecha tan significativa como esta encuentra a nuestros pueblos, así como a otros en el continente latinoamericano, en una fase crucial de su lucha contra el fascismo y el imperialismo. Pasados los años más oscuros en que las camarillas militares fascistas parecían dominar sin contra peso la vida de nuestro países, hemos entrado en un período en que la fuerza y la unidad del movimiento popular va conquistando importantes victorias y significativos avances. El hecho más relevante es, sin duda, la victoria de la Revolución Sandinista en Nicaragua. A ella se unen, entre otros el avance de la lucha liberadora en El Salvador, la victoria del movimiento popular de Grenada, los procesos democráticos que, con contradicciones, se abren en Perú y Ecuador, y la fuerza que alcanza la lucha democrática en Brasil y en otros países.

El aporte que a este proceso continental pueden entregar los pueblos de Uruguay y Chile es fundamental. No es una mera coincidencia que el advenimiento del fascismo en nuestros dos países haya constituido el elemento fundamental. Separados por pocos meses, los golpes fascistas de 1973 en Uruguay y Chile pusieron término a procesos democráticos de larga duración, en que la clase obrera y sus partidos habían alcanzado una importancia central. Precisamente porque esa fuerza del movimiento obrero ponía en peligro los intereses capitalistas e imperialistas y amenazaba con romper definitivamente su hegemonía en nuestros países, es que el carácter represivo y brutal de la agresión fascista se manifestó con mayor violencia. En estos años duros miles de patriotas uruguayos han muerto, han sido encarcelados, torturados, desterrados. Sólo la lucha constante de las fuerzas democráticas y la solidaridad internacional han conseguido evitar que el fascismo completara plenamente su obra destructiva.

En esta dura prueba, la conducción que el Partido Comunista de Uruguay ha dado a la clase obrera y al movimiento democrático es un elemento principal que explica el giro positivo que va alcanzando la lucha antifascista. La comprensión cabal del carácter democrático que adquiere la lucha en esta fase y la política consecuentemente unitaria de vuestro Partido y

del Frente Amplio han dado ya sus primeros frutos. El acuerdo de "Cooperación Democrática" alcanzado hace algunos meses, en torno al cual se unen todas las fuerzas democráticas y antifascistas de Uruguay, constituye un ejemplo para nuestros pueblos y es una herramienta fundamental para las batallas que se avecinan.

En los próximos meses el pueblo uruguayo deberá enfrentar los intentos del régimen fascista por institucionalizarse a través de una nueva constitución antidemocrática y antipopular. Estamos seguros de que, tal como ha ocurrido hace pocos días en Chile, la clase obrera y el pueblo de Uruguay sabrán transformar el intento de legitimación del régimen en una gran jornada de resistencia popular. La Dictadura sufrirá, como en Chile, una derrota, que no se dará en las urnas que ellos controlan a su antojo, sino en la calle donde el pueblo demostrará su voluntad de no dejarse avasallar. En estas jornadas, como en todos estos años, el rol conductor de vuestro partido sabrá manifestarse en toda su extensión.

Hacemos llegar, una vez más a ustedes, a todos los militantes del PCU y a todo el pueblo hermano del Uruguay nuestro saludo solidario y fraterno, en la convicción de que unidos, derrotaremos al fascismo en Uruguay, en Chile y en América Latina, y abriremos para nuestro continente una nueva era de paz, progreso y democracia.

¡VIA LA LUCHA DE LOS PUEBLOS DE URUGUAY Y CHILE CONTRA EL FASCISMO!

¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA DE URUGUAY!
¡VENCEREMOS!

Comité Central
Partido Mapu Obrero - Campesino
Chile

Septiembre, 1980.

Compañeros
Comité Central
Partido Obrero Unificado Polaco
Presente

Queridos Compañeros:

Al terminar nuestra visita a vuestro país, queremos agradecer la hospitalidad que nos ha brindado vuestro Partido. Gracias a Uds. hemos podido realizar con pleno éxito la reunión de nuestra Comisión Exterior.

En dicha reunión hemos examinado, en primer término, la actual situación de Chile y evaluado el trabajo que nuestro Partido y las demás fuerzas populares y democráticas desarrollan en contra de la dictadura fascista. De modo especial se consideraron las cuestiones surgidas en torno al plebiscito realizado por Pinochet, a la comprobación de su carácter fraudulento y a la significativa batalla de masas librada por la oposición democrática en los meses recientes. La reunión discutió y aprobó, además, un conjunto de iniciativas relativas a la solidaridad internacional y al trabajo del Partido en el exterior de Chile, que es el frente específico que nos corresponde atender. Sobre algunos de estos temas hemos podido informarles en las reuniones sostenidas en el Departamento Internacional de vuestro Comité Central.

Nuestra visita a Polonia nos ha permitido, además, conocer de cerca la situación de vuestro país. Las amplias informaciones recibidas y las conversaciones que hemos sostenido serán de extraordinaria importancia para ampliar el conocimiento de nuestra dirección y nuestros militantes. Nos ha impresionado muy favorablemente la capacidad demostrada por vuestro partido y vuestro gobierno para enfrentar los problemas planteados, su voluntad de emplear el diálogo para resolverlos, su decisión de renovar su política, su capacidad de corregir errores, todo ello con el propósito de profundizar el desarrollo de la democracia socialista. El desenlace positivo alcanzado no sólo abre mejores perspectivas para vuestro país sino que también beneficia a quienes luchamos en otras partes del mundo por el socialismo.

Agradecemos una vez más la solidaridad que vuestro Partido y el pueblo polaco han demostrado hacia la lucha democrática del pueblo chileno. Igualmente les agradecemos por esta invitación que ha permitido estrechar lazos de amistad entre nuestros partidos.

A nombre del Comité Central del Partido Mapu Obrero y Campesino de Chile, les saluda fraternalmente

José Miguel Insulza
Encargado Exterior

Varsovia, 13 de Octubre de 1980.

CARTAS A "RESISTENCIA CHILENA"

SECCION CARTAS

En esta sección la redacción de la revista recoge las cartas que le son enviadas. Ellas no reflejan necesariamente el punto de vista de la revista. Contribuyen – a nuestro juicio – a favorecer el debate político en el Partido y, más en general, en todo el ámbito de la oposición, en un momento en que el intercambio de ideas es particularmente necesario y el deseo de participar, muy sentido. Esta sección está abierta a todos los sectores.

DECLARACION CONJUNTA

Compañeros de "Resistencia Chilena",

Recién ahora me ha llegado una copia de la Declaración Conjunta de los Partidos MAPU, IZQUIERDA CRISTIANA Y MAPU OBRERO Y CAMPESINO, suscrita en junio pasado en México por los compañeros Gazmuri, Garretón y Maira.

Los que venimos clamando hace años por esfuerzos unitarios reales tenemos que alegrarnos de que por fin se den algunas expresiones concretas de unidad. Así pues, el que la declaración misma se haya producido tiene que celebrarse por encima de sus deficiencias. Sin embargo, su estilo timorato, sus omisiones e indefiniciones dan margen para preguntarse si ella no es demasiado pobre y si no llega demasiado tarde. En efecto, que representantes genuinos de las direcciones de tres partidos con un origen común y una historia compartida (aún en sus conflictos que no son para enorgullecerse y que en su momento sólo pueden haber alegrado a los explotadores y asesinos del pueblo chileno) apenas puedan hablar de "contribuir a hacer realidad este anhelo (sic) de derrocar a Pinochet (y de reunirse para llegar) a conclusiones comunes que hoy queremos dar a conocer" refleja la precariedad del grado de acuerdos. Que ellos cierren el documento con la frase "nos satisface concordar en esto, porque es bueno y útil para Chile y nuestro pueblo" revela una pacatería de lenguaje concordante con omisiones serias en el cuerpo del documento.

Para tocar sólo algunas de las inconsistencias más graves miremos los epígrafes principales:

1. Un pueblo que lucha....

Es cierto que "el movimiento de masas ha venido en ascenso desde mediados de 1978"... pero, tal como lo refleja la última ola represiva, no está nada claro que "la dictadura ya no pueda clausurar (los espacios que las luchas populares han ganado)." Es hora ya que dejemos de hacernos ilusiones sobre "la correlación de fuerzas" y tomemos conciencia, como lo han hecho los sectores más lúcidos de la Iglesia, que lo que está en peligro es la supervivencia misma del pueblo chileno. Sólo una sinceridad total sobre esta emergencia extrema puede convencer a los políticos de la necesidad de sacrificar ilusiones secundarias y concentrarse en las prioridades esenciales. En este sentido hay que reconocer como muy positivo que se hayan por fin abandonado las ilusiones ingenuas sobre la inviabilidad del modelo y que se reconozca que "la actual política económica"... "amenaza con provocar la desintegración del país".

2. Renovar a la izquierda...

Después de caracterizar con sintética precisión la crisis porque atraviesa la izquierda (agotamiento del proyecto político anterior; vacíos en la estrategia de lucha y falta de política integral — *ideológica, social, política y militar*; precariedad de relaciones entre partidos y organizaciones de masas; y ausencia de renovación teórica y cultural) se niega de inmediato la naturaleza crítica del momento para volver a reiterar lo que tantas veces ha fracasado: la acción conjunta basada en acuerdos puntuales sobre temas aislados cuyas relaciones no se discuten y cuyos horizontes de tiempo no se definen.

¿Qué se quiere decir entonces con aquello de "asumir la responsabilidad que nos corresponde" cuando las directivas, que implícitamente critican el divisionismo que ellas mismas condujeron, no son capaces de ir más allá de la declaración general de intenciones de persistir en lo mismo que han estado haciendo durante siete años?

3. Movilización popular...

Nada puede ser más despable o urgente que el trabajo conjunto que se propone. No está claro sin embargo qué agrega esta proposición al estilo que ha existido hasta ahora con los pobres resultados conocidos.

Las desconfianzas y divisiones a nivel de las bases son el resultado directo del estilo de conducción sectario y capitalista que ha animado a las directivas de *todos* los partidos de la izquierda chilena.

Si los partidos que suscriben la declaración quieren realmente inaugurar un nuevo estilo, ¿por qué no proponen al menos empezar por una colabora-

ción y coparticipación reales a todos los niveles, siquiera en espacios limitados, por ejemplo partir en algunos locales en el extranjero donde no haya riesgos de seguridad?

4. La maniobra plesbicitaria....

Estando de acuerdo con lo que el documento plantea en este sentido, nunca habría imaginado que pudiera haber dificultades "para concertar un acuerdo de todas las fuerzas opuestas a la dictadura para enfrentar este problema".

6. Acuerdo democrático amplio.

Pobre resulta la modesta y deslavada aspiración de un Pacto Democrático que seis años de humillaciones han mostrado como imposible de negociar por una izquierda atomizada.

8. Unidad del movimiento popular.

¿De qué "alianza política superior" estamos hablando que sea efectivamente distinta de la retórica de los últimos nueve años? ¿Qué creatividad o audacia está demostrando nuestro partido al proponer una vez más — ¿cuántas? — "la necesidad de fortalecer las instancias unitarias de solidaridad"? ¿Qué estamos nosotros dispuestos a sacrificar en aras de la unidad? Si la respuesta es que no estamos dispuestos a sacrificar nada y sólo a seguir esperando que los demás vean la luz y se conviertan a nuestra verdad, quiere decir que no hemos aprendido nada. Si, por el contrario, nuestra dirección está dispuesta a negociar seria, franca y lealmente para la conformación de un instrumento político integrado desde las directivas hasta las bases — empezando quizás con uno o dos partidos hermanos — entonces y sólo entonces podremos pensar que estamos alcanzando un nuevo nivel de deber revolucionario con nuestro pueblo.

Es esa la principal esperanza que aligera las frustraciones del exilio cuando se las compara con los sufrimientos extremos de los sectores más oprimidos de nuestro pueblo, y que lleva a reclamar una vez más de nuestros dirigentes audacia para construir una capacidad real de lucha, generosidad para sacrificar aspectos no esenciales de nuestra tradición partidaria y confianza en el potencial de toda la izquierda de conducir alguna vez la lucha por la liberación del pueblo chileno.

Fraternalmente,

Hermann Schwember

Londres, 17 de Agosto 1980.

MÁS ALLA DE LA CONVERGENCIA

Rodacción de "Resistencia Chilena".

Queridos Compañeros,

pensando que la discusión colectiva en el Partido sufre hoy de deficiencias graves, tanto a causa de las durezas propias de la fase, cuanto por deficiencias de nuestros aparatos, y pensando, además, en la necesidad de dar un fuerte impulso a esta discusión en nuestros medios públicos, envíe este aporte a nuestra Revista.

Entiendo una Sección Cartas no como un ejercicio retórico y formal, compensatorio y alivianador de presiones. Creo que se debe perseguir la apertura de un espacio de debate abierto, que objetive nuestra capacidad de hipotizar, de concurrir a la formulación de la línea desde muchas aproximaciones, de actuar una dialéctica explícita con la masa democrática exiliada, a partir del Partido. Una Sección, por tanto, responsable y profundamente política. Con un carácter menos oficioso que los artículos de esta y otras Revistas oficiales, y, por eso mismo, experimental, tentativa. Una Sección que sea una prueba de que hemos resuelto discutir efectivamente, reflexionar de conjunto en un momento en que las certezas ya no son las mismas de antes, reunir críticamente todas las opiniones para la síntesis que refleje lo nuevo y ayude a vencer.

Una Sección, también para desmitologizar un poco "lo escrito", que siempre ha sido "escrito", entre nosotros, como la última página del libro del saber, que quizás también por eso está tan lleno de tragedias.

Quiero dar algunas opiniones sobre la llamada "política de convergencia" con el Mapu y la IC., no por ser el problema más acuciante del Partido hoy día, sino por ser la idea fuerza más nítida de nuestra política exterior del último tiempo, y porque su debate está atravesado por el conjunto de problemas que vive el Partido.

I. Parto reconociendo el valor ideográfico que la idea tiene en un espacio ideológico relativamente anémico como es el de la izquierda en el último período.

No es "nuestra" convergencia la única planteada. Ya un sector socialista planteaba activamente hace algún tiempo la necesidad de una "convergencia socialista". Pareciera, sin embargo, que algunos hechos políticos, como nuevas divisiones, hayan debilitado en la práctica la capacidad de convocatoria de quienes la formulaban, por lo menos en el corto plazo y hasta que las cosas vayan tomando cursos más definitivos. No deja de ser paradójal, sin

embargo, que desde la partida varias fuerzas políticas aparezcan de manera simultánea convocadas a ambas convergencias.

La iniciativa convergente entre el Mapu Obrero y Campesino, Mapu e I.C., por el contrario, ha sido sancionada a alto nivel, con acuerdos conjuntos y declaraciones comunes, lo cual hace que esta iniciativa contraste positivamente con la tendencia a la dispersión y las dificultades de trabajo conjunto de la alianza popular, contraste que tiene un indiscutido y altísimo valor en sí.

II. A pesar de lo anterior, me parece que, objetivamente, la iniciativa no ha sido capaz hasta ahora de producir un efecto político más directo: generar una dinámica renovadora, unificadora, cualificante, en el seno de la izquierda.

No ha sido capaz de contribuir a crear condiciones nuevas, al menos para que la U.P. se reúna — más allá de coyunturas — y enfrente colectivamente sus profundos problemas; para superar el marasmo que hace a muchos pensar que la U.P. como alianza política ha muerto, sin siquiera merecer un funeral.

III. Pienso, en tercer lugar, que hay una impresión general girando en el aire, sin confirmación ni desmentido, y es que la idea de la convergencia ha adquirido menos peso en el interior que en el exterior.

Esto, que aparece como un factor de debilitamiento de la idea, no es cosa de poca importancia. Es de sentido común entender que la prueba de fuego de toda iniciativa política nuestra es el arraigo y viabilidad concreta que finalmente alcance en Chile. Tal como es de sentido común entender que la autoridad política y moral ganada por los compañeros del interior es un punto de referencia esencial para las conductas políticas que adopte la gente fuera.

Este aspecto de la cuestión da muestras, al menos, de las deficiencias y los retrasos que tenemos en hacer una evaluación clara sobre lo que ha venido pasando con la convergencia, entregada como orientación hace ya varios meses, pero no evaluada puntualmente en el período, y por tanto no corregida en ningún sentido, mantenido con la misma fuerza o la misma debilidad siempre.

IV. Pienso, en cuarto lugar, que la iniciativa no ha llegado a ser asumida cabalmente por el conjunto de la militancia.

No fué, a mi juicio, bien evaluada la tremenda gravedad que tiene para la militancia una idea de esta magnitud. Se pensó, quizás, livianamente, que la idea, por sus lados atractivos, era de fácil asimilación y rápido consenso. O no se le dió importancia a la asimilación y al consenso.

No se evaluó suficientemente el largo proceso de educación y formación de conciencia política destinado precisamente a justificar y dar estructura teórica al hecho de que existieran tres, y no un destacamento sobre la herencia

del Movimiento de Acción Popular Unitario de 1969, que contribuimos a formar. La escuela de la diferencia fué sustituida, pero hasta ahora por formulaciones demasiado generales.

Tales diferencias, en el curso del tiempo, no solo llevaron a precisas caracterizaciones y hasta a formulaciones teóricas, a veces profundamente contrastantes en cuestiones serias, como en el caso de la IC, sino también a no pocos hechos lamentables, algunos repudiables, otros traumáticos.

No se evaluó sino parcialmente la huella de la derrota del 73. Digo parcialmente porque es sobre esta huella que nace la idea de la convergencia, pero también parcialmente porque, de un lado, se sobrevoló la justa tendencia a buscar soluciones renovadoras a la crisis y en ese esquema la convergencia es válida y atractiva, pero, de otro lado, se subvaloró aquel sentido de responsabilidad y realismo político desarrollado fundamentalmente en la derrota, y que indisponía a la militancia a creer a ojos cerrados en soluciones generales, a cambios de ruta no garantizados, a todo lo que tenga un ápice de apariencia de aventura política.

Estas consideraciones, y muchas otras, hacen que la vigencia de la iniciativa requiera, a mi juicio, de un tratamiento mucho más cuidadoso, de una discusión amplia y profunda, y de precisiones mínimas para entenderla como orientación válida, sin caer, por cierto, en la inocencia de pensar que los procesos históricos se dan en el tiempo en ciclos cerrados, y que hay que resolver todo antes de actuar con audacia.

Sin pretender, obviamente, agotar los puntos sobre los que es preciso reflexionar, pongo el acento en algunos:

A pesar de la mención a las diferencias, que se ha hecho en las declaraciones conjunta, la sensación política existente es que las direcciones de los partidos convergentes estarían en principio de acuerdo sobre la idea, pero no estarían claros todavía en el cómo se implementa. Es decir, se estaría claro en *qué* hay que hacer, estando pendiente el *cómo* y *donde* va a parar este proceso.

Esto ha dado origen a una serie de interpretaciones, desde las mil y una teorías sobre formas orgánicas, hasta los problemas del nombre de un hipotético partido resultante, pasando por la mucho más real y difícil pregunta: *qué* es hoy esta convergencia?

Si esto pasa entre cuadros y militantes activos, mejor no pensar que comprensión hay en el pueblo de Chile respecto a esta iniciativa.

Obviamente esta situación no puede durar mucho, a menos que se quiera correr el riesgo de hacer pasar la idea a la historia como una iniciativa fallida más.

Tengo la impresión de que un camino para interpretar los hechos coherentemente es salir de esta espiral y mirar las cosas desde otro ángulo, menos operativo.

La idea de la convergencia define indirectamente un **gran problema de fondo**: este Partido, así como es hoy, no es ya más eficiente como instrumento histórico.

Sin mediar un juicio de este tipo, la convergencia se entendería como un proceso de concentración de fuerzas *en* este partido, o sea, atraer a los demás a este y a eso llamarlo convergencia.

Pareciera que se trata de otra cosa, porque se habla de crisis, de respuestas históricas, y no solo de aumento de peso específico y gravitación nacional.

Se trataría, entonces, de una aspiración a un proyecto superior de destacamento político, al que concurrirían el Mapu O.C., el Mapu y la IC., mediando un proceso de renovación y reformulación política y programática.

Estando así las cosas, el modo concreto en que se ha venido planteando la idea aparece como excesivamente lineal, cuantitativo, operativo, que aunque tuviera éxito no resolvería *di-per-se* los requerimientos históricos que están a la base de la necesidad, como hipótesis, de la convergencia. La tentación no es poca, un cuerpo tres veces más vigoroso que el actual, al que cada uno imagina llevando su propia cabeza...

Pienso que es preciso modificar la perspectiva del análisis, so pena de encerrarse en un callejón sin salida.

Se requiere una *relativización* de la importancia del factor operación política de los tres partidos, para dejar en toda su desnudez el otro punto de vista para enfrentar el problema, que no es otra cosa que poner el acento en el carácter cualitativamente nuevo del destacamento al que se aspira, aquel movimiento que real y profundamente asume lo nuevo, lo que se hereda de la larga tradición histórica, ideológica, política y moral de nuestro pasado, pero que, centralmente, se renueva por asumir lo que brota desde abajo, lo que emerge muchas veces de modo confuso e incipiente, lo que aún no se sintetiza teóricamente, asumiendo lo particular de la etapa crucial, joven, fundacional, en pleno movimiento y ebullición de estos años de anti-fascismo, de lucha democrática consecuente, de perfilamiento de "nuestro" socialismo en las condiciones concretas de nuestra historia. De aquí puede surgir, a mi juicio, un modo para hacer compatibles el hacer partido y avanzar en una convergencia.

De alguna manera se trata de un cambio de óptica, sin cambiar el objeto de nuestro análisis. Se trata de un *poner en primer plano* más que la operación partidista, el otro aspecto, la *dimensión de masas* que la convergencia y la renovación significa. Masas, lucha y país que cambian con una velocidad asombrosamente mayor que los partidos que aspiran a dirigirla, que aspiran a ser ella misma. Al final, de ahí nace la profundidad de la crisis de la izquierda y sus partidos como fuerza dirigente y alternativa en la sociedad chilena.

A partir de hacer compatibles estos dos aspectos, operativo y de reno-

vación a partir de la experiencia de masas, nuestra perspectiva puede adquirir sentido, aspirar a afianzarse en la realidad del país, a tener peso nacional, a ser una expresión históricamente viva, a edificar las condiciones para concurrir eficientemente a una vanguardia del movimiento popular.

Visto de este modo, el proceso implica una etapa — difícilmente previsible en tiempo — de renovación de *cada partido* en particular a partir de lo que es, y simultáneamente buscando el mayor límite de acciones conjuntas, serias y claras.

Nada aporta mejor a esta perspectiva que un proceso de activación, renovación y fortalecimiento de nuestro propio partido, que pasa por una revisión de su forma de relación con las masas, de su forma de entender la relación “dirigidos” y “dirigentes”, de actualizar su forma de hacer política a la época que se vive, de relanzar su iniciativa política a partir de lo que hemos hecho en estos años duros y fértiles.

No es posible plantearse construir sobre ruinas de destacamentos confundidos, paralizados o en dispersión. De destacamentos que aunque vivos, sobreviven en el pasado. Solo una maduración profunda de cada fuerza, asumiendo cada una la dimensión de sus propios problemas, de su propio desarrollo o retraso, su cuota de pasado y presente, se pueden echar bases sólidas a un destacamento superior en el futuro. Nadie asegura y nadie tienen garantizado los roles que jugará en ese futuro, depende de sí mismo, de como se afianza en la vida y la lucha de nuestro pueblo. No hay por tanto esquemas fijables hoy, de una vez y para siempre, para configurar un destacamento futuro decididamente nuevo.

En ese contexto se inserta, a mi juicio, nuestra discusión programática y nuestra lucha. Contexto amplio y con problemas nuevos que van más allá del programa, no identificado éste como la solución de los interrogantes sino como un camino de avance y renovación.

Pinso finalmente, que en un marco de esa naturaleza debemos plantearnos otros aspectos, que solamente menciono:

— apuntar a hacer *comprensible* lo que aspiramos a desarrollar como partido y como proyecto de convergencia. Un proceso que comporta desde ya una determinada cantidad de acciones conjuntas, que sean muestras de voluntad política real, acciones delimitadas, perfectamente identificables,

— no puede quedar fuera de este proceso un *explicación* histórica responsable, una autocrítica explícita, frente al pueblo de Chile y en particular a aquellos sectores que se comprometieron con nosotros y cada partido en particular.

Hay un compromiso moral y político pendiente, insalvable. Desde la salida de la DC., la formación de un movimiento, el desgajamiento de la I.C., la división con el Mapu, hasta las perspectivas convergentes de hoy. Media una explicación ante la historia; los costos de nuestra historia reclaman una autocrítica desde una perspectiva para avanzar.

— nuestra discusión y nuestra convocatoria deben ser un *proceso abierto*, no solo a la crítica y el aporte de nuestros compañeros de lucha, sino abierto también en cuanto proyecto nacional y popular, que no se cierra sobre nosotros mismos sino está dispuesto a confrontarse, a expandirse, a pluralizarse, para servir mejor históricamente con todos aquellos que apunten desde una perspectiva renovadora a sumar fuerzas por la democracia y el socialismo en nuestro país.

Con saludo fraternales.

Horacio Silva

15. Noviembre 1980.

AUTOCRITICA

Estimados Compañeros,

Con mucho interés hemos discutido en nuestro secretariado local las comunicaciones emanadas de la reunión sostenida en La Habana entre las delegaciones del Mapu, de la Izquierda Cristiana y de nuestro Partido.

Creemos que los diferentes problemas discutidos en la reunión son muy relevantes para el desarrollo del movimiento popular y democrático de nuestro país. Dado que la discusión sobre lo planteado en el documento se está desarrollando en nuestra células, no entraremos a entregar comentarios en esta carta.

Sí deseamos hacer un comentario sobre un aspecto de la historia de los tres partidos reunidos que no aparece tocado ni en el documento titulado NUESTRO ACUERDO PARA LA LUCHA UNITARIA ni en el documento titulado ACTA POLITICA.

En concreto nos referimos a la historia de uniones, separaciones y divisiones que ha existido entre los tres partidos que firman los documentos. Como militantes de uno de ellos, deseamos, en primer lugar, señalar que nos sentimos co-responsables de esa historia; pero al mismo tiempo, deseamos señalar que sin enfrentar esa historia no podemos pretender avanzar en las importantes tareas que están planteadas en los documentos referidos.

Es interesante anotar que los participantes en la reunión de la Habana eran miembros del partido Demócrata Cristiano hace unos doce años atrás; parte de ellos dejaron ese partido y formaron el Mapu hace 11 años; otros se salieron del Mapu y de la DC hace unos 9 años para formar la Izquierda Cristiana; los restantes se separaron para seguir en partidos aparte hace unos 8 años; todos permanecieron en la Unidad Popular. Hoy aparecen los tres partidos nuevamente reunidos.

Como miembros del partido nos sentimos co-responsables de esta historia; pero también estimamos que una historia tan llena de crisis, de disputas, de acusaciones, de persecuciones, como también de acciones en común no puede dejarse sin mencionar cuando las directivas máximas de los tres partidos se reúnen para plantear a sus partidos al pueblo chileno una serie de nuevas perspectivas de trabajo político.

Y no solo es el hecho que no debe dejarse de mencionar sino que nuestros partidos, sus seguidores y la izquierda chilena, como también el pueblo chileno, tienen el derecho a tener de parte de estos tres partidos una explicación sobre su comportamiento histórico.

Un asunto de extrema importancia en esta materia es que no creemos tampoco que sea posible lograr una unidad real entre los tres partidos sin que haya un proceso crítico de cada uno sobre su pasado. La factibilidad lograda por acuerdos sin un proceso de maduración interna no nos parece posible ni deseable. El empantanamiento en los avances hacia una unidad en los últimos tiempos — y falta de iniciativas decisivas nuestras — viene también a confirmar esta conclusión.

A las tareas que Uds. han llamado debe responderse con gran entereza moral por todos los que están interesados en un porvenir más justo para nuestro pueblo. Pero a tan grandes tareas no podemos llamar sin haber dado una explicación seria de la historia que estos tres partidos han vivido en común.

Debemos responder públicamente si fue correcto salirse de la Democracia Cristiana si tenía base o no la formación de un partido o movimiento político de cristianos de izquierda, si las dos tesis del Mapu en el Congreso de Octubre de 1972 eran o no tan irreconciliables, si fue responsable dividir el Mapu en Marzo de 1973, si realmente durante los primeros años de la dictadura militar nuestra opinión sobre los otros dos partidos era adecuada o solo era el producto de la explicitación de ciertos rencores políticos; debemos responder si realmente creemos que en la acción de estos tres partidos hay algo más que una respuesta oportuna en una situación de crisis generalizada. Y estas respuestas no las debemos dar solamente nosotros, el Partido Mapu Obrero y Campesino, sino que igualmente la deben dar el Partido Mapu y la Izquierda Cristiana.

No mantenemos la posición ingenua que todo debe ser resuelto antes de lograrse una unidad. Tampoco desconocemos el rol que las directivas de los tres partidos juegan y deben jugar en la puesta en marcha de un proceso de unidad y en su realización. Lo que si nos preocupa es que la factibilidad de una unidad y su posibilidad real de influir en la política chilena se frustre en definitiva por no descansar en un acuerdo real que represente el consenso mínimo de nuestros pasados y de nuestro futuro.

Estamos convencidos que solo una unidad que se base en percepciones comunes mínimas de nuestro pasado y futuro logrará lo que se señalara en La Habana en el Acta Política: la renovación política, orgánica, y ética en el seno de la vanguardia y del movimiento popular.

Creemos que siendo esta afirmación absolutamente justa, debemos iniciar su aplicación hacia nuestras organizaciones. Corresponde a la necesaria renovación ética el dar una adecuada respuesta pública a la interrogante planteada más arriba.

Sin esta discusión abierta y pública, en la cual no se busque nuevamente afirmar las posiciones de cada uno, sino que se busque ubicar lo que fue correcto y lo incorrecto, lo que era fundamental y lo que era accesorio; lo que permanece y lo que ha sido superado por el tiempo, no podremos pretender entregar liderazgo a la izquierda y al movimiento popular. Tampoco tendrá éxito en el logro de una unidad real lo que producirá los resultados

negativos inherentes a una iniciativa política correcta que se frustré.

Hemos dicho que nos sentimos co-responsables de la historia partidaria; y por eso estimamos que esta discusión pública es absolutamente necesaria. Sin ella seguiremos construyendo sobre la arena. Con ella no se solucionarán todos los problemas, pero al menos tendremos mayor claridad para continuar el difícil proceso unitario y los que nos observan podrán juzgarnos con mayor justicia.

Nos anima un profundo optimismo. Creemos que los tiempos están maduros para mirar nuestra historia y enfrentar el futuro. De allí que consideramos que están dadas las condiciones para desarrollar iniciativas ricas en contenido y en confianza en la madurez de nuestro partido. Nos anima la certeza que otro camino es cada día menos posible por la realidad que vive Chile y por las características de nuestro partido.

Les saludan fraternalmente. Secretariado Local Holanda,

Holanda. Septiembre 1980.

PROBLEMA MILITAR:

Compañeros del Comité de Redacción:

De un tiempo a esta parte, se ha venido reactivando en el seno de la izquierda el debate sobre las formas concretas que nuestra actividad política debe ir asumiendo para acoartar los tiempos de la dictadura.

Se escuchan con reiteración al menos dos planteamientos: diversos sobre la necesidad de ir definiendo desde hoy las formas de lucha que, incluyendo aquellas de carácter violento como cuestión fundamental, permitan hacernos avanzar por el camino del derrocamiento del fascismo en Chile.

La primera formulación corresponde a la concepción tradicional del MIR sobre el rol de la lucha armada. Esta pone el énfasis principal en la creación y desarrollo de la fuerza militar propia "de aquellos sectores del pueblo que rechazan toda subordinación a la dictadura y que le han declarado la guerra a ésta".

A esta lucha militar se agregan también otras formas de lucha que juegan un rol importante pero subordinado, como la "reivindicativa democrática legal y semilegal; la lucha política antidictatorial clandestina; las movilizaciones de masas ilegales;" Pero lo decisivo son siempre las fuerzas armadas propias que se logran desarrollar, o sea, las "Milicias de la Resistencia", constituidas a partir del propio movimiento de masas que como fuerza militar irregular se va fortaleciendo en el combate hasta convertirse en un ejército capaz de derrotar a las fuerzas militares de la dictadura.¹

El segundo planteamiento del problema corresponde a las interpretaciones que se le han dado a las palabras del Secretario General del Partido Comunista, formuladas un poco antes del plebiscito de septiembre pasado. Se dice que hoy aparece con claridad que se cierran los caminos para la liberalización del régimen y la evolución gradual de la situación en el país y, por lo tanto, el derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible. Luis Corvalán dijo que el pueblo "sabría descubrir las formas específicas de expresión de su proceso democrático y revolucionario, dando paso, seguramente a los más variados métodos que ayuden a desarrollar el movimiento de masas. Es el fascismo, agrega Corvalán, el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, *incluso*

¹ Ver el respecto entrevista de Andrés Pascal Allende en el N. 163. Julio de 1980.

a la violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida".²

Esto se interpreta como que se entra en una nueva fase de lucha por la democracia en un sentido más amplio y profundo, lo que obliga a fortalecer la Unidad Popular, para que ofrezca al país su propio proyecto histórico renovado, clarifique las tareas del momento y muestre la viabilidad concreta del avance democrático hacia el socialismo.

Desgraciadamente, tal como aparecen formuladas estas opiniones tienden a distorsionar las cosas cuando plantean como cuestión principal la vieja discusión dicotómica entre vía armada y vía pacífica, que en el pasado ha enredado a nuestra izquierda en estériles debates.

En mi opinión ambas tesis, desde ópticas muy diferentes, caen en el error de insistir en un tipo de planteamiento que impide desarrollar una línea política justa respecto a dos problemas estratégicos fundamentales: el contenido democrático de nuestro programa y una línea militar sólida que vaya más allá del mero "tratamiento a las FF.AA."

Detrás de ambos planteamientos parece haber una respuesta a priori en el sentido de considerar que la guerra civil será la forma inevitable que adquirirá la lucha antifascista que derrocará a la dictadura. Creemos conveniente recordar una vieja frase de Gazmuri quien decía que: "el problema del carácter inevitable o no de la lucha armada es una cuestión táctica que depende en lo fundamental de la correlación de fuerzas en los momentos decisivos de la lucha por el poder. Por tanto, agregaba Gazmuri, construir una estrategia revolucionaria que pretenda resolver anticipadamente si habrá o no habrá enfrentamiento armado, tiene la posibilidad de un margen muy grande de error."³

Si es este el punto de vista inicial a partir del cual debemos ir haciendo claridad sobre el camino justo para derrocar a la dictadura, creemos que las formulaciones antes anotadas soslayan tres temas importantes cuyo análisis debe ser necesariamente profundizado por la izquierda desde ya. El primero es el relativo al estudio autocrítico de la política militar durante el Gobierno Popular; el segundo es la definición de una estrategia antifascista que considere como parte integrante el tema militar; y el tercero es la forma concreta de acumulación de fuerzas en el plano militar que nos permitirá avanzar en el camino del derrocamiento de la dictadura.

² Discurso de Luis Corvalán pronunciado al 3 de Septiembre de 1980 con ocasión del X Aniversario de la victoria de Salvador Allende.

³ Jaime Gazmuri. "Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro". Santiago Noviembre de 1974.

1. — Autocrítica de lo hecho durante el Gobierno Popular

Existe consenso en considerar que la UP prácticamente no consideró lo militar en su estrategia de transformación de la sociedad chilena en su camino al socialismo.

A este respecto se pueden mencionar dos gruesos temas que necesitan profundización. El primero, que hace a una cuestión estratégica, se refiere a la posibilidad o no para el movimiento popular de avanzar hacia el socialismo utilizando las instituciones y el marco jurídico de la organización estatal que regía en Chile hasta 1970. No basta a este respecto decir en general como autocrítica el que no fuimos capaces de desarrollar "la lucha democrática hasta sus últimas consecuencias", ni que sobreestimamos el carácter democrático de la organización estatal chilena, ni que subestimamos la contribución decisiva de la clase obrera a la democratización general alcanzada por ese mismo Estado, ni el que estuvo fuera de nuestras preocupaciones políticas el análisis concreto de las FF.AA. En fin, terminar con los análisis superficiales sobre esta materia es una urgencia del momento.

El segundo tema que requiere un estudio más concienzudo — y que es de un carácter eminentemente táctico — es el relativo a si el pueblo en la lucha por conquistar el poder puede ahorrarse o no un enfrentamiento armado generalizado contra las fuerzas de la contrarrevolución. A juzgar por los resultados de la experiencia chilena pareciera que todo tránsito pacífico fuera mera utopía. Sin embargo, si entendemos esa experiencia como un proceso debemos concluir que dicho resultado negativo no es producto de la ilusión producida por la eventualidad de tal tránsito no armado, sino que más bien de las insuficiencias de la línea estratégica diseñada que no abordó con rigor los problemas de fuerza, la elaboración de una política militar sólida y coherente.

2. — La estrategia de lucha antifascista y la cuestión militar.

Toda referencia a las formas de lucha carece de sentido si no se insertan con coherencia en la estrategia general definida para derrocar a la dictadura. Lo que estos años de lucha antifascista nos enseñan es que el logro de nuestros objetivos pasa al menos por las siguientes cuestiones centrales:

a) *El desarrollo de la lucha de masas.* Reiteradamente hemos dicho que "el régimen no caerá en la lucha de un día, por una reivindicación concreta, por una manifestación del descontento del pueblo por importante que ella sea. El régimen caerá cuando muchas reivindicaciones, cuando el conjunto de la lucha desestabilice hasta tal punto a la dictadura que se encuentre impotente para gobernar el país." Las masas aprenden de la experiencia de estos años que no tienen otra alternativa que enfrentar y derrotar a la dictadura en todos los terrenos sobrepasando los marcos institucionales y políticos que la dictadura pretende imponerles:

b) *Necesidad de una dirección política superior y unificada.* Si decimos que no hay más camino que el de la lucha democrática de masas para derrocar el fascismo, esto requiere que en el proceso de lucha antifascista, las masas sean efectivamente dirigidas por sus partidos en un frente unitario, tanto en las acciones concretas que se desarrollen, como en un proyecto democrático para la sociedad chilena que explicita claramente los objetivos por los que se lucha.

c) *La línea de amplia unidad antifascista.* Resulta evidente hoy día que el trabajo aislado de las fuerzas que han explicitado su vocación antifascista es claramente insuficiente para terminar con la dictadura en el país. La caída del régimen exige la unidad de todas las fuerzas democráticas. Es esta una línea que requiere seguir siendo profundizada sobre la base de que toda las iniciativas que se impulsen a nivel político y de masas cobren cuerpo en una estrategia unitaria que conduzca a la acumulación de fuerzas en los planos ideológico, político, social y militar.

3. — La correlación militar de fuerzas.

Concientes de los retrasos que tenemos en esta materia me parece necesario partir afirmando que la experiencia de lucha antifascista nos muestra que crecientemente se hará necesario ir desarrollando métodos de lucha más frontales contra la dictadura, lo que nos obliga a precisar con toda claridad a medida que se avanza en qué consisten y cómo se insertan en la estrategia general que hemos definido. Todo ello porque la elaboración de una línea militar sólida y coherente debe reafirmar "la continuidad esencial de nuestra política, esto es el carácter democrático de nuestra revolución, la imprescindible política de alianzas antifascista y la movilización de masas como eje central de acumulación de fuerzas."⁴

Pienso que algunos componentes imprescindibles de esa línea militar deberían ser los siguientes:

a) *No al militarismo.* Debemos rechazar explícita e inequívocamente los planteamientos militaristas del MIR sobre la necesidad de crear fuerza militar propia para derrocar al fascismo por ser un camino inconfundible de derrota el plantear la lucha contra nuestro enemigo precisamente en el terreno donde éste es hoy más fuerte.

b) *No al terrorismo.* Hay que condenar con toda claridad el terrorismo como arma posible para nuestra lucha política por ir contra nuestra profunda vocación humanista, contrario a la experiencia histórica de la lucha de la clase obrera en el país y porque conlleva innumerables problemas que sólo favorecen la permanencia del régimen fascista.

c) *Incentivar el desarrollo de tendencias democráticas al interior de las FF.AA.* No podemos cancelar por estéril la línea formulada hace tiempo atrás sobre la necesidad de fomentar el fortalecimiento de tendencias democráticas al interior de las FF.AA., cuando ni siquiera se han diseñado formas para hacer posible tal desarrollo. Las actuales fisuras en el régimen fascista repercuten contradictoriamente en el seno de las FF.AA., a quienes el nuevo proyecto constitucional de Pinochet coloca como garantes de la institucionalidad antidemocrática que se pretende imponer. Es en este sentido que hemos expresado que "es indispensable llevar adelante una propuesta y un camino de lucha de masas que se transforme en factor esencial de la realidad del país que sea capaz de demostrar que es unitario y factible y que de ese modo influya decisivamente en el seno de las FF.AA., desarrollando en su interior tendencias contrarias al fascismo."⁵

d) *Política pública sobre las FF.AA.* El trabajo hacia las FF.AA. debe hacerse posible a partir de una política abierta sobre los problemas de la seguridad nacional, de las necesidades del desarrollo profesional de los institutos armados, de su vinculación estrecha al desarrollo nacional, de los contenidos de la instrucción militar, de los problemas provocados por la dependencia de potencias extranjeras en el abastecimiento de materiales y equipos de defensa, de la necesidad o no de participar en pactos regionales de defensa, etc. Para ello es imprescindible profundizar nuestro análisis y conocimiento científico sobre las características de nuestras FF.AA., de su historia y de sus mitos, la extracción social de sus componentes, y sus prácticas profesionales positivas cuyo desarrollo podrán permitir disminuir el peso y la influencia de los factores anti-democráticos, pro-imperialistas y retardatarios propios de unas FF.AA. puestas al servicio de un Estado de corte fascista.

e) *Política de amistad hacia las FF.AA. que rompa su aislamiento de la sociedad.* Nuestra política de masas debe contribuir a romper el cerco creado en torno a las FF.AA. a través del establecimiento de contactos de amistad con oficiales, clases y soldados que nos permiten difundir entre ellos nuestro pensamiento y proposiciones concretas. Renunciar a esto significa entregar hoy el conjunto de las FF.AA. a la manipulación del fascismo y negarnos a construir mañana FF.AA. distintas a las que existen actualmente.

f) *Participación activa en las FF.AA.* Por último, me parece que nuestro conocimiento y capacidad de influencia en las actuales FF.AA. puede aumentar, incentivando el ingreso de personas democráticas en las filas de estas instituciones, ya sea en las escuelas militares o en los múltiples servicios que trabajan vinculados a la defensa nacional, o por su participación directa en

⁴ Informe político de la Comisión Exterior del MAPU-OC. Octubre de 1980.

⁵ Ibid.

el servicio militar obligatorio. Sólo de esta manera podemos conocer concretamente qué es, qué quiere decir como pensamos y organizamos las FF.AA. que queremos conformar.

Para concluir, diremos que es en un momento histórico que queda de deber entender nuestra afirmación de que no habrá victoria sin fuerza militar de masas que esta debe de tener una base de gran importancia en las FF.AA. Entendidas las cosas, hablabamos y hoy concorale de crear "Milicias de Resistencia" hablabamos abstracto de que el pueblo tendrá otro camino que el del de "violencia armada" algo fuera de lugar.

E. Córdova

18 Noviembre 1980.